

KROPOTKIN

MEMORIAS
DE UN
REVOLUCIONARIO

HX724

K7

1899

R. C.



1020025549



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

1—COLECCIÓN DE AUTOBIOGRAFÍAS CÉLEBRES

PEDRO KROPOTKIN

MEMORIAS
DE UN REVOLUCIONARIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR

FERMÍN SALVOCHEA

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE



MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR

Flor baja, núm. 9.

099446

20723



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32109

K

HX 729

R 7

1899



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

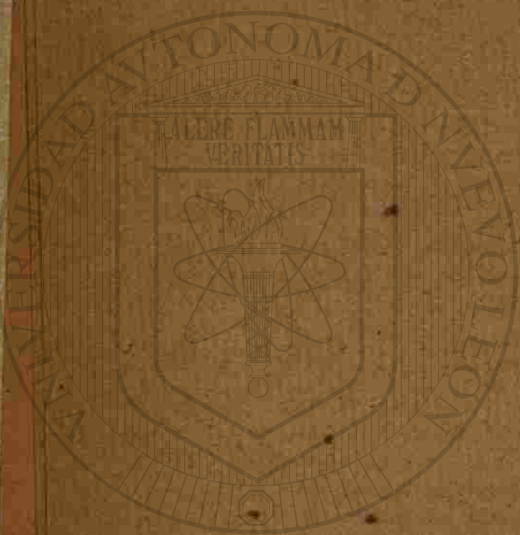
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

NOTA

Este libro probablemente no se hubiera escrito en algún tiempo todavía, á no haber sido por la afectuosa invitación y amistoso estímulo del editor y propietarios de *The Atlantic Monthly* para que lo hiciera, y publicarlo como folletín en su Revista. Siendo un verdadero placer para mí el consignar aquí mis más expresivas gracias por la hospitalidad ofrecida y por la amigable presión destinada á inducirme á ejecutar este trabajo. Publicado en *The Atlantic Monthly* (Septiembre de 1898 á Septiembre de 1899) con el título *Autobiografía de un revolucionario*, ahora lo preparo para darlo á luz en forma de libro, habiendo aumentado considerablemente el texto original en las partes referentes á mi juventud y mi residencia en Siberia, y especialmente en la Sexta, en la que he referido la historia de mi vida en la Europa occidental.

P. KROPOTKIN.

Bromley, Kent, Octubre 1899.



INTRODUCCIÓN

Las autobiografías de que somos deudores a hombres de gran inteligencia, han sido generalmente de una de estas tres clases: «Hasta aquí iba extraviado; después encontré el camino verdadero» (San Agustín); ó «Yo era tan malo como todo eso; pero, ¿quién se atrevió a considerarse mejor?» (Rousseau); ó esta otra: «De este modo es como un carácter se ha desarrollado lentamente, debido á sus condiciones naturales y á un favorable medio ambiente» (Goethe). En todas estas formas de propia representación, el autor se ocupa principalmente de sí mismo.

En el siglo XIX las autobiografías de personas notables, toman á menudo este giro: «Era yo tan inteligente y atractiva, tanto el aprecio y la admiración que habia conquistado» (Juana Luisa Heiberg, *Vida compuesta de recuerdos*); ó este otro ejemplo: «Tenía yo tanta inteligencia y era tan digno de ser amado, y, sin embargo, fui tan poco comprendido, que pasé muchísimas amarguras antes de conquistar la corona de la fama» (Hans Cristino Undersén, *La historia de mi vida*). En estas dos clases de relatos indivi-

duales, el autor sólo se ocupa de lo que sus semejantes han pensado y dicho de él.

El autor de la que tenemos delante no pretende hacer gala de sus aptitudes, y, por consiguiente, no acude á la lucha para ganar y conquistar la opinión. Nada le importa el concepto que de él puedan formar sus semejantes; lo que otros han pensado de su persona, sólo lo menciona una vez, y únicamente le consagra una palabra.

No hay en ésta obra nada que pretenda llamar la atención sobre sí mismo; no es el autor de aquellos que gozan en hablar de sí; siempre lo hace con cierta repugnancia y reconocida timidez. No hay aquí ninguna confesión que revele la parte interna del individuo, ni sentimentalismo ni cinismo alguno; el que escribe no se ocupa ni de sus defectos ni de sus virtudes, no entrando en intimidad vulgar con el lector. No dice cuándo se enamoró, y tan poca referencia hace á sus relaciones con el bello sexo, que ni aun menciona su matrimonio; sólo incidentalmente sabemos que es casado. Que es padre, y muy amoroso, únicamente encuentra ocasión de referirlo en la rápida revista que hace de los últimos dieciséis años de su vida.

Le gusta más el dar á conocer la psicología de sus contemporáneos que la suya propia; en su libro se encuentra la de la Rusia oficial y de las masas que bajo ella vegetan; de la Rusia que lucha por avanzar, y de la que permanece esta-

cionaria; procurando hacer mejor la historia de los hombres de su tiempo que la de su personalidad.

La relación de su vida contiene, por consiguiente, la historia de Rusia durante ese período, así como la del movimiento obrero en Europa durante el último medio siglo. Cuando se sumerge en su propio mundo interior, vemos que el exterior se refleja en él.

Hay, sin embargo, en este libro, en analogía con las aspiraciones de Goethe en *Dichtung und Wahrheit*, una representación del modo cómo ha sido formado un cerebro, y en analogía también con las *Confesiones* de San Agustín, tenemos el relato de una crisis interna que corresponde á lo que en los tiempos antiguos se llamaba «conversión». En una palabra, dicha crisis es el eje y el punto culminante del libro.

Actualmente no hay más que dos grandes hombres que piensen por el pueblo ruso, y cuyos pensamientos pertenezcan á la humanidad: León Tolstoï y Pedro Kropotkin. El primero nos ha referido á menudo bajo forma poética parte de su existencia; el segundo nos da aquí, por la primera vez, sin recurrir á la poesía, una rápida descripción de toda su carrera.

A pesar de lo radicalmente distintos que son estos dos hombres, hay algún parecido entre sus existencias y sus modos de apreciar la idea; Tolstoï es un artista; Kropotkin es un sabio;

pero ninguno de los dos, al llegar á un periodo determinado de la vida, pudo conformarse con seguir trabajando en aquello para lo que habia demostrado tener verdaderas aptitudes naturales. Al primero, consideraciones de un orden religioso, y al segundo otras de un carácter social, les obligaron á abandonar la primera senda emprendida; los dos se hallan poseidos de amor hacia la humanidad y completamente de acuerdo en la severa condenación de la indiferencia, falta de sentido, rudeza y brutalidad de las clases más elevadas, así como en la atracción que ambos sienten por la vida del explotado y oprimido hijo del pueblo. Los dos hallan más cobardía que estupidez en el mundo; son idealistas y tienen el temperamento del reformador. Ambos son amantes de la paz por naturaleza, siendo Kropotkin el más pacífico de los dos, á pesar de que Tolstoï siempre predica la paz y condena á los que toman la justicia por su mano recurriendo á la fuerza, en tanto que Kropotkin encuentra justificada su acción y estaba en amistosas relaciones con los terroristas. El punto sobre el cual más difieren, es el de su actitud hacia los hombres instruidos, y respecto á la ciencia que, llevado de su pasión religiosa, aquél mira con desdén y desprecio, mientras que éste los tiene en gran estima, aunque criticando al mismo tiempo á los científicos, por mirar con indiferencia las miserias del pueblo.

Muchas personas han realizado una gran obra durante su vida, sin que por eso se pueda decir que ésta haya sido grande; muchas gentes son interesantes, aun cuando su existencia haya sido completamente obscura é insignificante; pero la de Kropotkin es grande y tiene interés á la vez.

En este volumen se encontrará una combinación de todos los elementos que constituyen una vida preñada de acontecimientos sensacionales: idilio y tragedia; novela y drama.

La infancia en Moscou y en el campo, los retratos de su madre, hermanos y maestros, ó de los de la antigua servidumbre doméstica, y las muchas descripciones de una vida patriarcal, están hechos tan de mano maestra, que no podrá por menos de impresionar á todas las personas sensibles. El paisaje, la narración del intenso amor, tan poco usual, que se profesaban los hermanos, todo esto es un puro idilio. A su lado se halla, desgraciadamente, bastante tristeza y sufrimiento; la severidad en el seno del hogar doméstico, el trato cruel de los siervos, y la estrechez de miras y falta de sensibilidad que por lo general son las estrellas que rigen los destinos de los mortales.

Hay variedad, y se encuentran situaciones dramáticas; la vida en la corte y la vida en la prisión; la vida en la más elevada sociedad rusa, con emperadores y grandes duques, y la vida en la pobreza, con el proletariado trabajador,

en Londres y Suiza. Hay cambios de vestido, como en el teatro, teniendo que aparecer el protagonista de etiqueta durante el día en el Palacio de Invierno, y por la noche en traje de obrero en los barrios extremos, como protagonista de la revolución, encontrándose aquí también el elemento sensacional que pertenece á la novela. Aunque no es posible que haya nadie más sencillo en tono y en palabra que Kropotkin, muchas partes de su relato, sin embargo, debido á la naturaleza misma de los acontecimientos que tiene que referir, son más interesantes que las de ciertas novelas escritas de intento para alcanzar tal resultado. Se lee con interés no interrumpido lo referente á los preparativos de la fuga del hospital de la fortaleza de San Pedro y San Pablo y la atrevida ejecución del plan.

Pocos hombres han figurado como lo ha hecho Kropotkin en todas las clases de la sociedad, y pocos las conocen como él. ¡Qué cuadro! El niño Kropotkin, con el cabello rizado, vestido de paje y colocado cerca del emperador Nicolás, ó corriendo tras el emperador Alejandro, sirviéndole de escolta. ¡Y después, este otro! Kropotkin en una terrible prisión, mandando á paseo al gran duque Nicolás, ú oyendo las manifestaciones de locura de un campesino encerrado en una celda bajo sus pies.

Ha hecho la vida del aristócrata y del trabajador; ha sido paje de cámara del emperador y es

critor sin recursos; ha hecho la vida del estudiante, del oficial, del científico, del explorador en tierras desconocidas, del administrador y del revolucionario perseguido. En la emigración ha tenido que vivir algunas veces con pan y te, como un campesino ruso; ha sido objeto de espionaje, y se ha visto expuesto á un atentado, como un emperador de su país.

Pocos hombres habrán tenido tan harto campo de acción como él; del mismo modo que como geólogo puede seguir la evolución prehistórica de centenares de miles de años atrás, así también se ha asimilado toda la evolución histórica de nuestra época. A la educación literaria y científica que se adquiere en el gabinete de estudio y en la Universidad (como el conocimiento de los idiomas, literatura, filosofía y matemática superior), agregó, siendo muy joven todavía, la que se obtiene en el taller y el laboratorio, así como en plena campiña; estudio de ciencias naturales, arte militar, fortificación, maquinaria y aplicaciones industriales; el carácter de sus conocimientos es verdaderamente universal.

¡Cuánto sufriría tan activa inteligencia al verse reducida al quietismo de la prisión! ¡Qué prueba de resistencia y qué demostración de estoicismo! Kropotkin ha dicho en alguna parte que una individualidad moralmente desarrollada debe encontrarse en el fondo de toda organi-

zación; lo cual es aplicable á él. Todo ha contribuido á convertirlo en una de las piedras angulares del edificio del porvenir.

La crisis en la vida de Kropotkin tiene dos diferentes aspectos, de los que debemos hacer mención.

Se acerca á los treinta años, época decisiva en la vida de un hombre; por entero se halla dedicado á la ciencia; ha hecho un descubrimiento científico importante: ha encontrado que los mapas del Norte de Asia son incorrectos, no sólo en lo referente á la geografía asiática, sino respecto á las teorías de Humboldt, que aparecen en desacuerdo con los hechos. En estas profundas investigaciones pasó más de dos años. De pronto, un día ve surgir ante su vista la verdadera explicación del hecho; comprende que las verdaderas líneas de estructura no se encuentran en Asia de Norte á Sur ó de Oeste á Este, sino del Sudoeste al Nordeste; somete á prueba su descubrimiento y obtiene un feliz resultado. Entonces disfruta del placer de la revelación científica en su forma más pura y más elevada, comprendiendo lo que levanta el pensamiento su acción.

En aquel momento se presenta la crisis: á la satisfacción sucede la tristeza, al considerar que estos placeres están reservados á una minoría insignificante, preguntándose á sí mismo si es justo que él lo disfrute solamente. Cree que, ante

todo, hay un primer deber que cumplir: poner cuanto esté de su parte, á fin de que lleguen hasta la masa del pueblo todos los conocimientos adquiridos, en vez de ocuparse en hacer nuevos descubrimientos.

En cuanto á mi, no creo que tuviera razón; con tales ideas, Pasteur no hubiera podido llegar á ser, como lo ha sido, un bienhechor de la humanidad. Después de todo, no hay cosa que, en último término, no redunde en beneficio de las masas. Creo que uno hace todo lo que puede á favor de la colectividad al producir con la mayor intensidad posible. Pero esta noción fundamental, es característica de Kropotkin; lo da á conocer.

Y semejante tendencia de su carácter lo lleva más lejos aún. Al encontrarse en Finlandia, adonde había ido á hacer un nuevo descubrimiento científico, con la idea de que en los tiempos prehistóricos todo el Norte de Europa se hallaba cubierto de hielo, de tal modo se encuentra impresionado, y es tanta la compasión que siente por el pobre, por el desgraciado, que á menudo tiene que combatir hasta con el hambre, que considera el primero de todos los deberes el convertirse en maestro y auxiliar de las clases desheredadas. Poco tiempo después, un nuevo mundo se presentaba ante su vista—la vida de los trabajadores—, y aprendió de aquellos á quienes procuraba enseñar.

Cinco ó seis años más tarde, apareció la crisis bajo su segundo aspecto. Ello ocurrió en Suiza; ya durante su primera permanencia en ese país, Kropotkin había abandonado el grupo de los socialistas autoritarios, por temor a un despotismo económico, por odio á la centralización, y por amor á la libertad del individuo y de la comunidad. Sin embargo, sólo después de un largo cautiverio en Rusia, y durante su segunda residencia entre los inteligentes obreros de la Suiza occidental, fué cuando la concepción que vagaba en su mente de una nueva organización de la sociedad, se presentó más clara ante su vista, bajo la forma de una sociedad compuesta de asociaciones federadas, cooperando, sobre poco más ó menos, en la misma forma que hoy lo hacen las compañías ferroviarias ó las administraciones de Correos de distintos países.

Sin dejar de reconocer que no le es posible dictar al porvenir el camino que ha de recorrer, está convencido de que todo ha de surgir de la potente iniciativa de la masa; pero, sólo como ejemplo, compara lo venidero con los municipios industriales y las relaciones mutuas que existían en tiempos medioevales, cuya organización partía de abajo arriba. No acepta distinción entre directores y dirigidos; pero debo confesar que me hallo lo bastante atrasado para experimentar un placer al oír que Kropotkin, por una ligera inconsecuencia de su parte, dice

una vez, en elogio de un amigo, que era «un jefe innato».

El autor se describe como un revolucionario, é indudablemente tiene derecho á ello; pero pocos revolucionarios habrá habido tan humanos y de carácter tan dulce como el suyo; hasta tal punto, que uno se encuentra sorprendido cuando, en un paisaje en que habla de la posibilidad de un conflicto con la policía suiza, se revela en su carácter el mismo belicoso instinto que en el fondo existe en el de todos los demás. No puede asegurar con precisión si él y sus amigos tuvieron una satisfacción al ver que la lucha era innecesaria, ó un disgusto porque no se llevara á cabo. Pero la expresión de este sentimiento es excepcional; jamás ha sido un vengador; siempre fué un mártir.

El no impone á otros sacrificios; le agrada más hacerlos; es la obra de toda su vida; pero de tal modo, que parece que el sacrificio no le ha costado ninguna violencia; tan poca es la importancia que él le da. Y, á pesar de toda su energía, es tan poco vengativo, que al hablar de un repugnante médico de una prisión, sólo observó: «Mientras menos nos ocupemos de él, tanto mejor».

Es un revolucionario sin énfasis y sin emblema, riéndose de los juramentos y ceremonias con que los conspiradores se comprometen en dramas y óperas. Este hombre es la sencillez

misma. En cuanto al carácter, puede resistir la comparación con cualquiera de los que han combatido por la libertad en todos los pueblos del mundo; ninguno ha tenido más desinterés, ni amado más la humanidad.

Pero él no había de permitirme decir, al principio de su libro, todo lo bien que de él pienso, y si lo hiciera, á pesar suyo, mis palabras traspasarían los límites de una razonable «Introducción.»

Jorge Brandes.

MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

PARTE PRIMERA

INFANCIA

I.

Moscú es una ciudad de lento crecimiento histórico y, hasta nuestros días, las diferentes partes de que se compone han conservado admirablemente los rasgos más característicos impresos sobre ellas durante el reposado curso de la Historia. El distrito del río Trans-Moskva, con sus anchas y soñolientas calles, y sus monótonas casas pintadas de gris, y de techos bajos, cuya entrada principal permanecía bien cerrada tanto de noche como de día, ha sido siempre el retiro predilecto de la clase mercantil y el foco de los notablemente austeros, formalistas y despóticos disidentes de la «Antigua Fe». La Ciudadela, ó Kremlin, es todavía el firme baluarte de la Iglesia y el Estado; y el inmenso espacio que se extiende ante ella, cubierto de miles de tiendas y almacenes, ha sido durante siglos una po-

misma. En cuanto al carácter, puede resistir la comparación con cualquiera de los que han combatido por la libertad en todos los pueblos del mundo; ninguno ha tenido más desinterés, ni amado más la humanidad.

Pero él no había de permitirme decir, al principio de su libro, todo lo bien que de él pienso, y si lo hiciera, á pesar suyo, mis palabras traspasarían los límites de una razonable «Introducción.»

Jorge Brandes.

MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

PARTE PRIMERA

INFANCIA

I.

Moscou es una ciudad de lento crecimiento histórico y, hasta nuestros días, las diferentes partes de que se compone han conservado admirablemente los rasgos más característicos impresos sobre ellas durante el reposado curso de la Historia. El distrito del río Trans-Moskva, con sus anchas y soñolientas calles, y sus monótonas casas pintadas de gris, y de techos bajos, cuya entrada principal permanecía bien cerrada tanto de noche como de día, ha sido siempre el retiro predilecto de la clase mercantil y el foco de los notablemente austeros, formalistas y despóticos disidentes de la «Antigua Fe». La Ciudadela, ó Kremlin, es todavía el firme baluarte de la Iglesia y el Estado; y el inmenso espacio que se extiende ante ella, cubierto de miles de tiendas y almacenes, ha sido durante siglos una po-

blada colmena del comercio, continuando siendo todavía el corazón de un gran tráfico interior, que abraza la superficie entera del vasto imperio. La Tuerskaya y el puente de Smirk, han sido, durante centenares de años, los principales centros de las tiendas de lujo, mientras que los barrios de los artesanos, el de Pluschikhu y el de Darozomilouka, tienen aún la misma fisonomía que caracterizaba á sus animadas poblaciones en tiempos de los zares de Moscou. Cada barrio es un pequeño mundo en sí mismo; cada uno tiene su fisonomía propia y vive una vida independiente; hasta los ferrocarriles, cuando hicieron su irrupción en la antigua capital, agruparon aparte, en centros especiales, en lo más exterior de la vieja población, sus almacenes y talleres, sus vagones y sus máquinas.

Sin embargo, de todas las partes en que se divide la ciudad, tal vez no haya ninguna más típica que ese laberinto de calles limpias, tranquilas y ventiladas, situadas á espaldas del Kreml, entre dos grandes calles radiales, la de Arbal y la de Prechistenka, al que se le llama todavía el barrio de los Viejos Caballerizos; el Staraya Konyuskennaya.

Hace cincuenta años vivía en este barrio, extinguiéndose lentamente, la antigua nobleza moscovita, cuyos nombres eran tan frecuentemente mencionados en las páginas de la historia rusa, antes de la época de Pedro I; pero que,

después, ha desaparecido para hacer plaza á los recién llegados, «los hombres de todas las procedencias», llamados á la vida pública por el fundador del Estado ruso. Encontrándose suplantados en la corte de San Petersburgo estos nobles de la antigua cepa, se retiraron, unos al barrio de los Viejos Caballerizos, en Moscou, y otros á sus pintorescos estados existentes en terrenos no lejos de la capital, mirando con una especie de desprecio y secreta envidia á la abigarrada multitud de familias que habían venido, «sin que nadie supiera de dónde», á tomar posesión de los cargos más elevados del gobierno en la nueva capital, á orillas del Neva.

En su juventud, la mayoría había probado fortuna entrando en las carreras del Estado, principalmente en el ejército; pero ya por una ú otra causa, lo habían abandonado sin llegar á alcanzar un elevado puesto. Los más afortunados sólo obtuvieron una colocación tranquila y casi honorífica en su ciudad natal—mi padre fué uno de ellos—, en tanto que la mayor parte de los demás se contentaban con tomar su retiro. Pero cualquiera que fuese el lugar adonde habían necesitado trasladarse en el curso de su carrera, sobre la extensa superficie de Rusia, siempre, ya de un modo ó de otro, hallaban manera de pasar su vejez en una casa propia en el barrio de los Viejos Caballerizos, á la sombra de la iglesia donde habían sido bautizados, y en

la que se entonó la última plegaria en los funerales de sus padres.

Nuevas ramas nacidas de los antiguos troncos; algunos se hicieron más ó menos notables en diferentes partes del país; otros tenían casas más lujosas y modernas en otros barrios de Moscou ó en San Petersburgo; pero la rama que continuaba viviendo en el barrio referido, cerca de la iglesia verde, amarilla, rosa ó parda, tan asociada á los recuerdos de la familia, se la consideraba como la representante de ésta, independientemente de la posición que ocupase en el árbol genealógico de la misma. Su cabeza, representante de tiempos históricos, era tratada con gran respeto, aunque no desprovisto, sin embargo, de un ligero tinte de ironía, hasta por aquellos miembros más jóvenes de la misma rama, que habían abandonado su ciudad natal para seguir una carrera más brillante en la guardia imperial ó en los círculos de la corte; pues aquél personificaba para ellos el origen y las tradiciones de la familia.

En estas calles tranquilas, bastante separadas del movimiento y el ruido del Moscou comercial, todas las casas tenían casi la misma apariencia; eran en su mayoría de madera, con techos de planchas de hierro de un verde brillante, la fachada estucada y decorada con columnas y pórticos, y pintada con vivos colores. Casi todas las casas no eran más que de un piso, con siete ó

nueve grandes y alegres ventanas á la calle; sólo en la parte posterior de la casa solía haber un segundo, que miraba á un gran patio formado por varios edificios pequeños, que servían de cocinas, cuadras, bodegas, cocheras y habitaciones para la dependencia y servidumbre. Una gran cancela daba entrada á este patio, y en ella se encontraba con frecuencia una placa de metal con esta inscripción: «Casa de Fulano de Tal, teniente, coronel ó comandante»; rara vez «general» ú otro cargo civil de la misma elevada importancia. Pero si una casa más monumental, embellecida con verja y cancela de hierro doradas, se encontraba en una de esas calles, la placa metálica de la puerta de entrada es seguro que había de decir: «Fulano de Tal, consejero comercial, ó excelentísimo señor.» Estos eran los intrusos, los que habían venido á vivir á aquel barrio sin que nadie los invitara, y á quienes, por consiguiente, no trataban los demás vecinos.

En estas calles aristocráticas no se permitían tiendas, y sólo en algunas casitas de madera, pertenecientes á la iglesia parroquial, se hallaba alguna pequeña especiería ó un puesto de verduras, enfrente de las cuales solía encontrarse el lugar de descanso del polizonte, quien durante el día aparecía en la puerta armado de una alabarda, para saludar con su arma inofensiva á los oficiales que pasaban, retirándose al interior

á la caída de la tarde para trabajar de zapatero remendón ó preparar algún rapé especial patrocinado por los antiguos criados de la vecindad.

La vida se deslizaba tranquila y pacíficamente—al menos en apariencias—en este Faubourg Saint-Germain de Moscou. De mañana no se veía á nadie por las calles; al medio día aparecían los niños en ellas, acompañados por ayas francesas y nodrizas alemanas que los sacaban á dar un paseo por los boulevares cubiertos de nieve. Más tarde, podía verse á las señoras en sus trineos de dos caballos, con un lacayo colocado de pie detrás, sobre una plancha fija en la parte posterior de los patines; ó bien, escondidas en unos carruajes antiguos, inmensos y elevados, suspendidos por grandes muelles curvos y tirados por cuatro caballos, con un postillón delante y dos lacayos de pie detrás. De noche, la mayoría de las casas se hallaban brillantemente iluminadas, y, como no se corrían las cortinas, los transeúntes podían contemplar á los que jugaban á las cartas ó valsaban en los salones. En aquellos días no estaban en boga las «opiniones», hallándonos todavía muy distantes de los años en que en cada una de esas casas empezó una lucha entre «padres é hijos»; lucha que terminaba por lo general en una tragedia de familia ó en visita nocturna de la alta policía. Hace cincuenta años, nada de eso era imaginable;

todo estaba sosegado y tranquilo, al menos en la superficie.

En este barrio nací yo en 1842, y aquí pasé los primeros trece años de mi vida. Aun después de haber vendido nuestro padre la casa en que nuestra madre murió, y comprando otra, que vendió también, pasando nosotros varios inviernos en casas arrendadas, hasta que encontró una tercera á su gusto, á corta distancia de la iglesia en que había sido bautizado, continuamos todavía viviendo en aquel barrio, que sólo abandonábamos el verano para ir á nuestras posesiones rurales.

II

Un dormitorio de techo elevado y espacioso, la habitación más retirada de la casa, con una blanca cama en que reposaba nuestra madre, y no lejos de allí nuestras sillas y mesitas de niños y otras mesas esmeradamente puestas y servidas, cubiertas de dulces y jaleas presentadas en lindos receptores de cristal; alcoba donde se nos condujo á nosotros, los niños, á hora desusada; esta es la primera y confusa reminiscencia que tengo de mi vida.

Nuestra madre se moría de consunción; sólo tenía treinta y cinco años. Antes de separarse de nosotros para siempre, había querido tenernos á su lado, acariciarnos, gozar un momento con nuestras alegrías, y preparó este pequeño

festín al lado de su cama, de la que no podía levantarse más. Recuerdo su cara pálida y afilada y sus grandes ojos oscuros: nos contemplaba carifiosamente y nos invitaba á que comiéramos y á subirnos á su cama; de pronto se echó á llorar y empezó á toser, y nos dijeron que saliéramos.

Algún tiempo después, á nosotros, los niños (esto es, á mi hermano Alejandro y á mi), nos trasladaron de la casa grande á otra pequeña que habia en el patio. El sol de Abril llenaba la pequeña habitación con sus rayos, y, sin embargo, nuestra nodriza alemana, la señora Burman, y Uliana, la nodriza rusa, nos dijeron que nos acostásemos. Sus rostros estaban humedecidos por el llanto y cosían para nosotros camisas negras guarnecidas de blanco. No podíamos dormir: lo desconocido nos asustaba, y poníamos atención á lo que hablaban por lo bajo. Dijeron algo de nuestra madre, que no pudimos entender; entonces saltamos de la cama preguntando: —«¿Dónde está mamá? ¿Dónde está mamá?»

Ambas rompieron á sollozar y empezaron á acariciarnos llamándonos «pobres huérfanos», hasta que Uliana, no pudiendo contenerse más, dijo: —Vuestra madre se ha ido allí, al cielo, con los ángeles.

—¿Cómo se ha ido al cielo? ¿Por qué?—demandaban en vano nuestras infantiles imaginaciones.

Esto era en Abril de 1846: yo no tenía más

que tres años y medio y mi hermano Sasha aún no llegaba á los cinco: adonde habian ido nuestros hermanos mayores Nicolás y Elena, no lo sé: tal vez estaban ya en el colegio. Él tenia doce años y ella once; vivian separados de nosotros y teniamos poco roce con ellos. Así que, Alejandro y yo quedamos en esta casita en poder de la señora Burman y Uliana. Aquella buena señora alemana, ya de edad, sin hogar y completamente sola en el mundo, ocupó para nosotros el lugar de nuestra madre: ella hizo en nuestro favor todo lo que pudo, comprándonos de cuando en cuando algunos juguetes sencillos y hartándonos de tortas de jengibre cada vez que otro viejo alemán, que acostumbraba á venderlas, y que probablemente se hallaba tan aislado y solo como ella, visitaba casualmente nuestra casa. Rara vez veíamos á nuestro padre, y de este modo se pasaron dos años sin dejar ninguna impresión en mi memoria.

III

Nuestro padre estaba muy ufano del origen de su familia y señalaba con solemnidad á un pergamino que estaba colgado en su estudio: en él se hallaban impresas nuestras armas—las del principado de Smolénsk cubiertas con el manto de armiño y la corona de los Monomachs—y en él estaba escrito y certificado por la Sección de Heráldica, que nuestra familia habia tenido ori-

gen en un nieto de Rostislán Mstislavich el temerario (nombre tan familiar en la historia rusa como el de cualquier gran príncipe de Hieff), y que nuestros antecesores habían sido grandes príncipes de Smolénsk.

—«Me costó trescientos rublos el obtener ese pergamino»—acostumbraba á decir nuestro padre.— Como la generalidad de las gentes de su tiempo, no estaba muy versado en la historia rusa, y avaloraba el pergamino más por su coste que por su importancia histórica.

El hecho es, sin embargo, que el origen de mi familia es verdaderamente muy antiguo; pero como la mayoría de los descendientes de Rurik, á quien se puede considerar como el representante del período feudal de la historia rusa, ella fué relegada á segundo término cuando éste concluyó, y los Romanoff, entronizados en Moscou, empezaron la obra de consolidar el Estado ruso. En los últimos tiempos, ninguno de los Kropotkins parece haber tenido una predilección especial por los puestos oficiales. Nuestros bisabuelo y abuelo, ambos se retiraron del servicio militar en su juventud, apresurándose á volver á sus posesiones de familia, la principal de las cuales era Urúsono, situado en el gobierno de Oyazán, en una alta colina al borde de fértiles praderas, y capaz de tentar á cualquiera por la hermosura de sus sombríos bosques, sus risueños ríos é inmensos prados. Nuestro abue-

lo no era más que teniente, cuando dejó el servicio y se retiró á Urúsono, dedicándose á cuidar de este estado y á la compra de otros en las provincias más inmediatas.

Probablemente nuestra generación hubiera hecho lo mismo; pero nuestro abuelo se casó con la princesa Gayárin, que pertenecía á una familia muy distinta. Su hermano era muy conocido por su gran pasión por las tablas: tenía un teatro para su uso particular, y llevó su amor al arte hasta el punto de casarse, con escándalo de toda su familia, con una sierva, la notable actriz Semyonova, que fué una de las que crearon el arte dramático en Rusia é indudablemente de las que más en él se han distinguido. Con asombro de «todo Moscou» siguió presentándose en escena.

No sé si mi abuela tenía los mismos gustos artísticos y literarios que su hermano; sólo la recuerdo cuando ya estaba paralítica y hablaba con dificultad; pero es indudable que, en la nueva generación, una inclinación hacia la literatura fué un rasgo característico de la familia. Uno de los hijos de la princesa Gayárin fué un poeta mediano, y publicó un tomo de poesías, hecho del cual mi padre se avergonzaba y evitaba siempre mencionar; y en nuestra propia generación, varios de nuestros primos, así como mi hermano y yo, hemos tomado más ó menos parte en la vida literaria de nuestra época.

Nuestro padre era un oficial típico del tiempo de Nicolás I. Lo cual no quiere decir que estuviera animado de ardor bélico, ni que le gustase la vida de campaña; dudo que pasara una sola noche de su vida ante el fuego del vivac ó hubiese tomado parte en una batalla. Pero en tiempos de dicho emperador eso era lo de menos: el verdadero militar de entonces era el oficial que estaba enamorado del uniforme, despreciando todo otro traje; cuyos soldados recibían tal instrucción, que podían hacer ejercicios casi sobrenaturales (el romper la caja del fusil al «presentar armas» era uno de los más famosos); y quien se hallaba en condiciones de poder presentar en una parada una hilera de soldados, tan perfectamente alineados y tan inmóviles como si fueran de juguetes. Muy bien—dijo una vez el gran duque Mikhael de un regimiento, después de haberlo tenido durante una hora presentando las armas—, ¡pero, *respiran!* El responder á la concepción entonces corriente del verdadero militar, era indudablemente el ideal de nuestro padre.

Cierto es que tomó parte en la campaña turca en 1828; pero se arregló de tal modo, que permaneció toda ella agregado al Estado Mayor; y si nosotros, los niños, aprovechando algún momento favorable en que se hallaba de buen humor, le pedíamos que nos contase algo de la guerra, sólo nos refería el formidable ataque de

perros turcos que una noche cayeron sobre él y su fiel asistente Frol, al pasar á caballo, llevando unos partes, á través de una aldea turca abandonada; teniendo que recurrir á los sables para librarse de aquellos animales hambrientos. Si el asalto hubiera sido de turcos en vez de perros, eso hubiese impresionado más agradablemente nuestra imaginación; pero á falta de los primeros, tuvimos que contentarnos con los segundos. En otras ocasiones, cuando acosado por nuestras preguntas, él nos contaba cómo ganó la cruz de Santa Ana «por méritos de guerra», y la espada con empuñadura de oro que llevaba, debí confesar que no quedábamos muy satisfechos; el caso era indudablemente bien prosaico. Los oficiales del Estado Mayor se hallaban alojados en un pueblo turco, cuando éste se incendió; en un momento se vieron las casas rodeadas por las llamas, y en una de ellas se había quedado una criatura, cuya madre daba desgarradores lamentos. En el acto, Frol, que siempre acompañaba á su señor, se arrojó al fuego y salvó al niño. El general, que había presenciado la acción, le dió en el instante mismo á nuestro padre la cruz del mérito militar.

—¡Pero, padre!—dijimos nosotros—¡fué Frol quien salvó la criatura!

—¿Y qué?—contestó él del modo más natural del mundo.—¿Acaso no era mi asistente? Lo mismo da.

También tomó alguna parte en la campaña de 1831, durante la revolución polaca, y en Varsovia conoció y se enamoró de la hija menor del jefe de un cuerpo de ejército, el general Sulima. El casamiento se celebró con gran pompa en el palacio de Sarienki, siendo padrino del novio el general de brigada conde Paskiemich. «Pero vuestra madre, —nuestro padre solía decir—, no me trajo ningún capital.»

Lo cual era verdad; su padre, Nikolai Semyowich Sulima, no estaba versado en el arte de hacerse una carrera ó una fortuna. Debía ser de la madera de esos cosacos del Dnyéper, que sabían combatir con los bien armados y aguerridos polacos ó contra los ejércitos turcos, aunque fueran tres veces más numerosos que ellos; pero que ignoraban el modo de evitar el lazo que les tendía la diplomacia de Moscou, perdiendo todas sus libertades y cayendo bajo la dominación de los zares rusos, después de haber luchado contra los polacos en la terrible insurrección de 1648, que fué el principio del fin de la república polaca. Un Sulima fué capturado por los polacos y atormentado y muerto en Varsovia; pero los otros miembros de la familia, que también eran coroneles, no por eso dejaron de pelear con menos bríos, y Polonia perdió la pequeña Rusia. Respecto á nuestro abuelo, durante la invasión de Napoleón I, se había abierto camino, al frente de su regimiento de

coraceros, á través de un cuadro de infantería francesa erizado de bayonetas, y después de haber sido dejado por muerto en el campo de batalla, pudo reponerse de la profunda herida que recibió en la cabeza; pero como no estaba dispuesto á ser lacayo del favorito de Alejandro I, el omnipotente Arakchéeff, fué, en su consecuencia, enviado á una especie de honorable destierro, primero como gobernador general de la Siberia Occidental, y más tarde de la Oriental. En aquellos tiempos, tal posición se consideraba más lucrativa que una mina de oro; pero nuestro abuelo volvió de Siberia tan pobre como fué, dejando sólo una fortuna modesta á sus tres hijos y tres hijas. Cuando fui á Siberia en 1862, con frecuencia oía mencionar su nombre con respeto. Había sido presa de la desesperación, á causa del robo desenfrenado que se hacía en aquellas provincias, y que no le era posible reprimir.

Nuestra madre era ciertamente una mujer notable, dada su época. Muchos años después de su muerte descubrí en el rincón de una despensa de nuestra casa de campo una gran cantidad de manuscritos suyos, hechos con pulso firme y una hermosa letra; había un diario en que hablaba con alegría de los paisajes alemanes y de sus amarguras y sus ansias de felicidad; libros que había llenado de versos rusos prohibidos por la censura; entre ellos las mag-

nificas baladas históricas de Rylieff, el poeta á quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, dramas franceses, versos de Lamartín, poemas de Byron copiados por ella, y un gran número de acuarelas.

Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada, en un retrato al óleo que había sido hecho *con amore* por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos del pueblo nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro.

Todos los que la conocieron la querían; los criados adoraban su memoria; en su nombre, la señora Burman se hizo cargo de nosotros, y en su nombre también, la nodriza rusa nos hizo el objeto de su cariño. Mientras que nos peinaba ó nos persignaba al acostarnos, esta última solía con frecuencia decir: «Y vuestra mamá, que está en los cielos, debe miraros desde allí, y llorar por vosotros, pobres huérfanos». Toda nuestra infancia está llena de su memoria. ¡Con qué frecuencia, al pasar por un lugar oscuro,

la mano de un criado nos acariciaba á Alejandro ó á mí, y cuántas, la mujer de un agricultor, al encontrarnos por el campo, nos preguntaba: «¿Seréis tan buenos como fué vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también». «Nosotros», por supuesto, quería decir los siervos. Ignoro qué destino hubiera sido el nuestro, á no haber hallado entre los siervos dedicados á los trabajos domésticos esa atmósfera de cariño que necesitan los niños á su alrededor. Nosotros éramos sus hijos; nos parecíamos á ella, y ellos nos demostraban su afecto, algunas veces de un modo muy delicado y expresivo, como se verá más adelante.

Los hombres desean apasionadamente vivir después de muertos, y, sin embargo, á menudo dejan de existir sin haberse dado cuenta del hecho de que la memoria de una persona verdaderamente buena vive siempre, queda impresa en la generación inmediata, y es de nuevo transmitida á los hijos. ¿No es esta una inmortalidad digna de aprecio?

IV

Dos años después de la muerte de nuestra madre, nuestro padre se casó otra vez; había ya fijado la atención en una linda joven, perteneciente á una opulenta familia, cuando la suerte dispuso lo contrario. Una mañana, mientras se hallaba todavía de bata, los criados entraron

nificas baladas históricas de Rylieff, el poeta á quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, dramas franceses, versos de Lamartín, poemas de Byron copiados por ella, y un gran número de acuarelas.

Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada, en un retrato al óleo que había sido hecho *con amore* por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos del pueblo nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro.

Todos los que la conocieron la querían; los criados adoraban su memoria; en su nombre, la señora Burman se hizo cargo de nosotros, y en su nombre también, la nodriza rusa nos hizo el objeto de su cariño. Mientras que nos peinaba ó nos persignaba al acostarnos, esta última solía con frecuencia decir: «Y vuestra mamá, que está en los cielos, debe miraros desde allí, y llorar por vosotros, pobres huérfanos». Toda nuestra infancia está llena de su memoria. ¡Con qué frecuencia, al pasar por un lugar oscuro,

la mano de un criado nos acariciaba á Alejandro ó á mí, y cuántas, la mujer de un agricultor, al encontrarnos por el campo, nos preguntaba: «¿Seréis tan buenos como fué vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también». «Nosotros», por supuesto, quería decir los siervos. Ignoro qué destino hubiera sido el nuestro, á no haber hallado entre los siervos dedicados á los trabajos domésticos esa atmósfera de cariño que necesitan los niños á su alrededor. Nosotros éramos sus hijos; nos parecíamos á ella, y ellos nos demostraban su afecto, algunas veces de un modo muy delicado y expresivo, como se verá más adelante.

Los hombres desean apasionadamente vivir después de muertos, y, sin embargo, á menudo dejan de existir sin haberse dado cuenta del hecho de que la memoria de una persona verdaderamente buena vive siempre, queda impresa en la generación inmediata, y es de nuevo transmitida á los hijos. ¿No es esta una inmortalidad digna de aprecio?

IV

Dos años después de la muerte de nuestra madre, nuestro padre se casó otra vez; había ya fijado la atención en una linda joven, perteneciente á una opulenta familia, cuando la suerte dispuso lo contrario. Una mañana, mientras se hallaba todavía de bata, los criados entraron

precipitadamente en su habitación anunciándole la llegada del general Timofeeff, jefe del sexto cuerpo de ejército, al cual nuestro padre pertenecía. Este favorito del emperador era un hombre terrible; hacia azotar á un soldado, hasta dejarlo casi muerto, por la más leve falta, ó degradaba á un oficial y lo mandaba después de soldado á Siberia, por haberle encontrado en la calle con los corchetes del alto y tieso cuello de la casaca desabrochados. Con Nicolás la influencia de este hombre era ilimitada.

El general, que no había estado nunca antes en nuestra casa, vino á proponer á mi padre el matrimonio con la sobrina de su mujer, la señorita Elisabeth Karandinó, una de las varias hijas de un almirante de la escuadra del mar Negro; una joven con un clásico perfil griego, que tenía fama de hermosa. Mi padre aceptó, y su segunda boda, como la primera, fué solemnizada con gran fausto.

—Vosotros, los jóvenes, no entendéis nada de estos asuntos—decía en conclusión, después de haberme contado esa historia más de una vez con un gracejo particular que no intentó reproducir.—¿Sabéis, por ventura, lo que significaba en aquel tiempo el comandante de un cuerpo de ejército? ¿Sobre todo, que ese diablo tuerco, como acostumbábamos llamarlo, viniera en persona á hacer la proposición?

Claro es que no traía dote; sólo un gran baúl

lleno con sus galas, y esa Marta, su única sierva, tan morena como una gitana, sentada sobre él.

De este acontecimiento no guardo memoria ninguna. Sólo recuerdo un gran salón en una casa ricamente amueblada, y en él á una joven bonita, de tipo marcadamente meridional, jugando con nosotros y diciendo: —Ya veis qué mamá tan linda vais á tener. A lo cual Sasha y yo, mirándola con enojo, contestamos: —Nuestra mamá ha votado al cielo.— Su desenvoltura la mirábamos con prevención.

*
*
*

Llegó el invierno, y una nueva vida empezó para nosotros. Se vendió nuestra casa y se compró otra y amuebló de nuevo por completo. Todo lo que podía recordar á nuestra madre se hizo desaparecer; sus retratos, sus pinturas y sus bordados. En vano la señora Burman imploró quedarle, prometiendo dedicarse al hijo que nuestra madrastra esperaba tener, como á cosa propia; fué despedida. «No quiero nada de los Sulimas en mi casa»—se le dijo. Toda relación con nuestros tíos y abuela fué cortada. Uliana se casó con Frol, quien se convirtió en mayordomo, en tanto que ella vino á ser ama de gobierno; y para cuidar de nuestra educación se tomaron un tutor francés, liberalmente retribuido, M. Paulain, y un estudiante ruso,

N. P. Smirnoff, á quien se le daba una miseria.

Muchos de los hijos de la nobleza de Moscou eran educados en aquella época por franceses, que representaban los restos del gran ejército de Napoleón. M. Paulain era uno de ellos; acababa de terminar la educación del hijo menor del novelista Zagoskin, y su discípulo Serge gozaba en el barrio de los Viejos Caballerizos la reputación de estar tan bien educado, que nuestro padre no vaciló en tomarlo por la respetable cantidad de seiscientos rublos al año.

Este traje consigo un perro de caza, *Trésor* su cafetera Napoleón y libros de texto franceses, y empezó á dirigirnos y disponer del siervo Matvei, que habia sido destinado á nuestro servicio.

Su plan de educación era muy sencillo: después de despertarnos, se ocupaba de su café, que acostumbraba á tomar en su cuarto; mientras que preparábamos las lecciones de la mañana, él se hacia su toilet con gran esmero; se arreglaba su cabello gris de modo que ocultase su creciente calva, se ponía el frac, se rociaba y lavaba con agua de Colonia y nos escoltaba al piso inferior á dar los buenos días á nuestros padres. Por lo general, los encontrábamos almorzando, y al acercarnos á ellos decíamos, con tono de declamación y con toda la gravedad posible: *Bonjour, mon cher papa* y *bonjour, ma cher maman*, y les besábamos la mano; y él hacia una

complicada y elegante reverencia al pronunciar las palabras *bonjour, monsieur le prince* y *bonjour, madame la princesse*; después de lo cual se retiraba inmediatamente la procesión y se volvía á subir. Esta ceremonia se repetía todas las mañanas.

Entonces empezaba nuestro trabajo: el maestro cambiaba el frac por una bata, se cubría la cabeza con un gorro de piel, y, arrellenándose en una butaca, decía: «Recitad la lección.»

Nosotros lo hacíamos «de memoria», desde una señal hecha en el libro con la uña, hasta la inmediata. M. Poulain habia traído consigo la Gramática de Noel y Chapral, memorable para más de una generación de jóvenes de ambos sexos rusos; un libro de diálogos en francés, una Historia universal, en un volumen y una Geografía, universal también é igualmente en un volumen. Teníamos, pues, que encomendar á la memoria la Gramática, los diálogos, la Historia y la Geografía.

La Gramática, con sus conocidas sentencias: «¿Qué es Gramática?» «El arte de hablar y escribir correctamente», no ofrecía ninguna dificultad. Pero el libro de Historia, desgraciadamente, tenía un prólogo que contenía una enumeración de todos los beneficios que reportaba su estudio: al principio todo marchaba relativamente sin dificultad. Nosotros recitábamos: «El príncipe encuentra en ella ejemplos magnánimos para

gobernar á sus súbditos; el jefe militar aprende allí el arte noble de la guerra.» Pero al llegar á la parte jurídica se presentó el apuro: «El jurisconsulto halla en ella también...» Esto es lo que nunca pudimos llegar á saber. Era terrible la palabra «jurisconsulto»; lo echaba todo á perder. Al llegar á ella nos parábamos.

—¡De rodillas, *gros pouff!*—exclamaba Paulain (eso era por mí).— ¡De rodillas, *gran dada!* (Eso era por mi hermano.) Y allí nos arrodillábamos llorando, procurando inútilmente enterarnos de todo lo referente al jurisconsulto.

¡Ese prólogo nos costó muchos disgustos! Estábamos ya aprendiendo todo lo concerniente á los romanos, y acostumbrábamos á poner nuestros bastones en la balanza de Uliana cuando pesaba el arroz, «lo mismo que Breno»; saltábamos desde las mesas y otros precipicios por la salvación de nuestro país, imitando á Curcio, y todavía nos hacía él volver de tiempo en tiempo al dichoso prólogo, y de nuevo nos hacía arrodillar por ese mismo jurisconsulto. ¿Es, pues, de extrañar que, más adelante, tanto mi hermano como yo, sintiéramos una repugnancia invencible por la jurisprudencia?

No sé qué hubiera sucedido con la Geografía si también hubiese tenido prólogo; pero, afortunadamente, las primeras veinte páginas del libro habían sido arrancadas (supongo yo que Serge Zagoskin nos prestó ese gran servicio), y así,

nuestras lecciones comenzaron en la página veintiuna, que empezaba de este modo: «de los ríos que bañan á Francia.»

Hay que confesar que no siempre se limitaba todo á arrodillarse: había en la clase una vara de abedul, y á ella recurría el maestro cuando no se adelantaba nada en dicho prólogo ó en algún diálogo sobre virtud y urbanidad; pero un día nuestra hermana Elena, que ya en esa época había salido del *Catherine Institut des demoiselles* y ocupaba una habitación bajo la nuestra, al oír los lamentos que dábamos, corrió, llamando al despacho de nuestro padre, y se lamentó amargamente de que se nos hubiera abandonado á nuestra madrastra, quien nos había entregado en manos de «un tambor francés retirado». «¡Por supuesto—decía ella—, no hay nadie que los defienda; pero no puedo ver con paciencia á mis hermanos tratados de ese modo por un tambor!»

Cogido así, de improviso, nuestro padre no sabía qué decir: empezó por reprenderla; pero concluyó aprobando el afecto que demostraba á sus hermanos. En adelante la vara de abedul se reservó para enseñarle las reglas de urbanidad al perro *Trésor*.

Apenas se había desprendido M. Paulain de sus penosos deberes profesionales, cuando se convertía en otro hombre: era un alegre compañero, en vez de un maestro gruñón, y sus cuen-

tos eran innumerables; hablábamos como cotorras. A pesar de que bajo su dirección no pasamos nunca de las primeras páginas de la sintaxis, pronto aprendimos, sin embargo, á hablar correctamente; nos acostumbramos á *pensar* en francés; y después de algún tiempo de escribir al dictado la mayor parte de un libro de mitología, del que se servía para corregir nuestras faltas, sin intentar jamás el explicarnos por qué una palabra se ha de escribir de un modo determinado, habíamos aprendido á «hacerlo con corrección».

Después de comer, dábamos clase con el maestro ruso, un estudiante en Derecho, de la Universidad de Moscou; él nos enseñaba todo lo referente á Rusia: Gramática, Aritmética, Historia, y así sucesivamente. Pero en aquel tiempo los estudios serios aún no habían empezado. Al mismo tiempo, nos dictaba todos los días una página de Historia, y de aquel modo práctico aprendimos pronto á escribir el ruso correctamente.

Lo mejor para nosotros era los domingos, cuando toda la familia, exceptuándonos á los niños, iba á comer con madame la générale Fimateeff. También ocurría algunas veces que se les permitía salir de casa á Poulain y Smirnoff, y cuando esto pasaba, quedábamos al cuidado de Uliana. Entonces, después de una comida sin sosiego, corríamos á la gran antecámara, en

la que pronto aparecían las criadas jóvenes. Se jugaba á un sin fin de cosas: á *la gallina ciega*, *la candela* y otros juegos parecidos; hasta que, de pronto, Tikhon, el *sábelotodo*, aparecía con un violín. En el acto empezaba el baile; no el acompasado y fastidioso, bajo la dirección de un maestro francés, «con piernas de goma elástica», y que formaba parte de nuestra educación, sino una danza libre, que no era una lección, y en la que veinte parejas giraban á su gusto, lo que no era más que un preludio del más animado y poco menos que primitivo baile cosaco. Después Tikhon pasaba el violín á uno de los hombres más formales, y empezaba á hacer tales maravillas con sus piernas, que las puertas que conducían al salón se veían bien pronto llenas por los cocineros, y aun los cocheros, que venían á ver el baile, al que los rusos tienen tanta afición.

A eso de las nueve se mandaba el carruaje grande á recoger á la familia, en tanto que Tikhon, con cepillo en mano, se dedicaba á devolver al suelo su virginal brillo, y el orden más perfecto quedaba restablecido en toda la casa. Y si á la mañana siguiente éramos sometidos los dos á un interrogatorio extremado, no había miedo de que se nos escapase una sola palabra respecto á la fiesta de la tarde anterior; jamás hemos comprometido á ninguno de los sirvientes, ni ellos tampoco nos hubieran delatado á nosotros. Un domingo, jugando solos en la gran

antecámara mi hermano y yo, chocamos contra un soporte, sobre el que había una lámpara de bastante valor, la cual se hizo pedazos. Inmediatamente los criados celebraron consejo: nadie nos reprendió; pero se convino en que á la mañana siguiente, muy temprano, fuera Tikhon, saliendo de la casa por su cuenta y riesgo, á comprar otra lámpara igual á la que se había roto. Costó quince rublos, enorme cantidad para ellos, pero se compró, y nunca nos dijeron nada referente á este particular ni se habló más del asunto.

Cuando pienso ahora en ello, y vuelven todas esas escenas á mi memoria, recuerdo que jamás oímos ninguna palabra soez en ninguno de los juegos, ni vimos en los bailes nada parecido á lo que ahora se ofrece á la admiración de los niños en el teatro. En su departamento, entre sí, es seguro que usarían otro lenguaje; pero nosotros éramos criaturas—los niños *de ella*—y eso nos ponía á cubierto de semejante cosa.

**

En aquel tiempo los niños no disponían de una profusión de juguetes, como hoy sucede; nosotros casi no poseíamos ninguno, y, por consiguiente, teníamos que apelar á nuestros propios recursos para proporcionárnolos. Además, desde temprano habíamos ambos adquirido afición al teatro; los de mala muerte, en que todo venía

á parar en lucha entre los ladrones y la policía, llamaban poco nuestra atención; pues ya estábamos cansados de jugar á eso. Pero vino á Moscú la gran bailarina Fanny Elssler, y la vimos.

Cuando nuestro padre tomaba un palco en el teatro, procuraba que fuera de los mejores, y lo pagaba bien; pero quería que toda la familia lo disfrutara. Aunque entonces era yo todavía pequeño, esa artista dejó en mí tal impresión, y era tanta su gracia, elegancia y desenvoltura, que desde entonces he visto siempre con indiferencia esos bailes que pertenecen más bien al dominio de la gimnasia que al del arte.

Como es de suponer, el baile de gran espectáculo que vimos—*Gitana, la Flamenca española*—hubo de repetirse en casa; la parte mimica, no la bailable. Tentamos á nuestra disposición un escenario; pues la puerta que conducía de nuestro dormitorio á la clase, en vez de hoja, no tenía más que una cortina. Algunas sillas, colocadas en semicírculo ante aquélla, con una butaca para M. Poulain, constituían la sala y el palco imperial, y la audiencia podría formarse fácilmente con el maestro ruso, Uliana y un par de criadas cualquiera.

Era necesario representar de algún modo dos escenas del referido espectáculo: aquella en que los flamencos traen á su campo á la gitanilla en un carretoncito, y otra en que aquélla hace su primera aparición en la escena, descendiendo de

un cerro y cruzando un puente, sobre un arroyo que refleja su imagen.

Encontramos nuestra protagonista en una de las muchachas más jóvenes en el departamento de las criadas; su vestido, de algodón azul algo ordinario, no fué obstáculo para que personificara á Fanny Elssler. Una silla tendida, con el espaldar hacia abajo y empujada por los pies, podía pasar por carrerón. Pero ¡y el arroyo! Dos sillas y una larga tabla de planchar de Andrei el sastre, formaron el puente, y un pedazo de tela azul el agua; pero la imagen no aparecía en ésta de tamaño natural, por mucho partido que se quiso sacar del espejo de tocador de M. Paulain. Después de inútiles esfuerzos, tuvimos que darnos por vencidos; pero conquistamos á Uliana para que hiciera como que la veía y aplaudiera estrepitosamente en ese momento; así que, al fin, empezamos á creer que tal vez algo de ella podía verse.

La *Fedra*, de Racine, ó por lo menos su último acto, se representó también con facilidad, recitando Sasha muy bien los melodiosos versos

A pein nous sortions aux portes de Frérene,
permaneciendo yo inmóvil é indiferente durante todo el curso del trágico monólogo, cuyo objeto era informarme de la muerte de mi hijo, hasta el momento en que, con arreglo al libreto, tenía que exclamar: «¡Oh, dioses!»

Pero cualquiera que fuese el objeto de nues-

tras representaciones, todas invariablemente venían á terminar con el infierno. Se apagaban todas las luces menos una, la cual se colocaba tras de un papel transparente, para imitar las llamas, mientras que mi hermano y yo, ocultos tras una cortina, dábamos los más terribles lamentos, imitando á los condenados. Uliana, á quien no gustaban esas alusiones al espíritu maligno, hechas á la hora de acostarse, parecía horrorizada; pero yo me pregunto ahora, si tal vez esa extremadamente sintética representación del infierno, con una bujía y un pliego de papel, no contribuyó á librarnos á ambos, en una edad temprana, del temor del fuego eterno. La concepción que de él habíamos formado era demasiado realista para no producir el escepticismo.

Muy joven debía ser yo todavía, cuando vi á los grandes actores moscovitas Schepkin, Sadoskiy y Shumski en el *Corrector*, de Gogol, y otra comedia, y, sin embargo, no sólo recuerdo las escenas más culminantes de las dos, sino hasta el accionar y la expresión de estos notables artistas de la escuela realista, tan admirablemente representada ahora por la Duse. Me acordaba de ellos tan bien, que, cuando vi las mismas obras ejecutadas en San Petersburgo por actores pertenecientes á la escuela francesa de declamación, éstos no lograron impresionarme favorablemente, pues siempre los comparaba con Schepkin y Sadoskiy, quienes habían con-

seguido fijar mi gusto y modo de apreciar en el arte dramático.

Esto me hace creer que los padres que deseen desarrollar un gusto artístico en sus hijos, deberían llevarlos de cuando en cuando á ver buenas comedias, bien representadas, en vez de no darles más alimento artístico que una profusión de las llamadas «pantomimas infantiles».

V

Cuando tenía ocho años, di un nuevo paso en mi carrera de un modo inesperado; no recuerdo bien con qué motivo, pero probablemente fué en el vigésimo primero aniversario de la subida al trono de Nicolás I, cuando se prepararon grandes festejos en Moscou. La familia imperial venia á visitar la antigua capital, y la nobleza moscovita se proponia celebrar este acontecimiento con un baile de trajes, en el que los niños representarían un importante papel. Se habia convenido en que toda la abigarrada multitud de nacionalidades de que se compone la población del imperio ruso, estuviera representada en este baile para felicitar al monarca. Grandes preparativos se realizaban en nuestra casa, así como en todas las de los vecinos. Una especie de vestido ruso, muy notable, se le hizo á nuestra madrastra; en cuanto á nuestro padre, siendo militar, claro es que habia de presentarse de uniforme; pero aquellos de nuestros parientes

que no pertenecian al ejército, se hallaban tan ocupados en el arreglo de sus trajes rusos, griegos, caucásicos y mongólicos, como las mismas damas. Cuando la nobleza de Moscou da un baile á la familia imperial, la cosa debe resultar extraordinaria. En cuanto á mi hermano Alejandro y á mí, se nos consideraba demasiado jóvenes para tomar parte en un ceremonial tan importante.

Y, sin embargo, después de todo, yo formé en él. Nuestra madre habia sido íntima amiga de madame Nurimoff, la esposa del general que era gobernador de Wilno cuando se empezó á hablar de la emancipación de los siervos; esta mujer, que era muy hermosa, se esperaba que asistiera al baile en compañía de su hijo, niño de unos diez años, vestida con un traje verdaderamente magnífico, de princesa persa, formando juego con el que se habia hecho para el niño de príncipe del mismo país, de un lujo extraordinario, con un cinturón cubierto de piedras preciosas; pero habiendo caído este enfermo en aquellos días, su madre creyó que uno de los hijos de su mejor amiga debiera ser el mejor sustituto del suyo. Y, al efecto, nos llevaron á su casa á Alejandro y á mí, á que nos probásemos el vestido. A él, que era más alto que yo, le estaba muy corto; pero á mi me ajustaba perfectamente, y, por consiguiente, se decidió que yo representase el príncipe persa.

El inmenso salón del palacio de la nobleza moscovita estaba cuajado de invitados. Todos los niños recibieron estandartes coronados con las armas de cada una de las sesenta provincias del imperio ruso. Yo tenía un águila flotando sobre un mar azul, que representaba, según supe después, las armas del gobierno de Astrakhan en el mar Caspio. Se nos formó á todos en la antecámara y marchamos después lentamente en dos hileras, dirigiéndonos hacia la elevada tribuna en que se hallaban el emperador y su familia; al llegar allí, nos dividimos á derecha é izquierda, quedando así alineados en una sola fila ante ellos. A una señal dada se levantaron todos los estandartes, y la apoteosis de la autocracia aparecía muy expresiva. Nicolás quedó encantado; todas las provincias del imperio rendían homenaje al jefe supremo. Después, los niños nos retiramos pausadamente al fondo del salón. En aquel momento se produjo alguna confusión; los ayudas de cámara, con sus brillantes y bordados uniformes, corrían en todas direcciones, y yo perdi mi puesto en la formación; pero, mi tío, el príncipe Gayarin, vestido de tungo (yo estaba absorto, contemplando con admiración su traje de pieles y su aljaba llena de flechas), me levantó en sus brazos y me colocó en la plataforma imperial. Bien fuera por ser yo el más pequeño de todos los niños presentes, ó porque mi cara redonda, adornada por un

cabello rizado, y la cabeza cubierta con un gran gorro de pelo de astracán llamaran su atención, lo cierto es que Nicolás quería que me llevaran adonde él estaba, y allí permaneci entre generales y señoras que me miraban con curiosidad. Después me dijeron que el emperador, quien siempre fué aficionado á chistes de cuartel, me tomó por el brazo y, conduciéndome adonde estaba Maria Alexandrovna (la esposa del príncipe imperial), que se hallaba próxima á su tercer alumbramiento, dijo en su lenguaje militar: —Esta es la clase de niños que debéis traerme—gracia que la hizo ruborizar en extremo. De lo que si me acuerdo es de que él me preguntó si quería dulces, y yo le contesté que lo que deseaba era galletas pequeñas, de las que se sirven en el te (en casa no nos veíamos hartos nunca); entonces llamó á un criado y me vació una bandeja entera en mi alta gorra. —Se las llevaré á Sasha—le dije.

Sin embargo, Mikhael, el hermano de Nicolás, que tenía aspecto de soldado y fama de ser muy chistoso, consiguió hacerme llorar. —Cuando sois niño bueno—dijo—os tratan así—y me pasó su gran mano por la cara hacia abajo. —Pero cuando sois malo, os tratan así—y me la pasó hacia arriba, refregándome la nariz, que ya tenía una tendencia marcada á crecer en tal dirección. Las lágrimas, que en vano traté de contener, asomaron á mis ojos; las señoras en

el acto se pusieron de mi parte; y Maria Alexandrovna, que tenía muy buen corazón, me tomó bajo su protección; me sentó á su lado en una silla alta de terciopelo verde con espaldar dorado, y mi familia me dijo después que al poco tiempo eché la cabeza en sus saldas y me quedé dormido, no moviéndose ella de su asiento en todo el tiempo que duró el baile.

Recuerdo también que, mientras que aguardábamos en el salón de entrada el carruaje, los míos me acariciaron y besaron, diciendo: —Chiquito, te han hecho paje.—A lo que yo contesté: —No soy paje; quiero irme á casa—hallándome muy preocupado, pensando en la gorra que contenía las galletitas que le llevaba á Sasha. No sé si llegaron á su poder muchas; pero recuerdo el abrazo tan apretado que me dió cuando le dijeron el interés que yo me había tomado en el asunto.

El ser inscrito como candidato para el cuerpo de pajes era entonces una gran distinción, con la cual rara vez Nicolás favorecía á la nobleza de Moscou. Mi padre estaba contentísimo, y ya soñaba con una brillante carrera cortesana para su hijo, y mi madrastra, cada vez que hablaba del particular, agregaba siempre: —Todo se debe á las instrucciones que le di antes de ir al baile.

Madame Narimoff se hallaba también muy complacida, é insistía en querer retratarse con

el vestido que tan admirablemente le sentaba, teniéndome de pie á su lado.



La suerte de mi hermano Alejandro se decidió del mismo modo al siguiente año. En aquella época se celebraba el aniversario de la creación del regimiento de Izmaylousk, al que mi padre había pertenecido en su juventud. Una noche, mientras que la casa entera estaba sumergida en un profundo sueño, un coche de tres caballos, y llenos de campanillas los arneses, paró ante nuestra puerta, y un hombre que saltó de él, gritó: —¡Abrid! ¡Una orden de su majestad el emperador!

Fácilmente se comprenderá el terror que esta visita nocturna sembró en nuestra casa: mi padre, temblando, bajó á su despacho; «los consejos de guerra y la degradación militar» eran cosas de que se oía hablar todos los días; era una época terrible. Pero Nicolás no quería más que tener los nombres de los hijos de todos los oficiales que habían pertenecido al regimiento, con objeto de que se mandaran á las escuelas militares, si es que aún no se había hecho. A ese propósito se envió un mensajero especial desde San Petersburgo á Moscou, el cual llamaba noche y día en las casas de los ex oficiales.

Con mano temblorosa, mi padre escribió que su hijo mayor Nicolás, estaba ya en el primer

cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de «la gracia imperial», ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo «favor» sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI

La riqueza se media en aquellos tiempos por el número de «almas» que poseía un propietario territorial: tantas «almas», quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil

doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. Él procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Éramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentado á la misma). É innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, «¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Schimmel? Poder contestar «tengo mi propio afinador», era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, «¡qué hermoso

cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de «la gracia imperial», ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo «favor» sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI

La riqueza se media en aquellos tiempos por el número de «almas» que poseía un propietario territorial: tantas «almas», quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil

doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. El procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Éramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentado á la misma). É innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, «¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Schimmel? Poder contestar «tengo mi propio afinador», era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, «¡qué hermoso

pastel! Confesad, príncipe, que es de casa de Tremblé» (el pastelero á la moda), el responder «ha sido hecho por mi propio repostero, discípulo de aquél, á quien he permitido que muestre lo que sabe», era cosa que producía general admiración.

El tener los bordados, arneses, mueblaje, en una palabra, todo hecho por su propio personal, era el ideal de aquellos grandes propietarios. Tan pronto como los hijos de la servidumbre llegaban á la edad de diez años, eran enviados como aprendices á las tiendas de moda, donde se les obligaba á pasar de cinco á siete años barriendo, recibiendo todo género de golpes y haciendo mandados de todas clases. Así se comprende que, pocos llegaran á dominar un oficio. Los sastres y los zapateros, sólo tenían habilidad bastante para vestir y calzar á los criados, y cuando verdaderamente se necesitaba un buen pastel para un convite, se le encargaba á Tremblé, mientras que nuestro repostero tocaba el tambor en la banda de música.

Esta era otra de las aspiraciones de mi padre; y casi todos los criados varones, además de otros conocimientos, debían saber tocar algún instrumento. Makar, el afinador de piano, era también flautista; Andrei, el sastre, tocaba otro instrumento; al repostero se le puso primero á tocar el tambor; pero lo hacía tan extremadamente mal, que se le compró una enorme

trompeta, con la esperanza de que sus pulmones fueran menos poderosos que sus brazos; cuando se vió que ni aun esto era posible, se le mandó al ejército. En cuanto á «Tikhon, el de los lunares», además de sus numerosas ocupaciones en la casa, como lampista, frotador de suelos y lacayo, prestaba mucho servicio en la banda, tocando hoy el trombón, mañana el cornetín, y el segundo violin en ciertas ocasiones. Los dos primeros de éstos constituían la única excepción: eran «violines», y nada más. Mi padre los había comprado, con sus numerosas familias, por una cantidad respetable á sus hermanas (nunca compraba ni vendía siervos á los extraños). Por las noches, cuando no iba al Club ó cuando había en casa comida ó recepción, se reunía la banda, de doce ó quince músicos, que tocaban bastante bien y eran muy solicitados por los vecinos para los bailes, y mucho más si nos hallábamos en el campo. Esto era, por supuesto, un motivo constante de satisfacción para mi padre, cuyo permiso se había de solicitar para poder disponer de su música.

Nada, en verdad, le causaba tanto placer como el que se reclamase su ayuda, ya en ese sentido ó en otro cualquiera; por ejemplo, para obtener la educación de un muchacho libre de gasto ó el indulto de la pena impuesta por un tribunal civil. Aunque se hallaba expuesto á sufrir accesos de cólera, poseía indudablemente una incli-

nación natural hacia la clemencia, y cuando se pedia su apoyo, se le hallaba dispuesto á escribir infinidad de cartas en todas direcciones á las personas de mayor influencia y más elevada posición, en favor de su protegido. En tales ocasiones, su correspondencia, que siempre era crecida, se veía aumentada con media docena de cartas especiales, escritas en un estilo muy original, que tenía algo de semiformal y de semihumorístico; cada una sellada, por supuesto, con sus armas, en un gran sobre cuadrado que sonaba como una sonaja, á causa de la cantidad de arenilla que contenía; pues en aquella época el uso del papel secante era desconocido. Cuanto más difícil fuera la cosa, mayores eran sus energías, no descansando hasta obtener el favor que solicitaba para su protegido, á quien en muchos casos no había visto jamás.

A mi padre le gustaba tener siempre convidados en casa: la hora de comer era las cuatro, y á las siete se reunía la familia en torno del *samovar* (tefera) para tomar el te. A esa hora acostumbraban á venir muchos amigos, y desde que nuestra hermana Elena volvió á casa, nunca faltaban visitantes, jóvenes y viejos, que aprovecharan la ocasión. Cuando las ventanas que daban á la calle aparecían profusamente iluminadas, era bastante para dar á conocer á las gentes que la familia estaba en casa y que los amigos serían con gusto recibidos.

Casi todas las noches teníamos visitas: las mesas de juego se abrían en el salón para los aficionados á las cartas, en tanto que las señoras y los jóvenes permanecían en la sala de recepción ó en torno del piano de Elena. Después que se iban las señoras continuaba el juego, algunas veces hasta las primeras horas de la mañana, atravesándose entre los jugadores sumas de importancia; mi padre invariablemente perdía; pero el verdadero peligro para él no estaba en casa sino en el club inglés, donde las posturas eran mucho más altas que en las casas particulares, y, sobre todo, cuando lo inducían á concurrir á una partida formada de caballeros «muy dignos», en una de las casas más respetables del barrio, en la que duraba el juego toda la noche. En tales casos, lo que perdía era seguramente de consideración.

Las reuniones de confianza en que se bailaba no eran raras, sin hacer mención de un par de bailes de etiqueta, que forzosamente habían de darse todos los inviernos. En esas reuniones, mi padre procuraba que todo se hiciera en grande, sin reparar los gastos. Pero al mismo tiempo eran tan exageradas las economías que se hacían diariamente en casa, que si fuera á referirlas se las calificaría de ponderación. Se ha dicho de una familia de pretendientes al trono de Francia, renombrada por sus partidas de caza, verdaderamente regias, que en la vida íntima

hasta las velas de sebo se contaban con minuciosidad. Igual clase de miseria económica se usaba en mi casa para todo; de tal suerte, que cuando nosotros fuimos mayores, detestábamos todo lo que fuera economizar y contar. Sin embargo, en el barrio nuestro, ese sistema de vida sólo sirvió para elevar el concepto en que se hallaba mi padre en la pública estimación. «El viejo príncipe—se decía—parece que es en casa algo tacaño; pero sabe vivir como lo que es».

En nuestras tranquilas y limpias calles, esa era la clase de vida que más se respetaba. Uno de nuestros vecinos, el general D..., tenía su casa montada muy en grande, y, sin embargo, todas las mañanas ocurrían escenas extremadamente cómicas entre él y su cocinero. Una vez terminado el almuerzo, el viejo general, fumando su pipa, ordenaba la comida.

—Vamos á ver, hombre—solía decir al cocinero, que se presentaba vestido de blanco—; hoy no seremos muchos; sólo hay dos convidados. Nos harás una sopa con lo que nos ofrece la primavera: guisantes, habichuelas francesas y otras cosas por el estilo. Aún no nos has dado ninguna, y la señora, como sabes, le gusta una buena sopa á la francesa.

—Bien, señor.

—Después, lo que gustes, de entrada.

—Bien, señor.

—Los espárragos, por supuesto, no son de la

estación; pero ayer vi unos manojos muy hermosos en las tiendas.

—A diez pesetas el manajo, señor.

—¡Eso es! Además, estamos cansados de tus pollos y pavos asados; tienes que buscar otra cosa en cambio.

—¿Venado, señor?

—Sí, sí; cualquiera cosa para cambiar.

Y cuando se habían decidido los seis platos de la comida, preguntaba el general:

—¿Cuánto he de darte para el gasto del día? ¿Supongo que bastará con ocho pesetas?

—Veinticinco, señor.

—¡Hombre, qué disparate! Aquí tienes ocho pesetas; te aseguro que es suficiente.

—Diez de espárragos y seis de verduras y legumbres.

—Vamos, hombre, es preciso que te pongas en razón; me correré hasta diez; tienes que ser económico.

Y así continuaba el regateo durante media hora, hasta que los dos convenían en dieciocho pesetas y media, con la condición de que la comida del día siguiente no habría de costar más de cuatro pesetas. Después de lo cual, el general, muy satisfecho por haber efectuado tan buen trato, tomaba un trineo, daba una vuelta por las tiendas de moda, y volvía muy contento, trayéndole á su mujer una botella de un perfume exquisito, por el que había pagado un precio

disparatado en una tienda francesa, y anunciando á su hija única que un nuevo abrigo de terciopelo, «una cosa sencilla y elegante» (y bien cara), le traerían para que se lo probara aquella tarde.

Todos nuestros parientes, que eran numerosos por parte de padre, vivían exactamente del mismo modo; y si alguna vez se presentaba un nuevo rasgo distintivo, este tomaba por lo general la forma de alguna pasión religiosa. Ocurriendo así, que un príncipe Gayárin entrase en los jesuitas, escandalizó á «todo Moscov», y otro joven príncipe ingresase en un monasterio; en tanto que muchas señoras de edad eran presa de un atroz fanatismo.

Sólo había una excepción. Uno de nuestros parientes más cercanos, el príncipe (permitidme que le llame Mirski), había pasado la juventud en San Petersburgo como oficial de la guardia. No se ocupaba en tener sus sastres y ebanistas propios, porque su casa estaba lujosamente amueblada á la moderna, y todo en ella procedía de las mejores tiendas de San Petersburgo.

No tenía propensión al juego; sólo tomaba parte en él cuando lo hacían las señoras; pero su flaco era la mesa, en la que gastaba sumas enormes.

La Cuaresma y la Pascua eran las épocas en que más visiblemente se manifestaban sus rarezas; cuando llegaba la primera, que no hubiera

sido propio comer carne, crema ó manteca, aprovechaba la oportunidad para inventar toda clase de platos exquisitos compuestos de pescado. Las mejores tiendas de las dos capitales eran puestas á contribución con tal propósito; se mandaban emisarios desde sus posesiones á la desembocadura del Volga, para traer de allí en caballos de postas (en aquella época no había ferrocarril) los peces más ricos y más raros. Y al venir la segunda, su inventiva no reconocía límites.

La Pascua es en Rusia la fiesta más venerada y más alegre del año; es la de la primavera; los inmensos promontorios de nieve que durante el invierno han tenido invadidas las calles, rápidamente se liquidan, y arroyos bulliciosos las recorren, entrando la estación de las flores, no de modo encubierto y solapado como los ladrones, sino franca y abiertamente; todos los días se notan cambios en el estado de la nieve y en el aspecto de las calles. La última semana de Cuaresma, la de Pasión, era guardada en Moscov en mi juventud con extremada solemnidad; era una época de luto general, y una multitud de personas iban á las iglesias á oír leer los pasajes más conmovedores de los Evangelios, referentes á los padecimientos de Cristo. No sólo no se comía carne, huevos y manteca, sino que muchos rechazaban hasta el pescado, y algunos de los más empedernidos no tomaban nin-

gún alimento el Viernes Santo. Lo que hacía fuera mayor aún el contraste al llegar la Pascua.

El sábado todos iban por la noche á la iglesia, en la que se celebraban los oficios, que tenían un carácter lúgubre; pero al sonar la media noche la escena cambiaba por completo; todas las iglesias se iluminaban en el acto, y alegres repiques resonaban en centenares de campanarios. Entonces empezaba el regocijo general; las gentes se besaban tres veces unas á otras, en la mejilla, repitiendo las palabras de la resurrección; y las iglesias, ya inundadas de luz, resplandecían con las vistosas *toilettes* de las señoras. Aun la mujer más pobre, como pudiera estrenar un traje al año, es seguro que procuraría hacerlo aquella noche.

Al mismo tiempo, la Pascua era y es todavía la señal para comer sin freno, preparándose quesos especiales de crema (*paskha*) y panes, hechos igualmente para tal ocasión (*koolich*); no habiendo persona, por pobre que fuera, que no tuviera, por lo menos, una pequeña *paskha* y un pequeño *koolich* con un huevo, cuando no podía más, pintado de rojo, para que lo consagraran en la iglesia, y romper con ello el ayuno. Para la mayoría de la gente antigua, se empieza á comer por la noche, inmediatamente después de haber oído una misa rezada de Pascua y llevando á casa el alimento consagrado; pero entre la nobleza la ceremonia se posponía hasta el do-

mingo por la mañana, en que se ponía una mesa cubierta de toda clase de viandas, quesos y pastas, y todos los criados venían á cambiar con los amos tres besos y un huevo pintado. Durante la semana de Pascua había siempre una mesa puesta en el gran salón, con los manjares referidos, invitándose á todas las visitas á que tomaran algo.

En esta ocasión, el príncipe Mirski se excusaba asimismo; ya estuviera en San Petersburgo ó en Moscou, habían de traerle de sus posesiones un queso de crema preparado especialmente para la *paskha*, del que su repostero sacaba gran partido. Otros mensajeros se despachaban á la provincia de Mongarod, en busca de un jamón de oso que se preparaba para la mesa de Pascua del príncipe. Y mientras la princesa con sus dos hijas visitaba los más austeros monasterios, en los que los oficios nocturnos duraban tres y cuatro horas seguidas, pasando toda la Semana Santa en un estado de ánimo abatido, no comiendo más que un pedazo de pan duro, alternándolo con los sermones que oía á los predicadores rusos, católicos y protestantes, su marido daba todas las mañanas una vuelta por las conocidas tiendas de Milutin, en San Petersburgo, donde se hallaba de todo lo más selecto y delicado que se pudiera imaginar, traído de los confines del mundo, y allí escogía las cosas más notables y raras para la mesa de Pascua. Los

que le visitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á «probar» de este ó de aquel plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

«Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena (tantas), de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto»; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

—¡Froll—gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento— ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero

que le visitaban en esos días se contaban por centenares, y á todos se les invitaba á «probar» de este ó de aquel plato raro.

Esto concluyó en que el príncipe se dió tales trazas, que se comió literalmente una gran fortuna; su casa, lujosamente montada, y sus estados se vendieron, y cuando él y su mujer llegaron á la vejez, nada les quedaba, ni un hogar siquiera, viéndose obligados á vivir con sus hijos.

No es, pues, maravilla que al venir la emancipación de los siervos, casi todas estas familias del barrio de los Viejos Caballerizos, estuvieran arruinadas. Pero no debo anticipar los acontecimientos.

VII

El mantener tan numerosa servidumbre como la que había en nuestra casa, hubiera sido verdaderamente ruinoso, de haber tenido necesidad de comprar todas las provisiones en Moscou; pero en aquellos tiempos en que existían los siervos, el problema se resolvía con gran facilidad. Al llegar el invierno, mi padre se sentaba á la mesa de su despacho, y escribía lo siguiente:

«Al administrador de mi estado, Nikolskoye, situado en el gobierno de Kalúga, distrito de Merchóusk, sobre el río Sirena, del príncipe Alexei Petronick Kropotkin, coronel, y comendador de varias órdenes:

Al recibo de ésta, y tan pronto como se establezca la comunicación invernal, te ordeno mandes á mi casa, situada en la ciudad de Moscou, veinticinco trineos rurales tirados por dos caballos cada uno, un caballo por cada casa y un trineo y un hombre por cada dos casas, y cargarlos con (tantas) fanegas de avena (tantas), de trigo y (tantas) de centeno, así como con todas las aves de corral, gansos y patos, bien helados, que han de matarse en este invierno, todo convenientemente embalado y acompañado de una lista completa al cuidado de un hombre elegido al efecto»; siguiendo á este tenor hasta llenar un par de páginas, adonde se hacía punto final. Después seguía la enumeración de los castigos que se impondrían, en el caso de que las provisiones no llegaran á la casa situada en tal calle, número tal ó cual, á su debido tiempo y en buenas condiciones.

Antes de Navidad llegaban á casa los veinticinco trineos rurales, cubriendo la vasta superficie del patio.

—¡Froll—gritaba mi padre desde que tenía noticia de este gran acontecimiento— ¡Heryushka! ¡Yegarka! ¿Dónde están? ¡Van á robarlo todo! ¡Frol, ve á recibir la avena! ¡Uliana, ve á recibir las aves! ¡Heryushka, llama á la princesa!

Toda la casa se ponía en conmoción, corriendo los criados atropelladamente en todas direcciones, del salón al patio y del patio al salón; pero

con preferencia al departamento de las doncellas, para dar allí las noticias de Nikolskoye: «Pastia se va á casar después de Navidad. Su tía Anna ha entregado su alma á Dios», y otras por el estilo. También habian venido cartas, y nunca faltaba una criada que subiera á mi habitación.

—¿Estáis solo? ¿No está el maestro?

—No; está en la Universidad.

—Bueno, pues entonces, tened la bondad de leerme esta carta de mi madre.

Y yo le leía la carta candorosa, que empezaba siempre con estas palabras: «Padre y madre os mandan su bendición por todos los siglos de los siglos.» Después de lo cual seguían las noticias: «Tía Eupraxie está enferma, le duelen todos los huesos, y tu primo no se ha casado aún; pero espera hacerlo después de Pascua; y la vaca de tía Stepanida murió el día de Todos los Santos.» A continuación venían las memorias, que llenaban dos páginas: «Hermano Paul te manda memorias, tus hermanos Mary y Darea te mandan memorias, y después tío Dmitri te manda también muchas memorias», y así sucesivamente. Sin embargo, á pesar de la monotonía de la enumeración, cada nombre daba lugar á una observación: «Luego, vive aún, pobre criatura, cuando manda memorias; hace nueve años que está baldada.» O esta otra: «¡Ahl no me ha olvidado; entonces volverá por Navidad; es guapo

muchacho. ¿Me escribiréis una carta, no es verdad? pues no debo olvidarlo.» Yo, como es natural, lo prometía, y á su tiempo la escribía en el mismo estilo.

Después de haberse descargado los trineos, se llenaba el salón de campesinos, que se habían puesto sus mejores ropas sobre sus zamarras, y aguardaban hasta que mi padre los llamase á su despacho, á echar un párrafo sobre la nieve y el aspecto de las próximas cosechas. Apenas se atrevían á andar con sus pesadas botas sobre el suelo encerado; los menos se aventuraban á sentarse al bordé de un banco de madera; pero ninguno osaba hacerlo en silla. Así aguardaban horas enteras, mirando con recelo á todo el que entraba ó salía en el gabinete de mi padre.

Más tarde, por lo general á la mañana siguiente, uno de los criados habia de subir con cautela á la habitación que servía de clase.

—¿Estáis solo?

—Sí.

—Entonces venid pronto al salón. Los campesinos quieren veros; traen alguna razón de vuestra nodriza.

Cuando bajaba allí, uno de ellos me habia de dar un bultito, conteniendo comúnmente algunas tortas de centeno, media docena de huevos duros y algunas manzanas, envuelto todo en un pañuelo de algodón de vivos colores. «Tomad eso; vuestra nodriza Vasilina es quien os lo man-

da. Mirad si se han helado las manzanas: espero que no; las he traído todo el camino en el pecho. Hemos tenido espantosas heladas.» Y en el ancho y franco rostro, rodeado de una barba espesa, se dibujaba una sonrisa, mostrando dos hileras de hermosos dientes blancos á través de un verdadero bosque de pelo.

—Y esto es para vuestro hermano, de parte de su nodriza Unna—solia decir otro del grupo, dándome otro envoltorio semejante.— Ella dice —agregaba—: nunca tendrá bastante en la escuela.

Yo, avergonzado, y no sabiendo qué decir, acababa por murmurar: «Decid á Vasilina que le envíe un peso, y á Unna otro por mi hermano», lo que todos escuchaban con alegría.

—Lo haré así; perded cuidado.

Entonces Hirila, que habia estado al acecho vigilando la puerta del despacho, venia á decir á media voz: «Marchaos corriendo arriba; vuestro padre puede venir de un momento á otro. No olvidéis los pañuelos: quieren llevarlos de vuelta.

Mientras que los doblaba con cuidado, pensaba en mandarles alguna cosa; pero no tenia nada, ni aun juguetes, y jamás disponiamos de dinero de ninguna clase.

Donde mejor nos encontrábamnos, como es de suponer, era en el campo. Desde el momento que pasaban la Pascua de Navidad y la de Pen-

tecostés, nuestro pensamiento se fijaba en Nikolskoye. El tiempo transcurría, sin embargo; la época de las flores se extinguía, y una multitud de negocios retenian aún en la población á mi padre. Al fin, cinco ó seis carros de labranza entraban por la puerta del patio: venian á recoger todo lo que era necesario mandar á la casa de campo.

El antiguo coche grande y los otros carruajes en que habíamos de hacer el viaje, se sacaban de las cocheras y se inspeccionaban una vez más: luego se empezaba á hacer el equipaje, y nuestras lecciones progresaban poco, porque á cada instante interrumpiamos al maestro, preguntando si habriamos de llevar tal cual libro, y mucho antes que los demás, dábamos comienzo á empaquetar nuestros libros, nuestras pizarras y los juguetes que nosotros mismos nos habiámos hecho.

Todo estaba dispuesto: los carros se encontraban bien cargados de muebles, cajas con los utensilios de cocina é innumerables botes de cristal vacíos, que debían volver en el otoño cargados de toda clase de conservas. La gente aguardaba inútilmente todas las mañanas la hora de partir; pero ésta no llegaba. Mi padre seguía escribiendo todo el día en su despacho, y de noche desaparecia, hasta que al fin, habiéndose aventurado una doncella de mi madrastra á decir que la gente estaba deseosa de volver, por-

que se acercaba la época de segar el heno, aquélla intervenía.

Al día siguiente, Frol, el mayordomo, y Mikael Aleeff, el primer violín, eran llamados al gabinete de mi padre. Se le entregaba al primero un saco con el «dinero del camino», esto es, algunas monedas de cobre diarias por cabeza para cada una de las cuarenta ó cincuenta personas que formaban la expedición; y, además, una lista, en la que figuraban todos: la banda completa, después los cocineros y sus ayudantes, las lavanderas y la mujer que las ayudaba, que se veía con seis hijos pequeños: Polka la Bizca, Domna la Grande, Domna la Chica y los restantes.

El primer violín recibía la «orden de marcha». Yo estaba bien enterado, porque viendo mi padre que no concluía nunca, me había mandado que la pasase al libro donde guardaba copia de todo lo que mandaba fuera:

«Al sirviente de mi casa, Mikhael Aleeff, del príncipe Alexeíl Petronich Kropotkin, coronel y comendador.

»Te ordeno marches, hecho cargo de la expedición, el 29 de Mayo, á las seis de la mañana, partiendo de la ciudad de Moscou en dirección á mi estado, cuya situación es el gobierno de Haluga, distrito de Meschousk, sobre el río Sirena, representando una distancia de ciento sesenta millas de esta casa, cuidando del buen proce-

der de los hombres encomendados á tu dirección; y si alguno de ellos cometiera alguna falta, observando mala conducta, embriagándose ó incurriendo en insubordinación, lo presentarás al comandante del destacamento, que, perteneciente á las guarniciones del interior, halles más inmediato, con la adjunta carta circular, pidiendo que lo azoten (el primer violín sabía lo que esto significaba), como ejemplo para los demás.

»Se te ordena también mirar especialmente por la integridad de los géneros encomendados á tu custodia y caminar con arreglo á la instrucción siguiente: Primer día, parada en el pueblo (tal) ó (cual), para que descansa el ganado; segundo día, pasar la noche en el pueblo de Rodolsk», y así sucesivamente para los siete ú ocho días que había de durar el viaje.

El día siguiente, á las diez, en vez de á las seis—la puntualidad no es una virtud rusa («gracias á Dios, no somos alemanes», acostumbaban á decir los verdaderos rusos)—, los carros se ponían en movimiento. La servidumbre tenía que hacer el viaje á pie; sólo los niños se acomodaban en una bañadera ó una banasta en lo alto de los carros, y algunas de las mujeres encontraban un descanso temporal en sus bordes; los demás tenían que andar todos los 565 kilómetros. Mientras que se atravesaba Moscou se mantenía la disciplina; estaba terminante-

mente prohibido el usar botas altas ó llevar fajas por encima del traje. Pero cuando se hallaban de camino, en el que los encontrábamos un par de días más tarde, y, sobre todo, cuando sabían que mi padre permanecería algunos días más en Moscou, los hombres y las mujeres, vestidos de la manera más estrambótica, con pañuelos de algodón ceñidos á la cintura, tostados por el sol ó empapados bajo la lluvia, y apoyándose en palos que habían cortado al paso, parecían indudablemente más bien una banda errante de gitanos, que la servidumbre de un opulento propietario. Iguales peregrinaciones se hacían de todas las casas en aquella época, y cuando veíamos una fila de criados marchando á lo largo de una calle, ya sabíamos que los Apukhtins ó los Pryanishnikoffs se iban fuera.

A pesar de haberse marchado los carros, la familia no se movía: todos estábamos hartos de esperar; pero mi padre continuaba escribiendo interminables órdenes á los administradores de sus estados, que yo diligentemente copiaba en el gran libro destinado al efecto. Por último, se dió la orden de partir: se nos llamó abajo; mi padre leyó en alta voz la orden de marcha, dirigida á «la princesa Kropotkin, esposa del príncipe Alexei Petrovich Kropotkin, coronel, y comendador», en la que se especificaban las paradas que se habían de hacer durante los cinco días de viaje. Verdad es que la orden se había

redactado para el 30 de Mayo, y hora de salida las nueve de la mañana; y como estábamos ya en Junio, y se había de partir por la tarde, todos los cálculos quedaban nulos; pero, como es costumbre en las órdenes de marcha militares, este caso había sido previsto, y la dificultad resuelta en el párrafo siguiente:

«Pero, sin embargo, si, contrario á lo que es de esperar, la partida de vuestra alteza no tiene lugar en el referido día y hora, se os encarga procedáis con arreglo á vuestro mejor criterio, con objeto de realizar el viaje en las mejores condiciones posibles».

Entonces todos los presentes, familia y sirvientes, se sentaban un momento, hacían la señal de la cruz y se despedían de mi padre. «Te suplico, Alexis, que no vayas al club»—le decía á media voz nuestra madrastra. El carruaje grande, tirado por cuatro caballos, con un postillón, se hallaba á la puerta, con su pequeña escala desdoblada, para facilitar la ascensión, encontrándose también allí los demás coches. A pesar de que nuestros sitios estaban enumerados en la orden de marcha, ya nuestra madrastra tenía que hacer uso de su «mejor criterio» aun en este primer periodo del viaje, y partimos con gran satisfacción de todos.

Esto era una fuente inagotable de placeres para nosotros los niños. Las jornadas eran cortas y parábamos dos veces al día para echar un

pienso á los caballos. Como las señoras se sentían molestas cada vez que el desnivel del terreno era de alguna consideración, se creyó lo más conveniente aligerar los carruajes, cuando había que subir ó bajar una cuesta, lo que ocurría con frecuencia, y nosotros nos aprovechábamos de esto para echar una ojeada al bosque que bordeaba al camino ó correr á lo largo de algún cristalino arroyo. La carretera tan bien cuidada de Moscou á Varsovia, que seguimos durante algún tiempo, se hallaba cubierta de una multitud de objetos interesantes; filas de carros cargados, grupos de peregrinos y gentes de todas clases. Dos veces al día hacíamos alto en pueblos grandes y animados, y después de tratar un buen rato sobre el precio del heno y la avena, así como el del samovar, bajábamos á la puerta de una posada. Andrei, el cocinero, compraba un pollo y hacía la sopa; y, mientras tanto, nosotros corrimos al inmediato bosque, ó nos entreteníamos examinando el patio de la gran posada.

En Maloyaroslanetz, donde se dió una batalla el año 12, cuando el ejército ruso intentó en vano detener á Napoleón en su retirada de Moscou, acostumbábamos á pasar la noche. M. Paulain, que había sido herido en la guerra de España, sabía, ó pretendía saber, todo lo referente á la batalla de Maloyaroslanetz; llevándonos al campo de la acción, y explicándonos de

qué modo intentaron los rusos contrarrestar el avance de Napoleón, y de qué manera el gran ejército los derrotó, abriéndose paso á través de las líneas rusas. Lo hacía de tal modo, como si él mismo hubiera tomado parte en la batalla. Aquí los cosacos intentaron un *mouvement tournant*, pero Davoust, ó algún otro general los rechazó, persiguiéndolos hasta más allá de esos cerros de la derecha. Allá, el ala izquierda de Napoleón, desbarataba la infantería rusa, y ahí, el mismo Napoleón, á la cabeza de la antigua guardia, cargó el centro en Hutoraff, cubriéndose él y los suyos de gloria imperecedera.

Mas adelante, tomamos el antiguo camino de Kaluga, deteniéndonos en Tarútino; pero aquí Paulain no era tan elocuente; porque en dicho lugar fué donde Napoleón, que pensaba retirarse por el Sur, se vió obligado después de un sangriento combate, á abandonar aquel plan, no teniendo más remedio que seguir el camino de Smolénsk, que su ejército había desbaratado durante su marcha sobre Moscou. Pero, así y todo, según manifestaba Paulain, si no hubiera sido Napoleón engañado por sus generales, se habría dirigido en línea recta sobre Kieff y Odesa, y sus águilas hubiesen flotado sobre el mar Negro.

Pasada Kaluga, teníamos que atravesar una extensión de cinco millas, cubiertas de un hermoso bosque de pinos, cuyo recuerdo ha queda-

do impreso en mi memoria como uno de los más gratos de mi infancia. El suelo era arenoso, como el de un desierto africano, y todos nos veíamos forzados á recorrerlo á pie, mientras que los caballos, deteniéndose á cada momento, arrastraban penosamente los coches por la arena. Cuando yo era mayor, gozaba en dejar la familia atrás y cruzarlo yo solo. Inmensos pinos rojos de centenares de años se elevaban por todas partes, no llegando á nuestro oído más rumor que el producido por tan soberbios árboles. Al pie de un pequeño barranco murmuraba un manantial de agua pura y cristalina, y un caminante había dejado allí, para uso de los que vinieran después, un cubilete, hecho de corteza de abedul, con un palito clavado en él, como mango. Sin que se interrumpiera el general silencio, subía la ardilla al árbol, y la maleza se presentaba tan misteriosa como el alto ramaje. En aquel bosque nacieron mi primer amor á la naturaleza y mi primera y confusa percepción de su interesante existencia.

Una vez cruzado el bosque y pasada la barca que servía para atravesar el Ugrú, dejábamos la carretera y entrábamos por sendas rurales, donde verdes espigas de cañamo se inclinaban hacia el coche, permitiendo á los caballos comer algo verde á ambos lados del camino, á medida que marchaban oprimiéndose el uno contra el otro, por vía tan estrecha y limitada. Al fin lle-

gamos á ver los saucés que marcaban la proximidad de nuestro pueblo, y de pronto se presentó ante nosotros el elegante campanario amarillo de la iglesia de Nikolskoye.

* * *

Para la vida tranquila de los grandes propietarios territoriales de aquella época, Nikolskoye era un lugar admirable: no se encontraba allí nada del lujo que se observa en otros estados más importantes; pero un gusto artístico se percibía, lo mismo en la construcción del edificio que en la disposición de los jardines y en el arreglo de todas las cosas en general. Además de la casa principal, construida recientemente, había en torno de un gran espacio, libre y cuidado con esmero, varias pequeñas, que sin embargo de dar mayor grado de independencia á sus habitantes, no por eso destruían las íntimas relaciones de la vida familiar. La parte más elevada del terreno estaba dedicada á una inmensa arboleda de frutales, á través de la cual se llegaba á la iglesia; la vertiente Sur de aquél, que conducía al río, era toda un jardín, en el cual los cuadros de flores se veían cruzados por calles de limoneros, lilas y acacias. Desde el balcón del edificio grande se disfrutaba de un hermoso paisaje formado por el río, las ruinas de una antigua fortaleza, en la que los rusos ofrecieron una enérgica resistencia durante la invasión

mongólica, y, más allá, una gran área de campos amarillos cubiertos de cereales, limitada á lo lejos por bosques que se perdían en el horizonte.

En los primeros años de mi infancia ocupábamnos con M. Paulain una de las casas separadas, destinada exclusivamente á nuestro servicio; y desde que su método de educación se había suavizado por la intervención de nuestra hermana Elena, nos llevábamnos muy bien con él. Mi padre se hallaba invariablemente ausente de casa en el verano, que pasaba entretenido en inspecciones militares, y nuestra madrastra no se ocupaba mucho de nosotros, especialmente desde el nacimiento de su hija Paulina. Por consiguiente, siempre estábamos con M. Paulain, quien se hallaba muy contento en el campo y nos dejaba gozar de él. Los bosques, los paseos á lo largo del río, el trepar por los montes hasta llegar á la vieja fortaleza, que la palabra de Paulain reanimaba, contándonos cómo la defendieron los rusos y cómo se apoderaron de ella los tártaros; las pequeñas aventuras, en una de las cuales Paulain fué nuestro héroe, salvando á Alejandro de ahogarse, y alguno que otro encuentro con lobos; todo, en suma, hacía que las impresiones nuevas y agradables fueran infinitas.

Además, se organizaban grandes jiras, en las que toda la familia tomaba parte; unas veces, cogiendo setas en el bosque, y después tomando

te en medio de la floresta, donde un anciano de cien años de edad vivía solo, con su pequeño nietecito, cuidando de las abejas; otras, íbamos á uno de los pueblos de mi padre, en el cual se había hecho una gran presa, en que se cogían doradas carpas á millares; una parte de ellas se mandaban al amo, y las restantes se distribuían entre todos los campesinos. Mi anterior nodriza vivía en ese lugar: su familia era una de las más pobres; aparte de su marido, no tenía más que un niño chico que la ayudara, y una muchacha, mi hermana de leche, que más tarde vino á ser predicadora y «virgen» en la secta disidente á que pertenecían. Grande era su alegría cuando yo iba á verla: crema, huevos, manzanas y miel era todo lo que podía ofrecer; pero la manera de hacerlo, en relucientes platos de madera, después de haber cubierto la mesa con un hermoso mantel de hilo, blanco como la nieve, tejido por ella misma (para los disidentes rusos, la absoluta limpieza es un precepto religioso), y las palabras tiernas que me dirigía, tratándome como á su propio hijo, dejaron una impresión profunda en mi corazón. Otro tanto debo decir de las nodrizas de mis hermanos mayores Nicolás y Alejandro, que pertenecían á familias bien acomodadas de otras dos sectas disidentes, en Nikolskoye. Pocos tienen idea del tesoro de bondad que puede encontrarse en el corazón del campesino ruso, aun después de siglos de la más

cruel opresión, que hubieran podido muy bien habérselo endurecido.

Cuando hacía mal tiempo, M. Paulain tenía una abundancia de cuentos que contarnos, sobre todo respecto á la campaña en la Península. Una y otra vez le exhortábamos á que nos refiriera de qué modo fué herido en una batalla, y cada vez que llegaba al pasaje en que sintió el calor de la sangre que caía dentro de la bota, lo besábamos con entusiasmo y lo tratábamos cariñosamente.

Todo parecía dispuesto á prepararnos para la carrera militar: la predilección que por ella sentía nuestro padre (los únicos juguetes que recuerdo nos trajera fueron un rifle y una garita de centinela), las narraciones guerreras de Paulain, y, por último, hasta la biblioteca que teníamos á nuestra disposición. Esta, que había en otro tiempo pertenecido al general Repninsky, abuelo de nuestra madre, un militar ilustrado del siglo xviii, se componía exclusivamente de libros sobre cuestiones de guerra, adornados con hermosos grabados y lujosamente encuadernados. En los días de lluvia, nuestra principal diversión era mirar sus láminas, en las que se hallaban representadas todas las armas usadas desde el tiempo de los hebreos, y planos de todas las batallas libradas desde la época de Alejandro de Macedonia. Estos grandes libros ofrecían un material excelente para construir con

ellos fuertes castillos, capaces de resistir por algún tiempo los golpes de arietes, y los proyectiles de una catapulta arquimediana (que por persistir en enviar piedras á las ventanas fué prohibida bien pronto). Sin embargo, ni Alejandro ni yo llegamos á ser militares. Las lecturas de los dieciséis años borraron lo que aprendimos en la infancia.

Las opiniones de M. Paulain sobre las revoluciones eran las mismas de la *Illustration Française*, publicación orleanista, de la que recibía números atrasados, y cuyas láminas conocíamos perfectamente. Durante largo tiempo no podía yo concebir una revolución de otro modo que, representando á la Muerte montada á caballo, con la bandera roja en una mano y la guadaña en la otra, derribando á los hombres á derecha é izquierda: así la pintaba la *Illustration*; pero ahora pienso que lo que á Paulain le disgustaba era únicamente el levantamiento del 48, porque uno de sus relatos respecto á la Revolución de 1789 me causó una impresión profunda.

El título de príncipe se usaba en nuestra casa con motivo ó sin él, lo que debió chocar algo á Paulain, dando lugar á que nos contara lo que sabía de la gran Revolución. No puedo recordar ahora lo que decía; pero una cosa tengo presente, y es que el conde Mirabeau y otros nobles renunciaron en un día dado á sus títulos, y que el primero, para mostrar el desprecio que le ins-

piraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastré». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain.) Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnoff, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron

rápidamente su inteligencia, y más adelante tendré ocasión sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenuo que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscou, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnoff: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregábamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sen-

piraban las pretensiones aristocráticas, abrió una tienda, adornada con una muestra, en la que se leía: «Mirabeau, sastrer». (Cuento la cosa tal como se la oí á Paulain.) Durante mucho tiempo después yo me devanaba los sesos pensando qué oficio adoptaría para poder anunciarme, «Kropotkin, artesano de tal ó cual cosa». Más adelante, mi maestro ruso, Nikolai Paulovich Smirnoff, y el tono generalmente republicano de la literatura rusa influyeron en mí de igual modo; y cuando empecé á escribir novelas, esto es, á los doce años, adopté la firma P. Kropotkin que jamás he abandonado, á pesar de las reprensiones de mis jefes cuando estaba en el servicio militar.

VIII

En el otoño del 52 mi hermano Alejandro fué enviado al cuerpo de cadetes, y desde entonces sólo nos veíamos en las vacaciones y alguna vez que otra los domingos. El cuerpo de cadetes estaba á cinco millas de casa, y aunque teníamos una docena de caballos, siempre ocurría que, cuando hacía falta que se mandara allí un trineo, no había caballos libres de que disponer. Mi hermano mayor, Nicolás, venía á casa raras veces. La libertad relativa que Alejandro encontró en el colegio, y especialmente la influencia de dos de sus profesores de literatura, desarrollaron

rápidamente su inteligencia, y más adelante tendré ocasión sobrada de hablar del benéfico influjo que á su vez él ejerció sobre el desenvolvimiento de la mía. El haber tenido un hermano mayor inteligente y cariñoso, ha sido para mí una gran fortuna.

Yo, mientras tanto, permanecía en casa: tenía que aguardar á que me tocara el turno para entrar en el cuerpo de pajes, y eso no sucedió hasta que llegué á muy cerca de los quince años. Se despidió á M. Paulain, y se tomó en su lugar un tutor alemán: era uno de esos hombres idealistas que no es raro encontrar entre los alemanes; pero lo que principalmente recuerdo de él, es el entusiasmo con que recitaba las poesías de Schiller, acompañándolo con un accionar tan ingenuo que me cautivaba. Sólo permaneció con nosotros un invierno.

El siguiente, me mandaron como externo á un gimnasio de Moscov, y, finalmente, vine á quedar con nuestro maestro ruso, Smirnoff: pronto nos hicimos amigos, en particular desde que nuestro padre nos llevó á los dos á su estado de Ryazán. Durante el viaje nos entregábamos á toda clase de entretenimientos, acostumbrando á inventar historias humorísticas á propósito de los hombres y de las cosas que veíamos; al mismo tiempo que, la impresión producida en mi ánimo por el terreno accidentado que cruzábamos, vino á aumentar, de un modo sen-

sible y delicado, mi creciente amor á la naturaleza. Bajo el impulso que me dió Smirnof, empezaron á desarrollarse mis aficiones literarias, y desde el 54 al 57 no me faltaron medios de desenvolverlas. Mi maestro, que para esa época habia terminado sus estudios universitarios, obtuvo un cargo de poca importancia en una Audiencia, donde pasaba la mañana. De este modo, yo permanecía solo hasta la hora de comer, y después de estudiar mis lecciones y dar un paseo, me quedaba bastante tiempo para leer, y, sobre todo, para escribir. En el otoño, cuando mi maestro tenia que volver á desempeñar su plaza en Moscu, en tanto que nosotros seguíamos en el campo, me volvía á quedar solo, y aunque siempre estaba en contacto con la familia y pasaba mucho tiempo jugando con mi hermanita Paulina, todavía me sobraba bastante espacio libre para dedicarme á leer y escribir.

*
*
*

La servidumbre se hallaba entonces en su último año de existencia: es un acontecimiento reciente; parece cosa de ayer; y, sin embargo, aun en la misma Rusia hay pocos que tengan una idea de lo que ella era en realidad. Existe una noción confusa respecto á lo perjudicial de las condiciones que creaba; pero la manera como éstas afectaban al ser humano, física y moralmente, no es por lo general bien conocida. Sor-

prende en verdad, ver con qué rapidez cae en el olvido una institución y sus consecuencias sociales, desde el momento que deja de existir, y con cuánta celeridad cambian los hombres y las cosas. Intentaré traer á la memoria las condiciones de la servidumbre, narrando, no lo que oí, sino lo que vi por mi mismo.

Uliana, el ama de llaves, se encuentra en el pasillo que conduce á la habitación de mi padre y se santigua, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder. Al fin, después de haber rezado una oración, se decide á entrar, y manifiesta en una voz casi imperceptible, que la existencia de te está casi agotada, que no quedan más que veinte libras de azúcar y que las demás provisiones se concluirán también pronto.

—¡Ladrones, bandidos!—gritaba mi padre.— ¡Y tú, tú estás de acuerdo con ellos! La voz atronaba la casa. Nuestra madrastra dejaba á Uliana que arrastrase la tormenta; pero mi padre exclamaba. «¡Frol, llama á la princesa! ¿Dónde está?» Y cuando ella entraba la recibía con los mismos reproches.

«Estáis también en liga con estos descendientes de Cam; os ponéis de su parte»; siguiendo así, durante media hora, ó tal vez más.

Después empezaba á examinar las cuentas: al mismo tiempo pensaba en el heno; se mandaba á Frol á que pesara lo que quedaba de éste, y á mi madrastra á que presenciara la operación, y

en tanto, mi padre calculaba la cantidad que debía haber en el pajar. El resultado era que faltaba del heno una parte de consideración, y que Uliana no podía dar cuenta de varias libras de tales ó cuales artículos. La voz de mi padre se hacía por momentos más amenazadora; Uliana temblaba; mas en aquel momento aparece el cochero y en él descarga el amo su ira. Mi padre se lanza sobre él y le pega; pero él sigue diciendo. «Su alteza se debe haber equivocado».

Mi padre repite el cálculo, y esta vez aparece que hay más heno en el pajar del que debe haber. Los gritos continúan; ahora le reprendé al cochero por no haberle dado al ganado su ración por entero; pero éste jura por todos los santos que le dió lo que le correspondía, y Frol invoca á la Virgen en confirmación de lo mismo.

Pero no hay forma de calmar á mi padre. Llama á Makar, al afinador de pianos y camarero, recordándole todas las faltas que recientemente ha cometido. Estuvo borracho la semana pasada, y ha debido estarlo también ayer, porque rompió media docena de platos. La verdad es que esta avería fué la causa fundamental de todo el trastorno: nuestra madrastra le había dado cuenta del hecho á mi padre por la mañana, y ese fué el motivo de que se recibiera á Uliana con más rigor que de costumbre, por qué se comprobó la existencia del heno; y por qué mi padre continuaba exclamando: «estos descen-

dientes de Cam merecen todos los mayores castigos del mundo».

De repente, sobreviene un momento de tregua. Mi padre se sienta á su mesa, y escribe lo siguiente: «Llevad á Makar con esta nota á la estación de policía, y que le den cien azotes con la vara de abedul».

Terror y silencio profundo reinaba en toda la casa: el reloj daba las cuatro y todos bajábamos á comer; pero nadie tenía apetito, y la sopa permanecía intacta en cada plato. Somos diez á la mesa y tras cada uno de nosotros hay un músico con un plato limpio en la mano izquierda; pero Makar no se encuentra entre ellos.

—¿Dónde está Makar?—pregunta nuestra madrastra. «Llamadlo». Pero no se presenta, y la orden se repite: al fin aparece, pálido, con el rostro descompuesto, avergonzado y con la vista baja. Mi padre no levanta la suya del plato, mientras que nuestra madrastra, viendo que nadie ha probado la sopa, trata de animarnos, diciendo: «¿No os parece, niños, que la sopa está exquisita?»

El llanto me ahoga, y apenas terminada la comida corro en busca de Makar, lo encuentro en un oscuro pasillo y trato de besarle la mano; pero él la retira diciendo, como reproche ó como interrogación: —Dejadme; ¿acaso no seréis lo mismo cuando seáis mayor?

—¡No; no lo seré jamás!

Y, sin embargo, mi padre no era de los propietarios territoriales más malos; por el contrario, los sirvientes y los labriegos lo consideraban como uno de los mejores. Lo que veíamos en nuestra casa era lo que sucedía en todas partes, á menudo en mucha mayor escala. El azotar los siervos era una parte de las obligaciones corrientes de la policía y de la brigada de bomberos.

Uno de esos grandes propietarios hizo á otro esta observación: «¿Cómo es que el número de almas aumenta tan lentamente en vuestro estado? Probablemente os ocupáis poco de sus casamientos».

Algunos días después, el general volvió á su estado: hizo le trajeran una lista de todos los habitantes del pueblo, y sacó de ella los nombres de los muchachos que habían cumplido dieciocho años y de las jóvenes que acababan de pasar de los dieciséis (esta es la edad legal para poderse casar en Rusia), escribiendo después: «Juan se casará con Ana, Pablo con Parashka», y así sucesivamente, hasta formar cinco parejas. «Las cinco bodas», agregó, «deberán celebrarse dentro de diez días; esto es, el primer domingo después del próximo».

Un grito general de desesperación se elevó en todo el pueblo: las mujeres, lo mismo jóvenes que viejas, lloraban en todas las casas. Una esperaba casarse con Gregorio; los padres de Pa-

blo habían ya hablado á los Fedótoffs respecto á su hija, que pronto tendría la edad. Además, era la época de la siega y no de los matrimonios; ¿y qué boda podría prepararse en diez días? Los campesinos vinieron á ver al amo por docenas: sus mujeres aguardaban en grupos, con piezas de hilo fino, á la esposa de aquél, para conquistar su apoyo: todo en vano. El señor había dispuesto que las bodas se celebraran en tal día, y así tenía que ser.

En la época fijada, la procesión nupcial, que en este caso nada tenía de alegre, iba á la iglesia. Las mujeres lloraban y daban grandes lamentos, como acostumbran á hacerlo en los funerales. Uno de los lacayos de la casa se había marchado á la iglesia, para traer la noticia al amo en cuanto terminaran la ceremonia; pero pronto tuvo que volver corriendo, pálido y afligido, y decir, con gorra en mano:

«Parashka ha resistido; se niega á casarse con Pablo. El padre le preguntó si lo quería por esposo, y ella respondió en alta voz que no».

El propietario se enfureció. «Ve y dile á ese borracho melenudo» (refiriéndose al cura; el clero ruso usa el cabello largo), «que, si no casa á Parashka al momento, daré cuenta al arzobispo de que es un borracho. ¿Cómo se atreve ese espantajo clerical á desobedecerme? Dile que se le mandará á pudrirse en un monasterio, y á la familia de Parashka la deportaré á las Estepas».

El lacayo transmitía el mensaje: los parientes y el cura rodeaban á la muchacha; su madre llorando y de rodillas le suplicaba que no arruinara á toda la familia. Ella seguía diciendo que no, pero cada vez en una voz más débil, hasta que concluía por guardar silencio. Se le ponía en la cabeza la corona nupcial sin resistencia, y el sirviente volvía á la carrera á anunciar que se habían casado.

Medía hora después, las campanillas de la procesión nupcial sonaban á la entrada de la morada del señor. Las cinco parejas saltaban de los corros, atravesaban el patio y entraban en el salón. El dueño los recibía, ofreciéndoles copas de vino, en tanto que los padres, colocados detrás de sus llorosas hijas, le ordenaban se inclinaran hasta tocar el suelo en presencia de su señor.

Las órdenes de casamiento eran tan corrientes, que, entre nuestros criados, cada vez que una joven pareja temía que le ordenaran el hacerlo á pesar suyo, tomaban la precaución de servir de padrinos en un bautismo cualquiera, lo que hacía el matrimonio imposible, según la iglesia rusa. Esta estratagemá, que por lo general daba buen resultado, terminó, sin embargo, una vez en tragedia. Andrei, el sastre, se enamoró de una muchacha que pertenecía á uno de nuestros vecinos: esperaba que mi padre lo dejaría marchar en libertad, en calidad de sastre,

en cambio del pago anual de una cantidad determinada, y que trabajando bastante en su oficio conseguiría economizar algún dinero y poder libertad á la novia; pues, de lo contrario, al contraer matrimonio con uno de los siervos de mi padre, ella se convertía en sierva de él también. Y como Andrei y una de las doncellas de la casa temieran se les ordenara el desposarse, se concertaron para ser los padrinos de una criatura. Lo que habían previsto ocurrió: un día fueron llamados ante el señor y la orden fatal fué pronunciada.

—Siempre estamos dispuestos á obedeceros— replicaron—; pero hace algunas semanas hemos sido padrinos en un bautizo, explicando con tal motivo Andrei sus deseos é intenciones. El resultado fué, que se le envió á la caja de reclutas y se le hizo soldado.

En tiempo de Nicolás I no existía el servicio militar obligatorio como hoy sucede. Los nobles y los comerciantes se hallaban libres de él; y cuando se ordenaba una nueva leva de reclutas, los propietarios territoriales tenían que presentar un número determinado de siervos. Por lo general; los labriegos en sus agrupaciones comunales guardaban un registro para su uso particular; pero los dedicados al servicio doméstico se hallaban por completo á merced del señor, y si éste estaba disgustado con alguno, no tenía más que mandarlo á la caja de reclutamiento y reco-

ger el correspondiente recibo, que tenía un valor de importancia, pues podía venderse á cualquier que le tocara la suerte de soldado.

El servicio militar en aquellos tiempos era terrible: se le exigía á un hombre servir veinticinco años bajo las banderas, y la vida del soldado era extremadamente penosa. El entrar en el ejército significaba el verse separado para siempre de su pueblo natal y de la comarca, y hallarse á merced de jefes como Timoféeff de quien ya me he ocupado. Golpes de los oficiales, azotes con varas de abedul y palizas por la más leve falta, eran cosas normales. La crueldad de que se hacía gala se sobreponía á todo lo imaginable. Hasta en los cuerpos de cadetes, en los que sólo recibían instrucción los hijos de los nobles, mil azotes con varas de abedul se administraban algunas veces, en presencia de todo el cuerpo, por cuestión de un cigarrillo, hallándose el médico al lado del niño atormentado, quien sólo ordenaba que se suspendiera el castigo cuando observaba que el pulso se hallaba próximo á dejar de latir. La víctima, cubierta de sangre y sin conocimiento, era llevada al hospital. El jefe de las escuelas militares, el gran duque Mikhael, separaría pronto al director de un cuerpo donde no hubiera habido uno ó dos casos semejantes todos los años. «No hay disciplina», hubiese dicho.

Con los simples soldados la cosa era mucho

peor. Cuando alguno de ellos aparecía ante un consejo de guerra, la sentencia era que mil hombres se colocaran en dos filas una enfrente de otra, estando cada soldado armado de un palo del grueso del dedo pequeño (el cual era conocido por su nombre alemán de Spitzruthen), y que el condenado pasara tres, cuatro, cinco ó siete veces por el centro, recibiendo un golpe de cada soldado, vigilando la operación los sargentos, á fin de que aquéllos le dieran con fuerza. Después de haber recibido mil ó dos mil golpes, la víctima, escupiendo sangre, era conducida al hospital, donde se procuraba curarla, con objeto de que se concluyera de aplicar el castigo tan pronto como se hallara más ó menos repuesta del efecto de su primera parte: si moría en el tormento, la ejecución de la sentencia se completaba en el cadáver. Nicolás I y su hermano Mikhael eran implacables; no había jamás indulto posible. «Os daré una carrera de baquetas, que os hará saltar la piel», eran amenazas que formaban parte del lenguaje corriente.

Un terror sombrío se extendía por toda la casa cuando se sabía que alguno de los criados iba á ser enviado á la caja de reclutas. Al infeliz se le ponían grillos y se le vigilaba de cerca, para evitar que se suicidara: se traía una carreta y lo sacaban entre dos guardianes, rodeándolo todos los sirvientes. Él saludaba profundamente, pidiendo á todos que lo perdonaran si los ha-

bia ofendido voluntaria ó involuntariamente. Si sus padres vivían en el pueblo, venían á verlo partir; él hacia una gran reverencia ante ellos, y su madre y las demás mujeres de la familia empezaban á cantar en coro sus lamentaciones; era una especie de canto medio recitado: «¿Por quién nos abandonas? ¿Quién cuidará de ti en tierra extraña? ¿Quién te protegerá contra los perversos?» Exactamente en el mismo tono y con la misma letra con que cantan en los entierros.

Así, pues, Andrei tenía ahora que sufrir durante veinticinco años la suerte de soldado: todos sus sueños de felicidad se habían desvanecido bruscamente.

* * *

El destino de una de las doncellas, Paulina, ó Palya, como acostumbraban á llamarla, fué más trágico todavía. Había aprendido á bordar bien, y era una notabilidad en el oficio. En Nikolskoye tenía su bastidor en la habitación de mi hermana Elena, y con frecuencia tomaba parte en la conversación que sostenían ésta y la de mi madrastra, que estaba con ella. Por su porte y modo de expresarse, Palya parecía más bien una señorita que una criada.

Una desgracia le acaeció; se apercibió que pronto sería madre. Le contó todo á nuestra madrastra, quien la llenó de improperios: «¡No permitiré que siga en mi casa una criatura así

por más tiempo! ¡No toleraré tal vergüenza en casa! ¡Esto es una indecencia!» y todo á este tenor. Las lágrimas de Elena no consiguieron ablandarla. A la pobre le cortaron el cabello, y fué de castigo á cuidar del ganado; mas como tenía entre manos un trabajo extraordinario, tuvo que terminarlo en un local sucio y con escasa luz. Después hizo otros muchos bordados delicados, todo con la esperanza de obtener un perdón que no pudo alcanzar.

El padre de la criatura, que era un sirviente de uno de nuestros vecinos, imploró el permiso para casarse con ella; pero, como no tenía dinero que ofrecer, su demanda fué desechada. Las maneras delicadas de Palya fueron consideradas como ofensivas, y la suerte que se le reservó fué de lo más desgraciada. Había entre la servidumbre uno que hacia de postillón á causa de su baja estatura; se le conocía por «Filka el de las patas tuertas». En su juventud había recibido una terrible cox, y no llegó á crecer: tenía las piernas torcidas, los pies vueltos hacia adentro, la nariz partida y ladeada; su rostro era deforme; y con este monstruo se decidió casar á la pobre muchacha, lo que se efectuó á pesar suyo, mandándose después el matrimonio, como campesinos, al estado de mi padre en Ryazán.

No se reconocía, ni aun se sospechaba, que los siervos tuvieran sentimientos humanos; y cuando Turgueneff publicó su pequeña historia

Mumu, y Grigorovich comenzó á dar á luz sus novelas sentimentales, en las que hacia llorar á sus lectores sobre la desventura de los siervos, para muchas gentes aquello fué una inesperada revelación. «¿Es posible que amen ellos como nosotros?»—exclamaban las damas sensibles, que no podían leer una novela francesa sin derramar lágrimas por los trabajos que pasaban los héroes y las heroínas nobles.

* * *

La educación que los dueños daban algunas veces á los siervos no era más que un nuevo motivo de pesares para éstos. Mi padre recogió una vez de casa de unos labriegos un muchacho muy listo, y lo mandó á que aprendiera de practicante, y como era inteligente, lo hizo pronto y con buen resultado. Cuando volvió á casa, mi padre compró todo lo que hacia falta para montar una enfermería, que, bien provista de medicamentos y en buenas condiciones, se estableció en una de las casas laterales de Nikolskoye. En verano, el Dr. Sasha, como familiarmente se le llamaba en casa, siempre estaba muy ocupado, recolectando y preparando toda clase de plantas medicinales, y en poco tiempo se hizo muy popular en aquellos contornos. Los enfermos venían de los pueblecitos inmediatos, y mi padre estaba orgulloso ante el buen resultado que daba su Casa de Socorro. Pero este estado de cosas no

duró mucho: un invierno, mi padre fué á Nikolskoye, estuvo allí unos días y se marchó después. Aquella noche el Dr. Sasha se pegó un tiro; se dijo que habia sido casual; pero una historia de amores se encontraba en el origen del hecho. Estaba enamorado de una muchacha con quien no se podía casar por pertenecer á otro dueño.

La suerte de otro joven, Gherasim Krugloff, á quien mi padre educó en el Instituto Agrícola de Moscú, fué igualmente casi tan desgraciada. Hizo unos exámenes brillantes, ganando medalla de oro, y el director del establecimiento puso todo lo que pudo de su parte, á fin de inducir á mi padre á que le diera libertad y lo dejara ir á la Universidad, donde no se permite entren los siervos. «Con seguridad se hará un hombre notable—decía el director—, tal vez una de las glorias de Rusia, y hallaréis un honor en haber reconocido su capacidad y entregado tal hombre á la ciencia.»

«Lo necesito para mi estado», era la contestación que se daba á todas las súplicas que se hacían en su favor. Cuando, después de todo, con los sistemas primitivos de agricultura que entonces se empleaban, y de los que jamás se hubiera apartado mi padre, Gherasim Krugloff era completamente inútil. Levantó un plano del estado; pero una vez concluido éste, se le destinó al departamento de los criados y se le obligó á

servir á la mesa con plato en mano. Esto, como es natural, le disgustó mucho; sus sueños lo llevaban á la Universidad, á los trabajos científicos. En su mirada se reflejaba su pesar, y nuestra madrastra parecía hallar un especial placer en mortificarlo cada vez que se presentaba la oportunidad. Un día de otoño, habiendo una ráfaga de viento abierto la puerta de entrada, ella lo llamó y le dijo: «Garaska, ve á cerrar la puerta.»

Eso fué la gota que hace rebosar el vaso. En el acto contestó: «Para eso tenéis el portero» —y siguió su camino.

Mi madrastra corrió á la habitación de mi padre gritando: «¡Vuestros criados me insultan en vuestra casa!»

Inmediatamente Gherasim fué arrestado y esposado, para ser enviado fuera como marinero. La partida de sus ancianos padres con él, fué una de las escenas más conmovedoras que jamás he presenciado.

Esta vez, sin embargo, la suerte se encargó de la venganza: Nicolás I murió y el servicio militar se hizo más tolerable; la gran habilidad de Gherasim fué pronto reconocida, y en pocos años vino á ser uno de los principales empleados y la piedra angular de uno de los departamentos del Ministerio de la Guerra. Entre tanto, mi padre, que era completamente honrado, y en una época en que casi todos se dejaban corromper y sólo pensaban en hacer fortuna, jamás se

había apartado de la buena senda; por hacer un favor al jefe del cuerpo á que pertenecía, se separó un momento de ella, consintiendo en no sé qué clase de irregularidad. A punto estuvo ésto de costarle su ascenso á general; el objeto final de sus treinta y cinco años de servicio se hallaba próximo á perderse. Mi madrastra fué á San Petersburgo á arreglar el asunto, y un día, después de haber dado muchos pasos, le dijeron que la única persona que podía resolver la dificultad era un humilde empleado en un departamento determinado del Ministerio, quien, á pesar de su insignificancia, era el que todo lo dirigía, pues los jefes no hacían nada sin consultarle. ¡Este hombre se llamaba Gherasim Ivanovich Krugloff!

«¡Qué os parece nuestro Garaska!»—me dijo ella después—: siempre creí que tenía una gran capacidad. Fui á verlo, le hablé del particular, y me contestó: «No tengo prevención alguna contra el príncipe, y haré por él todo lo que pueda.»

Gherasim cumplió su palabra: hizo un informe favorable, y mi padre obtuvo su promoción, pudiendo al fin vestir el uniforme tan deseado.

Estas eran cosas que yo mismo vi en mi infancia; pues si fuera á relatar todo lo que oí en aquella época, las proporciones de este trabajo aumentarían mucho en extensión: historias de

hombres y mujeres arrancados de su familia y de su país y vendidos ó perdidos al juego, ó cambiados por dos perros de caza y enviados después á una parte remota de Rusia, con objeto de crear un nuevo estado; de criaturas quitadas á sus padres y vendidas á dueños crueles ó corrompidos; de apaleos en los establos, que tenían lugar todos los días con una saña implacable; de una joven que encontró su única salvación ahogándose; de un anciano que había encaucado al servicio de su amo y que al fin se ahorcó bajo sus ventanas; y de sublevaciones de siervos, que eran sofocadas por los generales de Nicolás I, matando á palos, diezmando ó quintando á los habitantes de un pueblo que luego arrasaban, y cuyos supervivientes tenían que ir á pedir una limosna á las provincias inmediatas. En cuanto á la miseria que encontré durante nuestros viajes en algunos pueblos, particularmente en los que pertenecían á la familia imperial, no hay palabras con que describirla: había que verla.

* *

El llegar á ser libre era el sueño constante de los siervos; sueño que no era fácil realizar, porque se necesitaba una fuerte suma para inducir á un propietario á que se desprendiera de uno de ellos.

—No sabes—me dijo una vez mi padre—, que

vuestra madre se me apareció después de muerta? Vosotros los jóvenes no creéis en estas cosas; pero ello es que ocurrió. Estaba yo una noche muy tarde sentado en este sillón, ante la mesa de escritorio y medio dormido, cuando la vi entrar toda vestida de blanco, muy pálida, y con los ojos resplandecientes. Ya en la agonía, me había pedido que le prometiera dar libertad á su doncella Maska, y así lo hice; pero después, entre una cosa y otra, se pasó cerca de un año sin que yo hubiera cumplido mi promesa. Entonces se me apareció, y me dijo con una voz muy débil, «Alexis, me prometiste dar libertad á Maska; ¿lo has olvidado?» Quedé aterrado; salté del sillón, pero ya se había desvanecido. Llamé á los criados, mas ninguno había visto nada. A la mañana siguiente fui á su tumba, hice que se le cantara un responso é inmediatamente di libertad á Maska.

Cuando murió mi padre, Maska vino al entierro y le hablé. Estaba casada, y se hallaba feliz en su vida de familia. Mi hermano Alejandro, en su estilo humorístico, le dijo lo que nuestro padre había contado, y le preguntamos qué sabía sobre el particular.

—Como eso sucedió—replicó ella—, hace mucho tiempo, ahora puedo deciros la verdad. Viendo que vuestro padre había completamente olvidado su promesa, me vesti de blanco y hablé como ella, recordándole la promesa que le

había hecho. ¿No me guardaréis rencor por eso, no es verdad?

—¡Claro que no!

* * *

Diez ó doce años después de las escenas descritas en la primera parte de este capítulo, me hallaba sentado en el despacho de mi padre y hablábamos de cosas pasadas. Se había abolido la servidumbre, y mi padre se lamentaba del nuevo estado de cosas, aunque no de un modo excesivo; lo había aceptado sin gran repugnancia.

—Debéis convenir conmigo—le dije—, que á menudo castigábais á nuestros criados con crueldad, y hasta sin razón.

—Con esa gente—me contestó—, no era posible proceder de otra manera—y reclinándose en su butaca permaneció largo rato sumergido en sus pensamientos. Pero lo que yo hice no valía la pena de que se hablara de ello—dijo después de aquella pausa. Mirad, por ejemplo, á ese mismo Sableff: parece tan suave y habla sin alzar nunca la voz, y, sin embargo, fué verdaderamente terrible con sus siervos. ¡Cuántas veces se concertaron para matarlo! Yo, al menos, nunca abusé de mis doncellas, en tanto que ese diabólico de T. se manejaba de tal modo, que las mujeres de los labriegos se disponían á castigarlo de un modo terrible... ¡Qué descanses, *bonne nuit!*

IX

Recuerdo bien la guerra de Crimea. En Moscú no se dejaba mucho sentir. Aunque, como es de suponer, se hacían hilas y vendajes en todas las reuniones de confianza; poco de esto llegaba, sin embargo, á los ejércitos rusos, pues grandes cantidades se robaban y vendían á los de los enemigos. Mi hermana Elena y otras jóvenes cantaban himnos patrióticos; pero, en general, no se conocía la lucha que sostenía el país, en el tono y modo de ser de lo que se llama la sociedad. En los pueblos, por el contrario, la guerra causaba terribles tristezas: las levadas de reclutas se sucedían unas á otras con rapidez, y continuamente oíamos á las mujeres de los campesinos entonar sus cantos funerarios. El pueblo ruso miraba la guerra como una calamidad que le enviaba la Providencia, y la aceptaba con una solemnidad que contrastaba de un modo extraño con la alegría que observé en otras partes en igualdad de circunstancias. A pesar de ser joven, pude apreciar ese sentimiento de solemne resignación que se extendía por nuestras campiñas.

Mi hermano Nicolás fué atacado, como muchos otros, por la fiebre de la guerra, y antes de haber concluido sus estudios en los cuerpos de cadetes se reunió al ejército del Cáucaso: no lo volví á ver más.

En el otoño de 1854, nuestra familia se vio aumentada con la venida de dos hermanas de nuestra madrastra. Habian tenido casa propia y algunas viñas en Sebastopol; mas como perdieron aquélla se unieron con nosotros. Cuando los aliados desembarcaron en Crimea, se les dijo á los habitantes de Sebastopol que nada tenían que temer, y que debían permanecer donde estaban; pero después de la derrota de Alma, se les ordenó que se marcharan á la carrera, porque la ciudad sería atacada dentro de pocos días. Había pocos convoyes, y no se encontraba manera de moverse en los caminos, invadidos por las tropas que marchaban hacia el Sur. El alquilar un carro era poco menos que imposible, y las señoras, que abandonaron cuanto tenían en el camino, lo pasaron muy mal antes de llegar á Moscou.

Pronto me hice amigo de la más joven de las dos hermanas, una señora como de treinta años, que no se quitaba el cigarrillo de la boca mientras me contaba todos los horrores del viaje. El recuerdo del hermoso buque de guerra que hubo necesidad de echar á pique á la entrada de la bahía de Sebastopol le hacia derramar lágrimas, y no se explicaba cómo podían los rusos defender á la ciudad desde tierra no habiendo murallas que merecieran este nombre.

Tenia yo trece años cuando murió Nicolás I. A la caída de la tarde del 18 de Febrero (2 de

Marzo), fué cuando la policía distribuyó por todas las casas de Moscou un boletín anunciando la enfermedad del Zar, é invitando á todos sus habitantes á rogar en los templos por su restablecimiento. Ya entonces habia muerto, y las autoridades lo sabian, pues habia comunicación telegráfica entre Moscou y San Petersburgo; pero como previamente nada se habia dicho respecto á su enfermedad, creyeron más conveniente ir preparando al pueblo gradualmente para anunciarle su defunción. Todos nosotros fuimos á la iglesia y rezamos fervorosamente.

El día siguiente, sábado, se repitió lo mismo, y todavía el domingo por la mañana se distribuyeron los referidos boletines. La noticia de su muerte no llegó á nosotros hasta el medio día, traída por algunos criados que habían ido al mercado. Un verdadero terror se apoderó de nuestra casa y de las de nuestros parientes al hacerse público el suceso. Se decia que la gente se habia conducido de un modo muy extraño en el mercado, no mostrando sentimiento alguno, y usando un lenguaje peligroso. Muchos se hablaban al oído, y nuestra madrastra no se cansaba de repetir—: «No hablad delante de la gente»—en tanto que los criados cuchicheaban entre sí, probablemente refiriéndose á su próxima emancipación. Los nobles esperaban á cada momento una sublevación de los siervos, un nuevo levantamiento de Pugachoff.

En San Petersburgo, entre tanto, las personas ilustradas, al comunicarse mutuamente la noticia, se abrazaban en las calles. Todos comprendían que el fin de la guerra, así como el de las terribles condiciones que habían prevalecido bajo el poder del «déspota de hierro», se hallaban muy próximos. Se habló de envenenamiento, con tanto más motivo cuanto el cadáver se descompuso con rapidez; la verdadera causa sólo se dió á conocer gradualmente; fué una fuerte dosis de un tónico que Nicolás había tomado.

En los campos, durante el verano de 1855, la heroica lucha que se sostenía en Sebastopol por cada palmo de terreno y por cada piedra de sus desmantelados bastiones, era seguida con el mayor interés.

Un mensajero se mandaba regularmente dos veces á la semana desde nuestra casa á la cabeza de partido á buscar los periódicos, y á su vuelta, aun antes de que se desmontara, ya se le habían quitado de la mano y abierto los papeles. Elena ó yo los leíamos en alta voz á la familia, y las noticias eran en el acto transmitidas al departamento de los criados, y después á la cocina, el escritorio, la casa del cura y las de los labriegos. Las noticias que vinieron de los últimos días del sitio, del terrible bombardeo, y, finalmente, de la evacuación de la población por nuestras tropas, arrancaban á todos lágrimas. En todas las casas de campo de las inmediacio-

nes, la pérdida de Sebastopol, causó tanto pesar como la de un pariente cercano, por más que todos comprendían que ahora la terrible guerra tocaría pronto á su término.

X

Fué en Agosto de 1857, teniendo ya cerca de los quince años, cuando me tocó el turno de entrar en el cuerpo de pajes, y me mandaron á San Petersburgo. Entonces era yo todavía una criatura; pero el carácter del hombre adquiere por lo general sus rasgos característicos mucho antes de lo que comúnmente se supone, y es cosa para mi fuera de duda que, bajo mi apariencia infantil, era en esa época, con poca diferencia, lo mismo que había de ser más adelante: mis gustos, mis inclinaciones, se hallaban ya determinados.

El primer impulso á mi desarrollo intelectual fué dado, como he dicho antes, por mi maestro ruso. Es una costumbre excelente de las familias rusas, costumbre que hoy, desgraciadamente, empieza á caer en desuso, el tener en casa un estudiante que ayude á los muchachos y á las jóvenes en sus lecciones, aun cuando estén en un gimnasio; pues para asimilarse mejor lo que aprenden en la escuela, y para ampliar el concepto de lo aprendido, su concurso es de gran provecho. Además, él introduce un elemento in-

En San Petersburgo, entre tanto, las personas ilustradas, al comunicarse mutuamente la noticia, se abrazaban en las calles. Todos comprendían que el fin de la guerra, así como el de las terribles condiciones que habían prevalecido bajo el poder del «déspota de hierro», se hallaban muy próximos. Se habló de envenenamiento, con tanto más motivo cuanto el cadáver se descompuso con rapidez; la verdadera causa sólo se dió á conocer gradualmente; fué una fuerte dosis de un tónico que Nicolás había tomado.

En los campos, durante el verano de 1855, la heroica lucha que se sostenía en Sebastopol por cada palmo de terreno y por cada piedra de sus desmantelados bastiones, era seguida con el mayor interés.

Un mensajero se mandaba regularmente dos veces á la semana desde nuestra casa á la cabeza de partido á buscar los periódicos, y á su vuelta, aun antes de que se desmontara, ya se le habían quitado de la mano y abierto los papeles. Elena ó yo los leíamos en alta voz á la familia, y las noticias eran en el acto transmitidas al departamento de los criados, y después á la cocina, el escritorio, la casa del cura y las de los labriegos. Las noticias que vinieron de los últimos días del sitio, del terrible bombardeo, y, finalmente, de la evacuación de la población por nuestras tropas, arrancaban á todos lágrimas. En todas las casas de campo de las inmediacio-

nes, la pérdida de Sebastopol, causó tanto pesar como la de un pariente cercano, por más que todos comprendían que ahora la terrible guerra tocaría pronto á su término.

X

Fué en Agosto de 1857, teniendo ya cerca de los quince años, cuando me tocó el turno de entrar en el cuerpo de pajes, y me mandaron á San Petersburgo. Entonces era yo todavía una criatura; pero el carácter del hombre adquiere por lo general sus rasgos característicos mucho antes de lo que comúnmente se supone, y es cosa para mi fuera de duda que, bajo mi apariencia infantil, era en esa época, con poca diferencia, lo mismo que había de ser más adelante: mis gustos, mis inclinaciones, se hallaban ya determinados.

El primer impulso á mi desarrollo intelectual fué dado, como he dicho antes, por mi maestro ruso. Es una costumbre excelente de las familias rusas, costumbre que hoy, desgraciadamente, empieza á caer en desuso, el tener en casa un estudiante que ayude á los muchachos y á las jóvenes en sus lecciones, aun cuando estén en un gimnasio; pues para asimilarse mejor lo que aprenden en la escuela, y para ampliar el concepto de lo aprendido, su concurso es de gran provecho. Además, él introduce un elemento in-

telectual en la familia, se convierte en un hermano mayor de los niños, y á menudo aún algo mejor, porque el estudiante tiene cierta responsabilidad en el adelanto de sus discípulos, y como los sistemas de enseñanza cambian rápidamente de una generación á otra, puede hacer más en favor de aquéllos que los padres más instruidos.

Nikolai Paulovich Smirnoff tenía aficiones literarias. En aquel tiempo, bajo la bárbara censura de Nicolás I, muchas obras, completamente inofensivas, de nuestros mejores autores, no podían publicarse, y otras eran tan mutiladas, que se concluía por privar á algunos de sus pasajes más importantes de todo su interés. En la comedia de costumbres de Griboyedoff, *La Desgracia de la Inteligencia*, que puede competir con las mejores de Molière, el nombre de coronel Skalorúb, tuvo que cambiarse por el de M. Skalorub, en perjuicio del sentido y aun del verso, porque la representación de un coronel bajo un aspecto cómico, se hubiera considerado como un insulto al ejército. Del inofensivo libro de Gógol, *Almas Muertas*, no se permitió la publicación de la segunda parte, ni una nueva edición de la primera, que hacia tiempo estaba agotada. Numerosas poesías de Pashkin, Lermontoff, A. H. Tolstoí, Ryleeff y otros, estaban condenadas á no ver la luz, sin contar aquellas composiciones que tenían algún sabor político ó

eran una crítica de la situación en general. Todo esto circulaba manuscrito, y Smirnoff acostumbraba á copiar libros enteros de Gógol y Rushkin, para él y sus amigos, trabajo en el cual yo en ocasiones le ayudaba. Como verdadero hijo de Moscou, sentía una profunda veneración por aquellos de nuestros escritores que vivían en dicha ciudad, algunos de los cuales moraban en nuestro mismo barrio. Me señalaba con respeto la casa de la condesa Saliás (Eugenia Tour), que era nuestra vecina más inmediata, en tanto que á la del conocido desterrado Alejandro Herzen la miraba con un sentimiento misterioso de respeto profundo y veneración. La casa donde vivió Gógol era para nosotros un objeto de gran estima, y aunque yo no había cumplido los nueve años cuando él murió (en 1851), y no había leído ninguna de sus obras, recuerdo bien el sentimiento que su muerte produjo en Moscou. Turgueneff lo expresó muy bien en una nota, por cuya razón el emperador lo mandó prender y lo desterró á sus estados.

El gran poema de Rushkin, *Eughéniy Anyéghin* me impresionó poco, y todavía admiró más la sencillez y hermosura del estilo que el fondo de la composición. Pero las obras de Gógol, que lei cuando tenía once ó doce años, causaron un poderoso efecto en mi imaginación, y mis primeros ensayos literarios eran una imitación de su estilo humorístico. Una novela histórica de

Zagóskin, *Yuriy Milostausky*, referente á la época del gran levantamiento de 1612, *La Hija del Capitán*, de Rushkin, que trataba del de Pergachóff, y la *Reina Margarita*, de Dumas, despertaron en mí un interés constante por la Historia. Respecto á otras novelas francesas, sólo he empezado á leerlas desde que Daudet y Zola se presentaron en escena. Las poesías de Nekrasoff eran mis favoritas desde mis primeros años, y muchas de sus composiciones las sabía de memoria.

Temprano me hizo empezar á escribir Nicolai Paulovich, y con su ayuda hice una larga *Historia de Media Peseta*, para la cual inventamos toda clase de tipos, en cuyo poder venía á caer aquélla. Mi hermano Alejandro tenía por entonces aptitudes mucho más poéticas. Escribía cuentos muy románticos, y temprano empezó á hacer versos, cosa que realizaba con admirable facilidad y en estilo verdaderamente natural y armonioso á la vez. Si el estudio de la Historia Natural y la Filosofía no hubieran después ocupado su atención, es indudable que hubiera llegado á ser un poeta de nombradía.

En ese tiempo, el lugar favorito que tenía para buscar inspiración era un tejado de suave inclinación que se encontraba bajo nuestra ventana. Lo que despertaba en mí un constante deseo de embromarlo: «Ahí está el poeta sentado al pie de una chimenea, procurando hacer versos»—so-

lia yo decir—; y la broma venía á terminar en fiera disputa que causaba la desesperación de nuestra hermana Elena. Pero él era tan poco vengativo, que pronto se hacía la paz, y ambos nos amábamos entrañablemente. Entre muchachos, disputar y quererse van mano á mano.

Ya entonces empecé á dedicarme al periodismo. A los doce años comencé á editar un diario. Como en mi casa no abundaba mucho el papel, sus dimensiones tenían que ser modestas. Y como aún no había estallado la guerra de Crimea y el único periódico que recibía mi padre era la *Gaceta* de la policía de Moscou, no tenía grandes modelos que copiar. Por cuyo motivo la mía sólo se componía de sueltos entrecortados, anunciando las noticias del día, como, por ejemplo: «N. P. Smirnoff fué al bosque y mató dos tordos», y otras por el estilo.

Esto pronto dejó de satisfacerme, y en 1855 comencé una Revista mensual que contenía los versos de Alejandro, mis novelillas y una especie de «variedades». La vida económica de esta publicación estaba completamente asegurada, porque tenía bastantes suscriptores; esto es, el mismo editor y Smirnoff, quien pagaba regularmente su suscripción de tantos pliegos de papel, aun después de haberse ido de casa; por lo que yo, en cambio, sacaba con esmero un segundo ejemplar para tan fiel suscriptor.

Cuando Smirnoff nos dejó y un estudiante

de medicina, llamado N. M. Pauloff, ocupó su puesto, este último me ayudaba en mis trabajos editoriales. Obtuvo para la Revista un poema, obra de un amigo suyo, y, lo que es más importante, el discurso de entrada sobre Geografía Física, por uno de los profesores de Moscou; trabajos que, por su puesto, eran inéditos, pues las reproducciones no hubieran tenido aceptación.

Creo inútil decir que Alejandro tomó un vivo interés en el asunto, y su fama llegó pronto hasta el cuerpo de cadetes. Algunos jóvenes escritores, caminando hacia el templo de la fama, emprendieron la publicación de otra Revista rival. La cuestión era seria; en poemas y novelas nada teníamos que temer; pero ellos contaban con un «crítico», y el escritor que al juzgar una nueva novela, hable de todo con libertad y desenvoltura, abordando cuestiones que no hubieran podido tratarse sin ese motivo, puede decirse que constituye el nervio de toda Revista rusa. ¡Ellos tenían un crítico y nosotros no! Aquel escribió un artículo para el primer número, el cual se lo enseñaron a mi hermano. Era algo pretencioso y de poco valor: Alejandro escribió desde luego otro en contra, ridiculizando y desbaratando la crítica de un modo violento, lo que produjo gran consternación en el campo enemigo, dando por resultado que desistieran de su empeño, viniendo la flor de sus escritores a ingresar en nuestra redacción; lo cual nos permiti-

tió anunciar triunfalmente, la futura «exclusiva colaboración», de tantos ó cuantos periodistas distinguidos.

En Agosto de 1857 tuvo que suspenderse la Revista, que ya contaba cerca de dos años de existencia. Nuevas condiciones de vida, y un cambio completo en el modo de ser de ésta se presentaban ante mí. Me alejé de casa con pesar, con tanto más motivo, cuanto la distancia que existía entre San Petersburgo y Moscou iba á separarme de Alejandro, y, además, porque ya consideraba una desgracia tener que entrar en una escuela militar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

PARTE SEGUNDA

EL CUERPO DE PAJES

I

La tan anhelada ambición de mi padre se realizó al fin: había una vacante en el cuerpo de pajes, que yo podía llenar antes de cumplir la edad en que queda cerrada la admisión, y me llevaron a San Petersburgo é ingresé en el colegio. Sólo ciento cincuenta niños, en su mayoría hijos de la nobleza de la corte, recibían educación en este cuerpo privilegiado, en el que se hallaba combinado el carácter de una escuela militar, á la que se habían otorgado derechos especiales, y el de una institución cortesana agregada á la casa imperial. Después de haber pasado cuatro ó cinco años en el cuerpo de pajes, los que habían sufrido el examen final eran recibidos como oficiales en cualquier regimiento de la guardia ó de otra arma cualquiera, sin tener para nada en cuenta el número de las vacantes que pudiera haber en los mismos; y todos los años, los primeros dieciséis alumnos más distinguidos eran nombrados *pajes de cámara*; esto es, estaban

personalmente agregados á los varios miembros de la familia imperial: el emperador, la emperatriz, las grandes duquesas y los grandes duques. Lo que, por supuesto, se consideraba un gran honor, y, además, los jóvenes en quienes recaía, se daban á conocer en la corte y tenían después muchas probabilidades de ser nombrados ayudantes de campo del emperador ó de alguno de los grandes duques, y, por consiguiente, contaban con grandes facilidades para hacer una brillante carrera al servicio del Estado. Los padres de las familias relacionadas con la corte cuidaban mucho, por tal motivo, de que sus hijos no dejaran de entrar en el cuerpo de pajes, aun cuando para ello hubiera que saltar por encima de otros candidatos que jamás veían llegar su turno. Ahora que yo estaba ya en ese cuerpo escogido, mi padre podía dar rienda suelta á sus sueños é ilusiones.

Dicho cuerpo estaba dividido en cinco clases, de las que la superior era la primera y la inferior la quinta; se trató de que yo entrara en la cuarta; pero como resultó del examen que no me encontraba muy fuerte en la cuestión de decimales, y la clase referida contenía aquel año más de cuarenta alumnos, en tanto que sólo veinte se habían matriculado para la quinta, ingresé en esta última.

Esto me disgustó sobremanera. Después de haber entrado con repugnancia en una escuela

militar, ahora resultaba que tendría que permanecer en ella cinco años en vez de cuatro. ¿Qué había yo de hacer en aquella clase, cuando ya sabía lo que en ella se enseñaba? Con lágrimas en los ojos le hablé al director, pero éste me contestó en tono humorístico: «Ya sabéis lo que dijo César; vale más ser el primero del pueblo, que el segundo de Roma». A lo que contesté con viveza, que me conformaría con ser el último de todos, con tal de poder dejar la escuela militar lo antes posible. «Tal vez os guste pasado algún tiempo»—me dijo—; y desde aquel día me trató con afabilidad.

Al maestro de aritmética, que también trató de consolarme, le di mi palabra de honor de que jamás fijaría la vista en su libro de texto; y, sin embargo, tendréis que aprobarme con nota de primera—agregué.—Cumplí lo prometido; pero cuando pienso en estas escenas, comprendo que el discípulo no era de un carácter muy dócil.

Y, sin embargo, cuando vuelvo la vista hacia ese pasado tan remoto, no puedo por menos de congratularme por lo sucedido; pues no habiendo tenido en el primer año más que hacer que repetir lo que ya sabía, adquirí la costumbre de aprender mis lecciones con sólo atender á las explicaciones del maestro; y una vez terminada la clase, tenía bastante tiempo para leer y escribir á mi gusto. Jamás me preparaba para los exámenes, y el tiempo que á tal objeto con-

cedían, solía emplearlo en leer en alta voz á algunos amigos, dramas de Shakespeare ó de Ostrausky. Estando también mejor preparado al llegar á las clases superiores, para dominar las distintas materias que teníamos que estudiar. Además, pasé más de la mitad del primer invierno en la enfermería, pues, como todos los jóvenes que no han nacido en San Petersburgo, tuve que pagar un pesado tributo á «la capital de las lagunas de Finlandia», bajo la forma de varios ataques de cólera local, y, finalmente, uno de fiebre tifoidea.

* * *

Cuando ingresé en el cuerpo de pajes, su organización sufría un cambio profundo: la Rusia entera se despertaba entonces del pesado sueño y la terrible pesadilla del reinado de Nicolás I, y nuestro colegio sintió también los efectos de ese renacimiento. Verdaderamente, no sé lo que hubiera sido de mí si hubiera entrado en el cuerpo uno ó dos años antes. O mi carácter se hubiera modificado por completo, ó me hubiesen expulsado de la escuela en condiciones que no es posible calcular. Afortunadamente, el período de transición se hallaba en todo su apogeo en el año 1857.

El director del cuerpo era un anciano excelente, el general Zheltukhin, pero su cargo era puramente nominal; el verdadero jefe de la es-

cuela era «el coronel». El coronel Girardot, un francés al servicio de Rusia. Las gentes decían que era un jesuita, y así debía ser, según creo: sus procederes, al menos, estaban en armonía con las doctrinas de Loyola, y sus sistemas de educación eran los de los colegios de jesuitas franceses.

Imagináos un hombre pequeño y extremadamente delgado, con ojos oscuros y penetrantes y mirada furtiva, usando un bigote recortado, que le daba el parecido de un gato; era suave y firme al mismo tiempo; no de una notable inteligencia, pero sí muy astuto; un déspota por temperamento, capaz de odiar, de una manera intensa, al alumno que no se sometiera á su fascinación, y de expresar ese sentimiento, no por medio de ridículas persecuciones, sino constantemente, por su conducta en general; por una palabra, soltada al parecer al acaso, un gesto, una sonrisa, ó una interjección. Al andar parecía que se deslizaba, y las miradas exploradoras que acostumbraba á lanzar á su alrededor sin mover la cabeza completaban la ilusión. En sus labios se hallaba siempre impreso un sello de gravedad fría, aun en los momentos que procuraba aparecer todo lo más afable posible; expresión que se marcaba más aún cuando se veía su boca contraída por una sonrisa de disgusto ó de desprecio. Nada de esto le daba el aspecto de un jefe: á primera vista, cualquiera lo hubiera

tomado por un padre bondadoso que hablaba á sus hijos pequeños como si ya fueran adultos; pero pronto se echaba de ver que todos y todo tenía que inclinarse ante su voluntad. Desgraciado del muchacho que no se considerara contento ó disgustado, según los grados de buena ó mala voluntad que el coronel le hubiera demostrado.

Las palabras «el coronel» se encontraban continuamente en todos los labios: á otros oficiales se les conocía por sus motes; pero nadie se atrevió á ponerle ninguno á Girardot. Le rodeaba una especie de misterio, como si fuera omnisciente y se hallara presente en todas partes. Verdad es que pasaba el día y parte de la noche en la escuela: hasta cuando estábamos en clase lo recorría todo, registrando nuestras carpetas, que abría con sus mismas llaves. En cuanto á la noche, una buena parte de ella la empleaba en escribir en pequeños libros, de los que tenía una buena colección, en columnas separadas, con signos especiales y en tintas de diferentes colores, todas las faltas y buenas cualidades de cada uno.

Los juegos, las bromas y las conversaciones se suspendían desde el momento que lo veíamos avanzando lentamente á través de nuestros espaciosos salones, acompañado de alguno de sus favoritos, y balanceándose de delante atrás y viceversa; sonriendo á uno, mirando con ter-

nura á otro, lanzando una mirada indiferente sobre un tercero, y contrayendo ligeramente el labio al pasar ante el cuarto: lo cual quería decir, que le agradaba el primero, que el segundo le era indiferente y mucho más el tercero, y que el cuarto le disgustaba. Esto último bastaba para aterrar á la mayoría de sus víctimas, con tanto más motivo, cuanto que no había razón alguna que lo justificara. Algunos jóvenes impresionables eran presa de desesperación, por esa aversión muda y constantemente manifiesta, y esas sospechosas miradas; en otros, el resultado ha sido un total aniquilamiento de la voluntad, como uno de los Tolstoï, Teodoro, alumno también de Girardot, ha mostrado en una novela autobiográfica, titulada *Los Padecimientos de la Voluntad*.

*
**

La vida interna en este colegio era bien triste bajo la férula del coronel: en todas las escuelas los «novatos» son objeto de bromas más ó menos ligeras. Se trata de poner á prueba al recién venido; saber hasta dónde llega su valor, y si conservará la dignidad y la energía. Además, los antiguos quieren hacer ver á los nuevos la superioridad de un bien establecido compañerismo. Tal sucede en todos los colegios y prisiones: pero bajo el dominio de Girardot estas persecuciones tomaban un aspecto más violento, y

procedían, no de los compañeros de la misma clase, sino de los de la primera; de los pajes de cámara, que no eran oficiales en comisión, y á quienes aquél había colocado en una posición superior, completamente excepcional. Su sistema era darles carta blanca; hacerse el desentendido, hasta de los horrores que cometían á cada momento, y mantener por medio de ellos una severa disciplina. El contestar á un golpe recibido de un paje de cámara, hubiera bastado en tiempo de Nicolás I para ser enviado á un batallón de hijos de soldados, como el caso se hubiese hecho público; y el rebelarse, de cualquier modo, contra un mero capricho de uno de aquéllos, motivo fuera suficiente para que los veinte que formaban la clase, armados con sus pesadas reglas de roble, se reunieran en un local cualquiera y, con la tácita aprobación de Girardot, administraran una soberbia paliza al que hubiera mostrado semejante espíritu de insubordinación.

De este modo, la primera clase se despachaba á su gusto, y todavía el invierno anterior uno de sus juegos favoritos consistía en reunir á los «novatos» por la noche, con sólo la camisa de dormir, y hacerlos correr como los caballos en el circo, mientras que ellos, armados de grandes fustas de goma elástica, unos en el centro y otros por fuera de la pista, los azotaban sin piedad. Por regla general, el «circo» terminaba de un

modo oriental, en una forma abominable. El concepto de la moral que prevalecía en aquel tiempo y lo que á veces se decía en la escuela respecto á lo que ocurría de noche después del circo, eran de tal índole, que mientras menos se hable de ello tanto mejor.

El coronel sabía todo esto: tenía organizado un perfecto sistema de espionaje y nada pasaba para él inadvertido; pero mientras no se supiera oficialmente que lo sabía, todo marchaba bien. El cerrar los ojos ante todo lo que hacía la clase primera era la base de su sistema de mantener la disciplina.

Sin embargo, un nuevo espíritu empezaba á despertarse en la escuela, y pocos meses antes de mi ingreso había tenido lugar una revolución. Aquel año, la clase tercera era diferente á lo que había sido hasta entonces: contenía un buen número de jóvenes, que realmente estudiaban y leían mucho, algunos de los cuales vinieron á ser más tarde hombres distinguidos. Mi primer conocimiento con uno de ellos, á quien llamaré von Schauff, fué cuando él leía la *Critica de la Razón Pura*, de Kant: además, se hallaban en dicha clase algunos de los alumnos más robustos y fuertes de la escuela; en ella se encontraba el más alto de todos, así como otro de mucha fuerza, Koshtoff, gran amigo de von Schauff. Estos no toleraban las bromas de los pajes de cámara con la misma docilidad que sus

predecesores; les disgustaba mucho lo que ocurría, y á causa de un incidente, que prefirió no describir, se vinieron á las manos las dos clases, resultando que los de la primera recibieron una dura lección de parte de sus subordinados. Girardot le echó tierra al asunto; pero la fuerza moral de los pajes de cámara quedó quebrantada. Se conservaron las fustas de goma, pero no se volvió á hacer uso de ellas: las circolerías y otras cosas por el estilo, quedaron relegadas al pasado.

Hasta ahí se había ganado; pero la última de las clases, la quinta, compuesta casi exclusivamente de muchachos muy jóvenes que acababan de ingresar en el colegio, se veía forzada á obedecer aún á las exigencias y caprichos de la primera. Teníamos un hermoso jardín, poblado de corpulentos árboles; pero los alumnos de la quinta lo podían disfrutar poco: se les obligaba á pasearse por fuera, en tanto que los de la primera, sentados en él, pasaban allí el rato conversando; ó á recoger las pelotas, cuando esos caballeros jugaban. Dos días después de mi entrada en la escuela, viendo lo que pasaba en el jardín, no bajé á él y permaneci arriba. Leyendo estaba yo, cuando un paje de cámara, con cabello rojo y la cara cubierta de pecas, vino á ordenarme que bajara en el acto al jardín y fuera á pasearme con los demás. «No quiero; ¡no veis que estoy leyendo!»—fué mi contestación.

La ira desfiguró su fisonomía, de suyo bien poco simpática. Trató de saltar sobre mí, pero me coloqué á la defensiva; procuró darme en la cara con la gorra y yo sorteé los golpes lo mejor que pude. Entonces arrojó su gorra al suelo y me dijo: —Recógela. —Recógela tú—, le contesté.

En la escuela no se tenía idea de un acto de desobediencia semejante. El era mucho mayor y más fuerte que yo: por qué no me pegó brutalmente en el acto, no lo sé.

El día después y los siguientes recibí órdenes parecidas; pero obstinadamente me empeñé en no bajar. Entonces empezó una serie de pequeñas y ruines persecuciones por lo más mínimo, capaces de desesperar á cualquiera; pero, afortunadamente, yo me hallaba siempre dispuesto á dar á todo un carácter jovial, y les contestaba con bromas, ó no les hacía caso.

El cambio de tiempo hizo que todo esto variara: empezaron las lluvias y apenas se podía salir. En el jardín, los de la primera fumaban con entera libertad, y en el interior del colegio el club de los fumadores era «la torre», local que estaba siempre limpio con esmero, y en el cual había constantemente fuego encendido. Los pajes de cámara castigaban con severidad al que cogían fumando; pero ellos no dejaban de hacerlo, mientras que estaban sentados y charlando al lado de la lumbre. Su hora favorita de fu-

mar era después de las diez de la noche, cuando se suponía que se habían todos acostado, permaneciendo en su club hasta las once y media; y para ponerse al abrigo de una sorpresa de Girardot, ordenaban á los de la quinta que vigilaran. Los niños de ésta tenían que alternar en dicho servicio de dos en dos, paseándose cerca de la escalera hasta la hora referida, para dar aviso si se aproximaba el coronel.

Al fin, decidimos poner un término á semejante abuso; las discusiones fueron largas y se consultó á las demás clases respecto á lo que había de hacerse, las cuales contestaron, después de pensarlo, lo siguiente: «Negáos todos á hacer ese servicio, y cuando os empiecen á pegar, cosa que haran de fijo, marchad todos los que podáis, en masa, y llamad á Girardot. El ya lo sabe de antemano; pero así se verá obligado á suspenderlo». La cuestión de si eso no sería «un soplo» fué resuelta en la negativa por los expertos en asuntos de honor: los pajes de cámara, al no tratar á los otros como compañeros, no tenían derecho á ser mirados como tales.

El turno de la vigilancia tocó aquella noche á Shahouskoy, uno de los antiguos, y á Selanoff, un recién entrado, niño extremadamente tímido que hasta tenía afeminada la voz. Llamaron al primero, y, al ver que se negaba, lo dejaron y acudieron al segundo, que estaba acostado, y viendo que rehusaba también, empezaron á azo-

tarlo brutalmente con gruesos tirantes de cuero. Entonces Shahouskoy despertó á varios compañeros de los que se hallaban más próximos, y todos corrieron en busca de Girardot.

También estaba yo en la cama, cuando los dos vinieron á mi, ordenándome que fuera á vigilar; y como rehusara, cogieron un par de tirantes (acostumbrábamos á tener colocada la ropa ordenadamente en un banco, con los tirantes encima de todo y la corbata cruzada sobre ellos) y comenzaron á pegarme. Sentado en la cama, sorteaba los golpes con las manos, y ya había recibido bastantes, y bien fuertes, cuando se oyó una voz que dijo: «¡El coronel llama á los de la primera!» Los verdugos se contuvieron en el acto, arreglaron sus ropas precipitadamente y me dijeron en voz baja: «Ni una palabra», á lo cual yo sólo contesté: «La corbata sobre todo, en buen orden», mientras que las manos y brazos me echaban fuego á causa de los golpes mencionados.

Lo que hablara Girardot con los de la primera no pudimos saberlo; pero al día siguiente, cuando estábamos formados, antes de bajar al comedor, nos dirigió la palabra con melifluido acento, manifestando que era muy sensible que los pajes de cámara hubieran atropellado de ese modo á un alumno que tenía la razón de su parte. ¿Y á quién? A uno de nuevo ingreso y de carácter tímido como Sellinoff. Este discurso jesuitico disgustó á toda la escuela.

Inútil es decir que aquel abuso terminó, como igualmente las impertinencias de que eran objeto los novatos, que no volvieron á repetirse más.

También fué indudablemente aquello un golpe mortal para la autoridad de Girardot, quien lo sintió muy vivamente. Miraba nuestra clase, y á mi sobre todo, con gran prevención (le habian dado cuenta del asunto de la vigilancia), y no perdía oportunidad de darlo á conocer.

Durante el primer invierno estuve con frecuencia en la enfermería. Después de haber pasado una fiebre tifoidea, durante la cual el director y el médico se tomaron por mi un interés verdaderamente paternal, tuve repetidos y fuertes ataques gástricos. Y como Girardot, al hacer su visita diaria al referido local, me veía allí con tanta frecuencia, empezó á decirme todas las mañanas, medió en broma, en francés: «He aquí un joven que está tan saludable como el Puente Nuevo, y se pasa el tiempo en la enfermería.» Una ó dos veces le contesté en el mismo tono; pero, al fin, considerando de mal gusto esta constante repetición, perdi la paciencia y me incomodé.

—¿Cómo os atrevéis á decir eso?—exclamé—; le diré al doctor que os prohíba lo entrada en esta habitación, y otras cosas por el estilo.

Girardot retrocedió dos pasos; sus ojos oscuros brillaron, y sus delgados labios parecieron

afinarse más todavía. Al fin, dijo: —Os he ofendido; ¿no es verdad? Bien; en el patio tenemos dos cañones de artillería: ¿sería bueno que nos batiéramos?

—No doy bromas, y os advierto que no estoy dispuesto á recibirlas—le contesté.

El se calló; pero en lo sucesivo me miró aún con mayor prevención que antes.

Todos lo notaron, y se ocuparon en sus conversaciones de ello; pero yo no le di importancia, y tal vez la aumenté con mi indiferencia.

Durante dieciocho meses cumplidos rehusó darme la charretera, que generalmente se concedía á todos los recién llegados después de un mes ó dos de residencia en el colegio, cuando se suponía habian aprendido en parte los rudimentos de la instrucción militar; pero á mi, tal cosa me tenia sin cuidado. Al fin, un oficial, que era el mejor instructor del colegio, y que puede decirse estaba enamorado del ejercicio, me tornó por su cuenta, y cuando me vió hacer todos los movimientos á su entera satisfacción, lo puso en conocimiento de Girardot, quien, á pesar de haberse repetido esto más de una vez, no hacia caso; lo que dió lugar á que el oficial considerara el asunto como una ofensa personal. Y cuando una vez el director del Cuerpo le preguntó por qué no tenia yo todavía la charretera, le contestó lisa y llanamente: «El muchacho está bien; el coronel es quien no quiere.» A consecuencia de

lo cual, probablemente después de algunas observaciones del director, el mismo Girardot pidió examinarme otra vez, y me dió la charretera aquel mismo día.

Pero la influencia del coronel se iba rápidamente desvaneciendo; el carácter todo de la escuela cambiaba. Durante veinte años, Girardot había conseguido ver realizado su ideal, que era el de tener á los alumnos bien peinados, con el cabello rizado y de afeminado aspecto, mandando á la corte pajes tan refinados como los cortesanos de Luis XIV. Si aprendían ó no, le importaba poco; sus predilectos eran los que tenían las maletas más llenas de toda clase de cepillos de uñas y tarros de esencias, cuyo uniforme de paseo (que podíamos usar cuando íbamos á casa los domingos) era del mejor corte, y sabían hacer el más elegante *salut oblique*. Anteriormente, cuando Girardot hacía ensayos de ceremonias cortesanas, envolviendo á un paje en una manta de algodón con listas encarnadas, tomada de una de nuestras camas, con objeto de que representase á la emperatriz en un *baisemain*, los alumnos se aproximaban muy respetuosamente á la su-puesta emperatriz, ejecutaban con formalidad la ceremonia de besar la mano, y se retiraban con un elegantísimo saludo oblicuo; mientras que ahora, aunque en la corte se conducían siempre con elegancia, en los ensayos hacían unos saludos tan ridículos, que todos reventaban de risa,

al mismo tiempo que Girardot rabiaba de coraje. Antes, los alumnos jóvenes que habían asistido á una recepción oficial, y se rizaban el cabello con tal objeto, procuraban conservar este adorno todo el tiempo posible; pero en la actualidad apenas volvían de palacio, corrían á poner la cabeza bajo el grifo de agua fría para desbaratarse el peinado; pues toda apariencia afeminada era siempre mirada con desprecio. El ser enviado á una recepción y permanecer allí como un objeto decorativo, era considerado ahora más bien como una molestia que como un favor. Y cuando los menores, que iban algunas veces á palacio á jugar con los pequeños grandes duques, contaban que cuando uno de éstos hizo un latigo de su pañuelo, en uno de los juegos, y se sirvió de él á discreción, uno de los nuestros hizo lo mismo, y tanto le pegó al gran duque, que éste concluyó por llorar, Girardot se quedaba horrorizado, en tanto que el antiguo almirante de Sebastopol, que era tutor del gran duque, elogiaba á nuestro compañero.

Un nuevo espíritu de amor al estudio y de formalidad se desarrolló en el Cuerpo, como en todas las demás escuelas. En años anteriores, teniendo los pajes la seguridad de que de un modo ó de otro pasarían los exámenes para obtener sus nombramientos de oficiales de la guardia, dejaban transcurrir los primeros años de la escuela casi sin aprender nada, y sólo empezaban á es-

tudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que habia sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose solo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

II

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habian tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en

la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habian dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento: con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debia ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, invitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del

tudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que habia sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose solo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

II

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habian tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en

la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habian dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento: con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debia ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, invitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del

heredero del trono (Nikolai Alexandrovich, que murió á los veintidós años), á quien traían una vez por semana á la clase de álgebra del Cuerpo de pajes; pues la emperatriz, Maria Alexandrovna, que era mujer bien educada, creyó que tal vez el contacto con jóvenes estudiosos fuera un estímulo para él. Pero aunque se sentaba entre nosotros y tenía que contestar á las preguntas que le hacían, como todos los demás, como se entretenía por lo general, mientras el maestro explicaba, en hacer dibujos ó en hablar con el compañero, no adelantaba mucho; tenía buena índole y un trato agradable; pero era un poco superficial.

Para la clase quinta, el inspector halló el concurso de dos hombres notables. Un día entró en la sala, donde dábamos clase, radiante de alegría, diciéndonos que habíamos tenido mucha suerte; el profesor Klarousky, hombre de rara erudición, muy versado en el estudio de los clásicos y gran conocedor de nuestra literatura, había consentido en darnos cátedra de gramática, retórica y poética, siguiendo con nosotros todos los años, al pasar de una clase á otra. Otro profesor de la Universidad, Herr Becker, bibliotecario de la biblioteca imperial (nacional), haría lo mismo en alemán. Agregando que el profesor Klarousky estaba algo delicado de salud, pero que tenía la seguridad de que nos conduciríamos con mucho juicio en su clase; pues ya que habíamos tenido

la suerte de encontrar semejante maestro, no era posible la dejáramos malograr.

El inspector había pensado cuerdamente. Fué para nosotros una verdadera satisfacción tener profesores de la Universidad por maestros, y aun cuando surgieron algunas voces del Kanchatka (en Rusia se da el nombre de esa remota y atrásada península á los últimos bancos de cada clase), recomendando que se mirara con prevención al «salchichero», esto es, al alemán, la opinión general en nuestra clase era favorable á los profesores.

«El salchichero» conquistó desde el primer momento nuestras simpatías; era un hombre alto, con una frente ancha y despejada, aspecto bondadoso y mirada inteligente, no desprovista de un ligero tinte de ironía. Al entrar en nuestra clase nos dijo en correcto ruso que pensaba dividirnos en tres secciones: la primera la compondrían aquellos que ya conocían el alemán, y á quienes exigiría un trabajo más serio; á la segunda le enseñaría gramática y más tarde literatura, con arreglo al programa establecido; y la tercera, dijo con una sonrisa maliciosa, será la Kanchatka. A éstos, agregó, sólo exigiré que cada lección copien cuatro renglones que designaré de mi libro, y una vez realizado este trabajo, quedarán en libertad de hacer lo que quieran, con tal de que no molesten á los demás, y les prometo que en cinco años conocerán algo

cuando uno conoce el idioma á fondo, afectan algunas veces á las imágenes reales que tratan de representar, conservan tan sólo su sentido puro y elevado, haciendo que la armonía de la composición quede así más fuertemente impresa en el oído.

La primera lección del profesor Klasousky fué una revelación para nosotros; era un hombre pequeño, como de cincuenta años, de movimientos vivos, con ojos brillantes é inteligentes, una expresión ligeramente sarcástica y la elevada frente de un poeta. Cuando vino á darnos la primera lección, dijo con voz apagada que, habiendo pasado una larga enfermedad, no podía elevar la voz lo suficiente, por lo que nos rogaba nos acercáramos á él. Dicho esto, aproximó su sillón á la primera fila, y nosotros lo rodeamos como un enjambre de abejas.

Había de enseñarnos gramática rusa; pero, en lugar de la aridez de la lección gramatical, oímos algo muy distinto de lo que esperábamos. Era gramática, más intercalada con comparaciones de dichos populares rusos, con versos de Homero ó del sánscrito de Mahabharata, cuya galanura traducía al ruso; allá, un verso de Schiller se introducía, y era acompañado de alguna sarcástica observación referente á alguna preocupación de la sociedad moderna; aquí, des-

pués, se volvía otra vez á la gramática pura, seguida de generalizaciones poéticas y filosóficas.

Claro es que en todo esto habia mucho que no comprendíamos, y cuyo sentido más profundo escapaba á nuestra percepción. ¿Pero, acaso lo encantador de todo estudio no estriba en que constantemente abre ante nosotros nuevos é inesperados horizontes, aún no comprendidos, que nos estimulan á continuar más y más avanzando en la penetración de lo que á primera vista apareció sólo en sus líneas generales? Unos con las manos apoyadas en los hombros del compañero, otros casi tendidos sobre las mesas de la primera fila, otros en pie detrás del maestro, y todos con la mirada chispeante, estábamos pendientes de sus labios. A medida que su voz se debilitaba al aproximarse el fin de la hora, más suspendíamos el aliento para mejor oír. El inspector abrió la puerta de la clase para ver cómo nos conducíamos con el nuevo profesor; pero al notar aquel enjambre inmóvil, se retiró de puntillas para no hacer ruido. Hasta Danroff, carácter inquieto y aturdido, contemplaba á Klasousky, como diciendo «¡vaya un hombre!». Hasta von Klemair, un pobre muchacho circasiano con nombre alemán, de muy cortos alcances, estaba inmóvil en su asiento. En casi todos los demás algo bueno y elevado surgía desde el fondo de su corazones, como si la visión de un mundo inesperado apareciera ante su vista. Este

hombre tenía sobre mí una gran influencia, que fué creciendo con los años. La profecía de Winkler, de que después de todo me gustaría la escuela, se había cumplido.

En la Europa Occidental y probablemente también en América, esta clase de profesores no parece ser generalmente muy conocida; pero en Rusia no hay ninguna persona notable en las letras ó en la política que no deba el primer impulso hacia un desarrollo superior á su maestro de literatura. En todas las escuelas del mundo debiera haber uno semejante; todos los demás tienen asuntos particulares á su cargo que no se relacionan entre sí; sólo el profesor de literatura, guiado por las líneas generales del programa, pero quedando en libertad de tratarlo á su gusto, puede reunir en un lazo común á los separados estudios históricos y humanidades, unificarlos por una amplia concepción filosófica y humanitaria, y despertar ideas é inspiraciones más elevadas en los cerebros y corazones de la nueva generación. En Rusia esa necesaria misión recaé de un modo natural en el catedrático de literatura; pues, á medida que habla del desarrollo del idioma, del contenido de la primera poesía épica, de la música y cantos populares, y más adelante del teatro moderno, de la literatura científica, política y filosófica de su país y de las diversas corrientes estéticas, políticas y filosóficas que ha reflejado; viéndose

obligado á ocuparse de esa concepción generalizada del desarrollo del entendimiento humano, que no se encuentra dentro del radio de acción de las materias que se enseñan separadamente.

Lo mismo debería hacerse también respecto á las ciencias naturales. No basta enseñar física y química, astronomía y meteorología, zoología y botánica; la filosofía de todas las ciencias naturales; una vista general de la naturaleza en su conjunto, algo parecido al primer volumen del *Cosmos*, de Humboldt, hay que dar á conocer al alumno y al estudiante, cualquiera que sea la extensión que se dé en la escuela al estudio de las ciencias referidas. La filosofía y la poesía de la naturaleza, los sistemas de todas las ciencias exactas, y una inspirada concepción de la vida de la naturaleza, deben formar parte de la educación. Tal vez el profesor de Geografía pudiera provisionalmente asumir esa función; pero en ese caso, se necesitaría una clase muy diferente de maestros de esta asignatura, lo mismo en los colegios que en las Universidades; lo que hoy se enseña bajo ese nombre, será todo lo que se quiera, pero no es Geografía.

*
*
*

Otro maestro conquistó el aprecio de nuestra clase, de modo bien distinto. Fué el de escritura, el último del cuerpo de profesores: si los «herejes», esto es, los maestros alemanes y franceses,

eran mirados con poco respeto, el de escritura, Ebert, que era un judío alemán, estaba convertido en un mártir. El conducirse insolentemente con él se consideraba de buen tono entre los pajes. Sólo la miseria podía ser la causa de que no renunciara el cargo. Los antiguos, que llevaban dos ó tres años en la clase quinta, sin haber podido pasar adelante, lo trataban muy mal; pero él había transigido con ellos, llegando al acuerdo siguiente: «una broma no más en cada lección», cuyo cumplimiento, por nuestra parte, dejaba algunas veces mucho que desear.

Un día, uno de los más atrasados, en papó en tinta la esponja de la pizarra y se la tiró al mártir calígrafo, diciendo al mismo tiempo con una sonrisa estúpida: «¡toma, Ebert!» La esponja le dió á éste en el hombro, salpicándole de tinta la cara y la camisa.

Teníamos la seguridad que, por lo menos esta vez, Ebert abandonaría la clase é iría á dar parte del hecho al inspector; pero nos equivocamos, porque se contentó con exclamar, al mismo tiempo que sacaba su pañuelo de algodón y se limpiaba la cara: «Una broma, caballeros; basta por hoy», agregando á media voz, «la camisa se ha manchado», después de lo cual continuó como si tal cosa corrigiendo los cuadernos de los alumnos.

Ante semejante proceder, quedamos estupefactos y avergonzados. ¡Cómo, en vez de dar

parte, lo toma con esa resignación! La simpatía de toda la clase se tornó en su favor: ¡Lo que habéis hecho es una estupidez—dijimos á nuestro compañero—; es un pobre y le habéis echado á perder la camisa! ¡Qué vergüenza!—otro gritó.

El causante del mal fué en el acto á disculparse. «Hay que aprender y aprender, amigo», fué todo lo que contestó Ebert, con voz en que se reflejaba la tristeza.

Después de esto reinó un silencio sepulcral, y al día siguiente, como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo, escribimos lo mejor posible y le llevamos nuestros cuadernos para que los corrigiera, lo que le causó gran alegría, y aquel día puede decirse que fué feliz.

Este hecho me impresionó profundamente, y jamás se ha borrado de mi memoria. Siempre le estaré agradecido á tan notable hombre por aquella lección.



Con nuestro maestro de dibujo, que se llamaba Ganz, nunca pudimos vivir en buena armonía. Él siempre daba cuenta de los que jugaban en la clase; lo que en nuestro concepto estaba mal, pues su proceder distaba mucho de ser correcto. Durante la clase, apenas se ocupaba de nosotros y pasaba el tiempo enmendando los dibujos de aquellos que repasaban con él, ó le pagaban

algo, para poder presentar un buen dibujo en los exámenes y obtener una nota de primera: contra los que así procedían no teníamos queja alguna; por el contrario, hallábamos muy natural que los que no tenían capacidad para las matemáticas ó memoria para la geografía, no pudiendo aspirar á notas elevadas en estas materias, trataran de mejorar su situación, ordenándole al maestro un dibujo ó un mapa topográfico, que les asegurara el premio ante todo. Sólo de parte de los dos primeros alumnos de la clase se hubiera visto mal el acudir á tales procedimientos; pero en cuanto á los demás, podían hacerlo con tranquilidad de conciencia. Pero el maestro no debía emplear la hora de clase en ese trabajo; y ya que lo hacía, le tocaba sufrir con resignación las faltas de sus discípulos. En vez de hacerlo así, no se pasaba día sin que dejara de quejarse, y cada vez parecía más arrogante.

En cuanto pasamos á la clase cuarta y nos encontramos en un terreno más firme, tratamos de apretarle las clavijas. «Vosotros tenéis la culpa—nos decían los mayores—de que se dé tanto tono con vosotros; nosotros lo teníamos atado corto». Por cuya razón decidimos hacer lo mismo que ellos habían realizado.

Un día, dos excelentes compañeros de clase se acercaron á Ganz con un cigarrillo en la boca y le pidieron fuego. Claro es que sólo se trataba

de una broma, pues nadie había pensado en fumar allí, y según la regla establecida, el maestro no debiera haber hecho más que despedirlos aquel día de la clase; pero en vez de esto, los inscribió en el parte diario y fueron castigados con gran severidad. Esa fué la gota que hizo derramar el vaso: decidimos darle una «serenata»; lo cual quería decir que, en un momento dado, toda la clase, provista de reglas prestadas por las superiores, armaría un ruido espantoso, pegando contra las mesas, hasta hacer que el maestro se fuera de la clase. Esto, sin embargo, no se hallaba exento de dificultades. Teníamos en nuestra clase un cierto número de «gente floja» que, á pesar de prometer tomar parte en la demostración, era fácil que á última hora no pudiera dominar los nervios y se echara atrás, dejando á los demás comprometidos: en tales empresas, la unanimidad es el todo; pues el castigo, cualquiera que sea su indole, es siempre más ligero al recaer en la clase entera que cuando afecta á un número determinado.

La dificultad se resolvió con arte verdaderamente maquiavélico: á una señal dada, volviendo todos la espalda al maestro y golpeando con las reglas en los bancos de los vecinos, se conseguiría el fin deseado; de este modo, se evitaría que aterrara á los débiles la mirada de aquél. ¿Pero quién daba la señal? Un silbido, como en los cuentos de bandidos, un grito ó un estornudo

no nos sacaban del apuro; él podía muy bien fijarse en cualquiera que hubiese empleado tal recurso. La señal debía ser silenciosa: uno de los que mejor dibujaban debía llevarle su trabajo á Ganz, y cuando volviera á su sitio, entonces estallaría la tormenta.

Todo salió á pedir de boca: Nesadoff presentó su dibujo, y el otro se lo corrigió en pocos minutos, que nos parecieron una eternidad; al fin volvió á su puesto, quedó un momento mirándonos, y se sentó... La clase entera se volvió de espaldas, y las reglas menudeaban sus golpes en los bancos, en tanto que algunos gritaban en medio del alboroto, «¡fuera Ganz, fuera con él!» El escándalo era mayúsculo; todas las clases se enteraron de que al maestro de dibujo le habían dado una serenata. El se puso de pie, murmuró algo y concluyó por marcharse. Entró en la clase un oficial, pero no por eso se interrumpió el jaleo; después entró el subinspector, y el inspector tras él: en el acto se suspendió el ruido y empezaron las reprensiones.

«¡Los mayores quedan desde este momento arrestados!»—ordenó el inspector—; y á mí, que era el primero de la clase, y, por consiguiente, el mayor, me llevaron al calabozo oscuro, lo cual me evitó el ver lo que vino después. Se presentó el director: le preguntaron á Ganz que designara las cabezas de motin, pero no pudo hacerlo. «Todos me volvieron la espalda, y comenzó

el escándalo»—fué su contestación. Inmediatamente se condujo la clase abajo, y á pesar de que los castigos corporales estaban completamente desterrados de nuestra escuela, esta vez, á los dos que antes se habían castigado por pedir fuego al maestro, los azotaron con la vara de abedul, bajo pretexto de que la serenata fué una venganza por su castigo. Esto lo supe diez días después, cuando se me permitió volver á clase: mi nombre, que había sido inscrito en el encerado rojo de la clase, destinado á los distinguidos, fué borrado de él, lo que me tuvo sin cuidado; no así los diez días de calabozo, sin libros, que me parecieron interminables, y en los que compuse (en versos horribles), un poema, en que los altos hechos de la clase cuarta eran debidamente glorificados.

Como era de esperar, nuestra clase vino á ser la heroína de la escuela; durante un mes entero tuvimos que relatar una vez y otra á las demás clases todo lo referente al particular, recibiendo felicitaciones por lo bien que se había manejado el asunto, evitando que ninguno incurriera en responsabilidad. Como castigo, se nos prohibió ir á casa los domingos, lo que duró hasta Navidad; pero como estábamos todos reunidos, lo pasábamos alegremente. Las mamás de los niños buenos les traían dulces en abundancia, y los que tenían dinero lo empleaban en multitud de pasteles, en tanto que, á la noche, los amigos

de las otras clases traían de contrabando grandes cantidades de fruta para la heroica clase cuarta.

Ganz no volvió á dar parte de ninguno más; pero nosotros no aprendimos á dibujar tampoco. Nadie quería recibir lecciones de semejante hombre.

III

Mi hermano Alejandro estaba en aquella época en Moscou, en un cuerpo de cadetes, y manteníamos una activa correspondencia. Mientras que estuve con la familia, esto era imposible, porque nuestro padre consideraba como una prerrogativa el leer todas las cartas dirigidas á casa, y pronto hubiera puesto coto á toda correspondencia que no tuviera un carácter trivial. Ahora éramos libres para discutir en nuestras cartas lo que mejor nos parecía; no había más dificultad que la falta de dinero para el franqueo; pero pronto aprendimos a escribir tan menudo y apretado, que lo que conseguíamos meter en una sola carta era extraordinario. Alejandro, que tenía una hermosa letra, logró incluir cuatro páginas impresas en una sola carilla, y sus líneas microscópicas se leían con la misma claridad que si fueran impresas. Es lamentable que estas cartas, que él guardaba como preciosos recuerdos, hayan desaparecido; la alta policía,

en una de sus razzias, le robó hasta aquello que de tanto aprecio era para él.

Nuestras primeras cartas casi no se ocupaban más que de los pequeños detalles referentes á mi nueva situación; pero pronto tomó nuestra correspondencia un carácter más elevado. Mi hermano no podía escribir sobre nimiedades; hasta en las reuniones de sociedad no lograba animarse sino cuando se entablaba alguna seria discusión, y se quejaba de sentir «un pesado dolor en el cerebro»—un dolor físico, según acostumbra á decir—, cuando se hallaba entre gentes que sólo hablaban de cosas insignificantes. Me aventajaba mucho en desarrollo intelectual, y me impulsaba hacia adelante, presentando nuevas cuestiones científicas y filosóficas, unas después de otras, y aconsejándome lo que debía leer ó estudiar. ¡Qué suerte ha sido para mí tener un hermano semejante! Un hermano que, además, me quería con delirio, y á quien debo la mayor parte de mi desarrollo intelectual.

Algunas veces solía aconsejarme que leyera poesías, y me enviaba con sus cartas muchos versos y poemas enteros que sabía de memoria. «Lee poesía», escribía; «ella hace á los hombres mejores». ¡Cuántas veces, durante mi existencia, he podido apreciar la verdad de semejante afirmación! Él era indudablemente poeta, y tenía una asombrosa facilidad para escribir versos muy armoniosos. Creo, en verdad, que fué una

de las otras clases traían de contrabando grandes cantidades de fruta para la heroica clase cuarta.

Ganz no volvió á dar parte de ninguno más; pero nosotros no aprendimos á dibujar tampoco. Nadie quería recibir lecciones de semejante hombre.

III

Mi hermano Alejandro estaba en aquella época en Moscov, en un cuerpo de cadetes, y manteníamos una activa correspondencia. Mientras que estuve con la familia, esto era imposible, porque nuestro padre consideraba como una prerrogativa el leer todas las cartas dirigidas á casa, y pronto hubiera puesto coto á toda correspondencia que no tuviera un carácter trivial. Ahora éramos libres para discutir en nuestras cartas lo que mejor nos parecía; no había más dificultad que la falta de dinero para el franqueo; pero pronto aprendimos a escribir tan menudo y apretado, que lo que conseguíamos meter en una sola carta era extraordinario. Alejandro, que tenía una hermosa letra, logró incluir cuatro páginas impresas en una sola carilla, y sus líneas microscópicas se leían con la misma claridad que si fueran impresas. Es lamentable que estas cartas, que él guardaba como preciosos recuerdos, hayan desaparecido; la alta policía,

en una de sus razzias, le robó hasta aquello que de tanto aprecio era para él.

Nuestras primeras cartas casi no se ocupaban más que de los pequeños detalles referentes á mi nueva situación; pero pronto tomó nuestra correspondencia un carácter más elevado. Mi hermano no podía escribir sobre nimiedades; hasta en las reuniones de sociedad no lograba animarse sino cuando se entablaba alguna seria discusión, y se quejaba de sentir «un pesado dolor en el cerebro»—un dolor físico, según acostumbra á decir—, cuando se hallaba entre gentes que sólo hablaban de cosas insignificantes. Me aventajaba mucho en desarrollo intelectual, y me impulsaba hacia adelante, presentando nuevas cuestiones científicas y filosóficas, unas después de otras, y aconsejándome lo que debía leer ó estudiar. ¡Qué suerte ha sido para mí tener un hermano semejante! Un hermano que, además, me quería con delirio, y á quien debo la mayor parte de mi desarrollo intelectual.

Algunas veces solía aconsejarme que leyera poesías, y me enviaba con sus cartas muchos versos y poemas enteros que sabía de memoria. «Lee poesía», escribía; «ella hace á los hombres mejores». ¡Cuántas veces, durante mi existencia, he podido apreciar la verdad de semejante afirmación! Él era indudablemente poeta, y tenía una asombrosa facilidad para escribir versos muy armoniosos. Creo, en verdad, que fué una

desgracia que abandonase la literatura; pero la reacción contra las artes que se despertó entre la juventud rusa en los primeros años que siguieron al sesenta, y que Turgueness ha pintado en *Bazzaoff (Padres é hijos)*, le indujo á mirar los versos con desprecio y á dedicarse por entero á las ciencias naturales. Debo manifestar, sin embargo, que mi poeta favorito no era ninguno de aquellos que su estro práctico, su oído delicado y sus inclinaciones filosóficas le hacían preferir. Su poeta ruso predilecto era Venevitinoff, mientras que el mio era Nekrasoff, cuyos versos se hallaban á menudo faltos de armonía, pero llenos de sentimiento á favor del explotado y oprimido.

«Uno debe proponerse algo durante su vida», me escribía una vez. «Sin un objetivo, sin una aspiración, la vida nada representa». Y me exhortaba á proponerme algo que valiera la pena de vivir. Era yo entonces demasiado joven para encontrar lo que me indicaba; pero algo «bueno», aunque vago é indeterminado, surgió á impulsos de tal llamamiento, por más que yo no pudiera, sin embargo, decir lo que ese «bien» llegaría á ser.

Nuestro padre nos daba poco dinero de que disponer, y jamás tuve lo suficiente para comprar un solo libro; pero como Alejandro recibiera algunos rublos de alguna tía, jamás gastaba lo más mínimo en divertirse, sino que compraba

un libro y me lo remitía. No obstante, era opuesto á lecturas inspidas. «Siempre ha de tenerse algo que preguntar al libro que se va á leer», decía. Yo, sin embargo, no podía entonces dar á esa observación toda la importancia que merecía, y no puedo pensar ahora sin asombro en el gran número de libros, con frecuencia de un carácter especial, que lei sobre todas las materias, y en particular referentes á Historia. No perdi mi tiempo en leer novelas francesas, puesto que Alejandro, años antes, las había condenado á todas en esta sola sentencia: «Son estúpidas y de mal género».

Los grandes problemas concernientes á la concepción que debíamos formar del universo —nuestro *Weltanschauung*, como dicen los alemanes—, eran, como es de suponer, el asunto dominante en nuestra correspondencia. En nuestra infancia nunca habíamos sido religiosos, pues aunque nos llevaban á la iglesia, en las rusas de las pequeñas parroquias y en los pueblos, la solemne actitud de los fieles es más impresionable que la misa misma. De todo lo que jamás oí en el templo, sólo dos cosas me afectaron: los doce pasajes tomados de los Evangelios, relativos á la pasión de Cristo, que se leen en Rusia en los oficios nocturnos del Jueves Santo, y la breve oración condenando el espíritu de dominación, que se recita durante la gran Cuaresma, la cual es verdaderamente hermosa,

á causa de su sencillez, naturalidad y delicadeza de sentimientos. Pushkin la ha puesto en versos rusos.

Más adelante, en San Petersburgo, fui varias veces á una iglesia católica; pero el carácter teatral del culto y la ausencia de todo sentimiento, me chocó, tanto más, cuanto vi allí con qué fe tan cándida, algún soldado polaco retirado ó alguna aldeana rezaban en algún apartado rincón. También fui á una protestante; pero, al salir de ella, vinieron, á pesar mío, á mi memoria estos versos de Goethe:

«Jamás levantaréis los corazones
si al vuestro no le alientan las pasiones.»

Alejandro, entre tanto, había abrazado con su natural entusiasmo la fe luterana, leído el libro de Michelet sobre Servetio, y construido para su uso particular una religión, tomando como tipo esa gran figura. Estudió con marcada predilección la declaración de Ausburgo, que copió y me remitió, viéndose ahora nuestras cartas llenas de discusiones sobre la gracia, y de textos de los apóstoles Pablo y Santiago. Aunque seguí á mi hermano por ese camino, las discusiones teológicas no llegaron á interesarme demasiado, y, desde que me repuse de la fiebre tifoidea, me dediqué á un género de lectura muy diferente.

Nuestra hermana Elena, que ahora estaba casada, se encontraba en San Petersburgo, y

todos los sábados por la noche iba yo á visitarla. Su marido tenía una buena biblioteca, en la que los filósofos franceses del siglo pasado y los historiadores modernos del mismo país se hallaban bien representados, y en ellos puede decirse que me sumergí; esos libros estaban prohibidos en Rusia, é indudablemente no se podían llevar al colegio, por cuya razón yo pasaba casi todas esas noches leyendo las obras de los enciclopedistas, el diccionario filosófico de Voltaire, los escritos de los estoicos, especialmente Marco Aurelio y otros. La infinita inmensidad del universo, la grandeza de la naturaleza, su poesía, su vida, que se manifiesta en todas partes, me impresionaban cada vez más, y esa vida incesante y armónica me produjo el éxtasis de admiración que la juventud acaricia, en tanto que mis poetas favoritos me ofrecían el modo de expresar en palabras ese naciente amor á la humanidad y fe en su progreso, que tan importante papel representan en la primavera de la vida, acompañando luego al hombre mientras dure aquélla.

Alejandro, entre tanto, había llegado gradualmente á un agnosticismo kantiano, y la «relatividad de las percepciones», «percepciones en tiempo y en espacio, ó tiempo sólo», y, así por el estilo otras ideas llenaban por completo nuestras cartas, cuya letra se hacía más y más microscópica á medida que la materia discutida crecía en impor-

tancia. Pero ni entonces ni después, cuando acostumbrábamos á pasar horas y horas en discutir la filosofía de Kant, pudo mi hermano convertirme en un discípulo del filósofo de Königsberg.

Las ciencias naturales—esto es, matemáticas, física, química y astronomía—eran mis principales estudios. En el año 1858, antes de que Darwin hubiera dado á luz su inmortal libro, un profesor de zoología de la universidad de Moscou, llamado Roulier, publicó tres conferencias sobre transformismo, y mi hermano aceptó, desde luego, sus ideas respecto á la variabilidad de las especies. Pero no hallándose satisfecho, sin embargo, con pruebas solamente aproximadas, empezó á estudiar una serie de libros especiales que trataban de la herencia y lo que con ella se relaciona, comunicándome en sus cartas los hechos más culminantes, así como sus vacilaciones y sus ideas. La aparición de *El origen de las especies* no resolvió sus dudas sobre determinados puntos, sino que, provocando otras nuevas, le sirvió de estímulo para continuar sus estudios. Nosotros después discutimos —y esa discusión duró muchos años— varias cuestiones relativas al origen de las variaciones y sus probabilidades de ser transmitidas y acentuadas; en fin, esas cuestiones que han sido el tema, muy recientemente, de la controversia entre Weismann y Spencer de las investigaciones

de Galton y de las obras de los modernos Neo-Lamarckanos. Debido á sus buenas disposiciones críticas y filosóficas, Alejandro había notado, desde luego, la importancia fundamental de estas cuestiones para la teoría de la variabilidad de las especies, á pesar de que entonces todavía muchos naturalistas no les daban importancia.

Debo mencionar también una excursión temporal en el campo de la economía política. En los años 1858 y 1859 todo el mundo en Rusia hablaba de economía política: las conferencias sobre libre cambio y derechos fiscales atraían á grandes multitudes, y mi hermano, que no estaba por completo absorto en lo que á la variabilidad de las especies se refería, tomó un vivo aunque pasajero interés en los asuntos económicos, mandándome, para que la leyera, la *Economía política*, de Juan Bautista Say. De ella sólo lei algunos capítulos: los aranceles y las operaciones bancarias no me interesaban lo más mínimo; pero Alejandro tomó esas cuestiones tan á pecho, que hasta llegó á escribir á nuestra madrastra, tratando de interesarla en el intrincado laberinto de los derechos de Aduanas. Cuando después, en Siberia, leíamos algunas de las cartas de aquella época, nos reíamos de veras, al tropezar con alguna en la que él se quejaba de la incapacidad de nuestra madrastra, quien se mostraba indiferente ante cuestiones de tal transcendencia, y tronaba contra un especiero al que

detuvo en la calle, «y quién, ¡lo creeréis!—decía entre signos de admiración—, ¡a pesar de ser un comerciante, afectaba una estúpida indiferencia por las cuestiones arancelarias!»

* * *

Todos los veranos llevaban como una mitad de los pajes á un campamento en Peterkof: de esto se dispensaba á las últimas clases, y yo pasé los dos primeros veranos en Nikolskoye. El salir de la escuela, el tomar el tren para Moscou, y encontrar allí á Alejandro, eran cosas tan halagueñas para mí, que nunca dejaba de contar los días que había que pasar hasta llegar al momento deseado. Pero en una ocasión me aguardaba en Moscou una desagradable sorpresa: Alejandro no había sido aprobado en los exámenes, y tenía que pasar otro año en la misma clase. Verdaderamente era demasiado joven para entrar en las clases especiales; pero nuestro padre, sin embargo, se incomodó con él y no sintió que nos viéramos. Eso me entristeció sobre manera: ya habíamos dejado de ser niños y teníamos un fin de cosas que contarnos. Intenté obtener permiso para ir á casa de nuestra tía Sulima, donde tal vez hubiera podido ver á Alejandro; pero se me negó en absoluto. Desde que nuestro padre se volvió á casar nunca se nos permitía ver á nuestros parientes maternos. Aquella primavera nuestra casa de Moscou

estaba llena de invitados. Todas las noches los salones de recepción se inundaban de luz, la música tocaba, el repostero no paraba de hacer helados y pastas, y en el gran salón se jugaba á los naipes hasta bien entrada la noche. Yo vagaba sin objeto á través de aquellas salas tan brillantemente iluminadas, y me sentía disgustado.

Una noche, después de las diez, un criado me llamó por señas, diciéndome después que saliera al patio. Fui allí, y el antiguo mayordomo Frol me dijo á media voz: «Ven á la casa de los cocheros; Alejandro Alexeievich está aquí».

Atravesé el patio corriendo y subí volando el tramo de escalera que conduce á la habitación referida, entrando en un amplio local alumbrado por una luz incierta, donde, sentado junto á la gran mesa de comedor de los criados, vi á Alejandro.

—Querido Sasha, ¿como has venido?—le dije—; y en el acto nos abrazamos fuertemente sin poder articular palabra; de tal modo nos hallábamos emocionados.

—¡Vamos, vamos! que pudieran oiros—dijo la cocinera de la servidumbre, Praskovia, enjugándose las lágrimas con su delantal, y agregando después: «¡Pobres huérfanos! ¡Si al menos viviera vuestra madre!»

El viejo Frol permanecía de pie con la cabeza inclinada y también con los ojos humedecidos.

—Mira Petya, ni una palabra á nadie, á nin-

guno—dijo, en tanto que Praskovia puso en la mesa un jarro de barro, lleno de caldo para Alejandro.

El, rebosando salud, bajo su uniforme de cadete, ya había empezado á hablar de un sin fin de cosas, bebiéndose al mismo tiempo lo que el jarro contenía. Apenas pude conseguir que me refiriera cómo había podido venir á-hora tan avanzada. Nosotros vivíamos entonces cerca del boulevard Smolensky, muy próximo á la casa donde murió nuestra madre, y la escuela de cadetes se encontraba en la parte opuesta de los alrededores de la ciudad, á ocho kilómetros, por lo menos, de distancia.

Había hecho un bulto con las ropas de la cama y lo había colocado bajo las sábanas, después se fué á la torre, se descolgó por una ventana, salió sin que se apercibieran, y vino andando todo el camino.

—¿No tenías miedo de noche en los campos desiertos que rodean al colegio?—le pregunté.— A lo cual contestó: —¿Qué tenía que temer?— Sólo los perros me embestian; verdad que yo mismo los achuchaba: mañana no me vendré sin la espada.

Los cocheros y otros sirvientes entraban y salían; suspiraban al vernos, y se sentaban algo distanciados de nosotros hablando á media voz para no molestarnos; mientras que nosotros dos, con los brazos entrelazados, estuvimos allí sen-

tados hasta la media noche, hablando de las nebulosas y de la hipótesis de Laplace, de la estructura de la materia, las luchas del papado bajo Bonifacio VIII con el poder imperial, y otras cosas por el estilo.

De cuando en cuando, alguno de los criados entraba precipitadamente diciendo: «Petinka, ve á que te vean en el salón; están en movimiento y pudieran preguntar por ti».

Le supliqué á Sasha que no volviera á la noche siguiente; pero, sin embargo, vino, no sin haber tenido antes una ligera escaramuza con los perros, contra los cuales había hecho uso de la espada. Cuando, más temprano que el día anterior, me llamaron para ir á la casa de los cocheros, acudí presuroso. Alejandro había hecho parte del camino en carruaje: la noche antes, uno de los criados le trajo lo que le habían dado los jugadores, suplicándole que lo aceptara; él tomó lo preciso para alquilar un coche, y de ese modo pudo venir antes de la hora en que lo efectuó en la primera visita.

Pensaba volver también á la noche siguiente; pero había motivos para temer pudiera ser peligroso para los sirvientes, y decidimos despedirnos hasta el otoño: una pequeña nota «oficial» me dió á conocer al siguiente día que sus salidas nocturnas habían pasado inadvertidas. ¡Qué terrible hubiera sido el castigo, si se llegan á descubrir! Horroriza pensar en ello: azotado

ante el cuerpo, hasta ser conducido en una manta sin conocimiento, y después degradado y enviado á un batallón de hijos de soldados; todo era posible en aquel tiempo.

Lo que los criados hubiesen sufrido por habernos ocultado, si la noticia llega á oídos de nuestro padre, hubiera sido igualmente espantoso; pero ellos sabían guardar el secreto y no delatarse unos á otros. Todos tuvieron conocimiento de las visitas de Alejandro; pero ninguno dijo ni una palabra á la familia: ellos y yo éramos los únicos de la casa que teníamos conocimiento del hecho.

IV

Aquel mismo año di mis primeros pasos como investigador de la vida del pueblo, lo que me aproximó á nuestros labriegos, permitiéndome verlos bajo un aspecto distinto, y más tarde me fué de gran utilidad en Siberia.

Todos los años, en Julio, en el día de la Santa Virgen de Kazan, que era la patrona del pueblo, se celebraba una feria muy regular en Nikolskoye. Acudían vendedores de todas las poblaciones inmediatas, y muchos miles de aldeanos venían hasta de diez leguas á la redonda, dando á nuestro pueblo, durante un par de días, un aspecto muy animado. Una notable descripción de las ferias de pueblos del Sur de Rusia se

había publicado aquel año por la Slavophile Aksakoff, y mi hermano, que se hallaba entonces en la cúspide de su entusiasmo económico-político, me aconsejó hiciera un trabajo análogo respecto á nuestra feria, acompañado de datos estadísticos, incluyendo en éstos las cantidades de artículos entrados y salidos. Seguí sus indicaciones, y, con gran sorpresa mía, vi que obtuve un feliz resultado; mis apreciaciones y datos no eran menos dignos de crédito, según lo que he podido ver después, que los de la misma índole que se encuentran en las obras de estadística.

Nuestra feria sólo duraba un poco más de veinticuatro horas. La vispera, el gran espacio libre donde aquélla se efectuaba se encontraba lleno de vida y animación. Largas filas de mostradores, destinados á la venta de telas de algodón, cintas y adornos de todas clases, de los que usan las aldeanas, se levantaban por doquiera. El restaurant, que era un edificio construido de piedra, se cubría de mesas, sillas y bancos, y su suelo se alfombraba de menuda arena. Aparecían tres tabernas, á cuyas puertas ramas de retama recién cortadas, colocadas en lo alto de un palo que se elevaba á mucha altura, servían para llamar desde lejos la atención de los campesinos. Hilera tras hilera de mostradores más pequeños, destinados á la venta de loza, calzado, objetos de piedra, pan de jengibre y toda clase

de menudencias surgían como por encanto, mientras que en un lugar determinado del terreno se hacían excavaciones para colocar inmensos calderos, en los que se hervían el mijo y otras semillas por fanegas y carneros enteros, para proporcionar á los miles de visitantes *shi* y *kasha* (sopas y caldos). Por la tarde, los cuatro caminos que conducían á la feria se hallaban bloqueados por centenares de carros y carretas, y pilas de cacharrería, barricas de brea, granos y ganado, se presentaban á la venta á ambos lados de aquéllos.

Esa noche se celebraba en nuestra iglesia el servicio religioso con gran solemnidad. Los curas de los pueblos inmediatos tomaban parte en él, y sus sochantres, reforzados por algunos jóvenes forasteros, cantaban en el coro con tal arte como pudiera hacerse en una catedral. La iglesia estaba completamente llena, y las gentes oraban con fervor; los feriantes rivalizaban entre sí en cuanto al número y dimensiones de las velas de cera que encendían ante los altares, como ofrendas á los santos de la localidad, interesándolos en el buen éxito de su empresa; y como la concurrencia era tan grande que no permitía á los que se hallaban á lo último de la iglesia llegar hasta el altar, desde allí se enviaban, haciéndolos pasar de mano en mano, velas y cirios de todas clases, blancos y amarillos, chicos y grandes, según la posición del que los

ofrecía, diciendo al mismo tiempo: «Para la Santa Virgen de Karan, nuestra patrona; para San Nicolás el milagroso; para San Frol y San Saur» (los santos de los caballos, lo cual procedía de los que tenían esos animales de venta); ó simplemente «para los santos», sin meterse en más rodeos.

Una vez terminada la función religiosa, empezaba la anteferia, y era llegado el momento de que me dedicara por completo á mi misión de preguntar á centenares de personas por el valor de los artículos que traían. Y, con gran sorpresa mía, salí del paso sin dificultad. Por supuesto, que también á mí me hacían algunas preguntas: «¿Por qué hacéis esto?» «¿No será para el viejo príncipe, quien tal vez pretenda subir los derechos del mercado?» Pero la seguridad de que el viejo príncipe no sabía ni querría saber nada sobre el particular (él lo hubiera considerado como una ocupación poco digna), desvanecía, desde luego, todas las dudas. Pronto aprendí el mejor modo de interrogar, y después de tomar seis tazas de té en el restaurant con algún feriante (¡qué horror; si mi padre lo hubiera sabido!), todo marchaba á pedir de boca. Vasily Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, un aldeano de aspecto arrogante, de rostro simpático é inteligente y hermosa barba rubia, se interesó por mi trabajo. «Si te conviene para tus estudios, realizalo; después nos dirás la ventaja que te ha

reportado», fué su conclusión, y le dijo á la gente «que no había mal en ello».

En una palabra, lo importado se determinó con facilidad; pero al siguiente día las ventas ofrecieron algunas dificultades, en particular en los vendedores de géneros, quienes ni ellos mismos sabían aún lo que habían vendido. El día de la feria las jóvenes aldeanas invadían las tiendas por completo; después de vender cada una la tela que ella misma había tejido, procuraba comprar algún algodón estampado y un buen pañuelo para ella, otro de color para su marido, tal vez algún encaje, una ó dos cintas y una multitud de menudencias para la abuela, el abuelo y los niños que habían quedado en casa. En cuanto á los que vendían loza, bollos de jengibre, ganado ó cáñamo, desde luego manifestaban lo realizado, especialmente las mujeres de edad. «Se ha hecho buen negocio, abuelita», solía yo preguntar, y ella respondía: «No tengo motivo de queja, hijo mío. ¡Por qué había de ofender á Dios! Casi todo se ha vendido.» Y con todas esas insignificancias se formaron cantidades importantes en mi libro de Memorias. Un punto quedaba por resolver: había un gran espacio destinado á muchos centenares de aldeanas que, expuestas á los ardientes rayos del sol, ofrecía cada una un pedazo de tela tejida por ella misma, algunos de verdadero mérito. Bastantes compradores, con caras de gitanos y

miradas de tiburón, circulaban entre la multitud haciendo adquisiciones. De estas ventas sólo se pudo hacer un cálculo aproximado.

En aquel tiempo no reflexioné sobre el alcance de este trabajo; su buen resultado me bastaba para estar satisfecho. Pero el verdadero buen sentido y recto criterio del campesino ruso, de que fui testigo durante ese par de días, dejaron en mi ánimo una impresión profunda. Más adelante, cuando propagábamos las doctrinas socialistas entre los agricultores, me maravillaba que algunos de mis amigos, que al parecer habían recibido una educación más democrática que yo, no supieran hablar á los aldeanos ó á los trabajadores de las fábricas de los distritos rurales. Procuraban imitar el modo de expresarse de la gente de campo, introduciendo en su lenguaje una profusión de las llamadas «frases populares», pero el resultado era negativo.

Nada de eso se necesita para comunicarse con ellos, ya sea por palabra ó por escrito. El campesino ruso entiende perfectamente el lenguaje del hombre ilustrado, con tal de que no se halle impregnado de voces tomadas de idioma extranjero. Lo que él no comprende es la noción abstracta, cuando no va acompañada de ejemplos concretos. Pero yo sé por experiencia que, si se le habla al labriego ruso con claridad, partiendo de hechos concretos—y otro tanto puede decirse de los aldeanos de todas las naciones—, no hay

generalización que, partiendo del campo de la ciencia social ó natural, no se pueda poner al alcance de un hombre de una inteligencia corriente, si el que la expone la ha comprendido bien. La principal diferencia entre el hombre educado y el que no lo es, puede decirse que no es otra sino la imposibilidad en que se halla el último de seguir una serie de conclusiones. Se hace cargo de la primera y tal vez de la segunda; pero á la tercera se encuentra fatigado si no ve claramente el punto hacia el cual el que habla se dirige. Mas tal dificultad se presenta á menudo, también, aun tratándose de personas cultas.

Una impresión más saqué de aquel trabajo de mi juventud, impresión que no formulé sino después, y que probablemente sorprenderá á muchos lectores. Me refiero al espíritu de igualdad, que está altamente desarrollado en el campesino ruso, y en verdad en la población rural de todas partes. El aldeano ruso es capaz de demostrar una obediencia servil al señor territorial ó al agente de palacio; se inclinará ante su voluntad de un modo expresivo; pero no los considerará como hombres superiores; y si poco después el uno ó el otro le habla del heno ó de otra cosa por el estilo, le contestará como de igual á igual. Jamás vi en el campesino ruso ese servilismo, convertido en una segunda naturaleza, con que un empleado de poca categoría le habla á otro de más elevado rango, ó un

lacayo á su amo. Es verdad que se somete á la fuerza fácilmente; pero no le rinde culto.

*
*
*

Aquel año volví de Nikolskoye á Moscou de una nueva manera. No existiendo entones ferrocarril entre Kaluya y Moscou, había un hombre, llamado Buck, que mantenía en comunicación á las dos poblaciones por medio de unos coches de mala muerte. La familia nunca pensó hacer uso de ellos teniendo su tren propio; pero, cuando mi padre, á fin de ahorrarle á mi madre un viaje de ida y vuelta, me propuso, medio en chanza, que fuera solo en uno de esos vehículos, acepté con placer el ofrecimiento.

La mujer de un traficante, ya de edad y muy gruesa, y yo ocupábamos los asientos posteriores, y un artesano, al parecer, en los anteriores, éramos los únicos viajeros. Por el camino fui muy divertido; primero, por viajar solo (aún no tenía los dieciséis años), y después, porque la mujer referida, que había traído para un viaje de tres días una cesta colosal llena de provisiones, me obsequió mucho, ofreciéndome de todo. Los detalles de las jornadas fueron deliciosos. Lo ocurrido una tarde especialmente, permanece vivo en mi memoria: llegamos á uno de los pueblos grandes y paramos en una posada. La compañera de viaje pidió una habitación para ella, y yo me salí á la calle caminando á la ventura.

Una «casita blanca», en la que se servía de comer, pero no bebidas alcohólicas, llamó mi atención y entré en ella. Muchos aldeanos, sentados en torno de pequeñas mesas cubiertas de blancas servilletas, tomaban el te; yo seguí su ejemplo.

Allí todo resultaba nuevo para mí. Era un pueblo de campesinos de la Corona, esto es, gentes que no habían sido siervos y disfrutaban de un relativo bienestar, tal vez debido al tejido á mano que cultivaban como industria doméstica. Conversaciones serias y reposadas, interrumpidas aquí y allá por franca risa, se mantenían entre los concurrentes, y después de las fórmulas de introducción usuales, pronto me vi enredado en una conversación con una docena de aldeanos sobre el estado de la cosecha en nuestro terreno y otro sin fin de cosas. Deseaban saber todo lo referente á San Petersburgo, y particularmente lo relativo al rumor de la abolición de la servidumbre. Un sentimiento de amor hacia la sencillez y las relaciones naturales de igualdad, así como la buena voluntad y simpatía que he sentido siempre después al hallarme entre los aldeanos ó en sus casas, se despertaron en mí en aquella casa de comidas. Nada extraordinario ocurrió en esa noche, así que, hasta pongo en duda que el incidente sea digno de mención, y, sin embargo, aquella noche calurosa y oscura en el pueblo, aquella pequeña

posada, aquella conversación de los campesinos y el vivo interés que demostraron por un sin fin de cosas que se hallaban mucho más allá de lo que constituía el objeto corriente de sus preocupaciones, han hecho dicha pobre casita blanca más atractiva para mí, desde entonces, que el mejor restautant del mundo.

V

Tiempos tormentosos vinieron para nuestra escuela. Cuando Girardot fué reemplazado, su puesto lo ocupó uno de nuestros oficiales, el capitán B. Era más bien de buen carácter, que de malo; pero se le metió en la cabeza que no era tratado por nosotros con el respeto correspondiente á la alta posición que ahora ocupaba, é intentó imponernos mayor consideración hacia él. Empezó cuestionando por todo con la clase primera, y—lo que en nuestra opinión era aún peor—intentó destruir nuestras «libertades», cuyo origen se perdía en «la noche de los tiempos», y que insignificantes en sí, eran, tal vez por eso mismo, más apreciadas por nosotros.

El resultado de esto fué, que durante varios días la escuela estuvo en completa rebelión, que terminó en castigos generales, y en la expulsión del cuerpo de dos de los pajes favoritos.

Luego el referido capitán empezó á intervenir en la hora que pasábamos todas las mañanas en

Una «casita blanca», en la que se servía de comer, pero no bebidas alcohólicas, llamó mi atención y entré en ella. Muchos aldeanos, sentados en torno de pequeñas mesas cubiertas de blancas servilletas, tomaban el te; yo seguí su ejemplo.

Allí todo resultaba nuevo para mí. Era un pueblo de campesinos de la Corona, esto es, gentes que no habían sido siervos y disfrutaban de un relativo bienestar, tal vez debido al tejido á mano que cultivaban como industria doméstica. Conversaciones serias y reposadas, interrumpidas aquí y allá por franca risa, se mantenían entre los concurrentes, y después de las fórmulas de introducción usuales, pronto me vi enredado en una conversación con una docena de aldeanos sobre el estado de la cosecha en nuestro terreno y otro sin fin de cosas. Deseaban saber todo lo referente á San Petersburgo, y particularmente lo relativo al rumor de la abolición de la servidumbre. Un sentimiento de amor hacia la sencillez y las relaciones naturales de igualdad, así como la buena voluntad y simpatía que he sentido siempre después al hallarme entre los aldeanos ó en sus casas, se despertaron en mí en aquella casa de comidas. Nada extraordinario ocurrió en esa noche, así que, hasta pongo en duda que el incidente sea digno de mención, y, sin embargo, aquella noche calurosa y oscura en el pueblo, aquella pequeña

posada, aquella conversación de los campesinos y el vivo interés que demostraron por un sin fin de cosas que se hallaban mucho más allá de lo que constituía el objeto corriente de sus preocupaciones, han hecho dicha pobre casita blanca más atractiva para mí, desde entonces, que el mejor restautant del mundo.

V

Tiempos tormentosos vinieron para nuestra escuela. Cuando Girardot fué reemplazado, su puesto lo ocupó uno de nuestros oficiales, el capitán B. Era más bien de buen carácter, que de malo; pero se le metió en la cabeza que no era tratado por nosotros con el respeto correspondiente á la alta posición que ahora ocupaba, é intentó imponernos mayor consideración hacia él. Empezó cuestionando por todo con la clase primera, y—lo que en nuestra opinión era aún peor—intentó destruir nuestras «libertades», cuyo origen se perdía en «la noche de los tiempos», y que insignificantes en sí, eran, tal vez por eso mismo, más apreciadas por nosotros.

El resultado de esto fué, que durante varios días la escuela estuvo en completa rebelión, que terminó en castigos generales, y en la expulsión del cuerpo de dos de los pajes favoritos.

Luego el referido capitán empezó á intervenir en la hora que pasábamos todas las mañanas en

la clase preparando nuestras lecciones antes de que llegaran los profesores. Allí nos considerábamos bajo la autoridad de éstos y no de los militares, por lo cual aquello nos causó mucho disgusto; y un día yo expresé en alta voz nuestro descontento, diciéndole que aquel puesto era el del inspector de las clases, no el suyo. Aquella franqueza me costó varias semanas de arresto, y tal vez hubiera sido expulsado de la escuela, á no haber sido porque el mismo inspector, su ayudante, y hasta nuestro viejo director, juzgaron que, después de todo, yo no había hecho más que decir con la boca lo que ellos se decían con el pensamiento.

No bien terminados estos trastornos, la muerte de la emperatriz, viuda de Nicolás I, interrumpió de nuevo nuestro trabajo.

El entierro de las testas coronadas se arregla siempre de tal modo, que impresione profundamente á las masas. El cadáver de la emperatriz fué traído desde Zarkoye Seló, donde había muerto, á San Petersburgo, y aquí, seguido de la familia imperial, todos los altos dignatarios del Estado y muchos miles de funcionarios y corporaciones, y precedido de centenares de curas y coristas, se condujo desde la estación del ferrocarril, á través de las calles principales, á la fortaleza, donde tenía que estar de cuerpo presente varias semanas. Cien mil hombres de la guardia habían sido colocados á lo largo de la

carrera y miles de personas, vestidas con los más vistosos uniformes, precedían, acompañaban y seguían al féretro, formando solemne procesión. En todos los cruces de calles importantes se entonaban responsos; y entonces, el doblar las campanas en las torres de las iglesias, las voces de los vastos coros, y los acordes de las bandas militares se unían de modo bien impresivo, como para hacer creer á las gentes que la inmensa multitud se hallaba verdaderamente de duelo por la pérdida de la emperatriz.

Todo el tiempo que el cadáver estaba de cuerpo presente en la iglesia de la fortaleza, los pajes, entre otros, tenían que dar una guardia de honor noche y día: tres de éstos y tres damas de honor se hallaban siempre cerca del ataúd, que estaba colocado sobre un alto catafalco, en tanto que unos veinte pajes se encontraban estacionados en el coro, en el cual se cantaban letanías, dos veces al día, en presencia del emperador y toda su familia. En su consecuencia, todas las semanas iban alternativamente á la fortaleza, donde permanecían alojados, una mitad del cuerpo: se nos relevaba cada dos horas, y durante el día el servicio no era muy penoso; pero cuando tenía que levantarme de noche, ponerme el uniforme de gala, y dirigirme después caminando por los pasajes oscuros é internos de la fortaleza, hasta llegar á la iglesia, acompañado por el lúgubre tañir de las campanas,

sentía un ligero escalofrío al pensar en los presos que se hallaban sepultados entre los muros de esta Bastilla rusa: «¡quién sabe—me decía yo—, si á mi vez no llegaré también á ser uno de ellos algún día!»

Los funerales no terminaron sin un incidente, que pudo haber tenido serias consecuencias. Un inmenso dosel se había erigido bajo la cúpula del templo, sobre el ataúd. Una gran corona dorada le servía de remate, y de ella partía un descomunal manto de púrpura, forrado de armiño, dirigido hacia las cuatro gruesas pilastras que sostenían aquélla. El aspecto de éste impresionaba; pero nosotros los muchachos, pronto descubrimos que la corona era de cartón dorado y de madera; el manto, sólo de terciopelo en su parte inferior, mientras que más arriba, únicamente se encontraba algodón encarnado; y el forro de armiño no era más que una franelilla ó bayeta de algodón, á la que se habían cosido colas de ardillas negras; los escudos que representaban las armas de Rusia, velados por un crespón negro, eran sencillamente de cartón. Pero las muchedumbres, á las que se permitía á ciertas horas de la noche pasar ante el féretro y besar precipitadamente el paño de brocado que lo cubría, es indudable que no tenían tiempo para examinar detenidamente el armiño de

franela ó los escudos de cartón; y el efecto teatral se obtenía, aun por esos medios tan económicos.

Cuando se canta una letanía en Rusia, todos los presentes tienen velas de cera encendidas, que deben apagarse después de leídas determinadas oraciones. La familia imperial hacía otro tanto, y un día, el hijo menor del Gran Duque Constantino, al ver que los otros apagaban sus velas volviendo lo de arriba abajo, hizo lo mismo. La gasa negra que caía de un escudo, á su espalda, se incendió, y en un segundo, el escudo y la tela de algodón estaban ardiendo: una inmensa lengua de fuego subía por los pesados pliegues del supuesto manto de armiño.

El servicio religioso se suspendió: todas las miradas se dirigían con terror hacia la lengua de fuego, que seguía más y más avanzando, en dirección á la corona de cartón y la armadura de madera que sostenía todo aquello; empezando á caer pedacitos de tela encendida, que amenazaban prender fuego á los velos negros de las señoras.

Alejandro II sólo perdió la serenidad un momento; pero se repuso en seguida y dijo con voz no alterada: «¡hay que quitar el ataúd!» Los pajes de cámara lo cubrieron con el grueso brocado de oro, y todos avanzamos para levantarlo; pero al mismo tiempo la gran lengua de fuego se había dividido en muchas pequeñas, que

ahora sólo devoraban lentamente la pelusa externa del algodón, y encontrando cada vez más polvo acumulado en la parte superior del dosel, vinieron á morir gradualmente entre sus pliegues.

No puedo decir qué es lo que más cautivaba mi atención: si era el fuego que se extendía, ó las figuras esbeltas y majestuosas de las tres señoras que se encontraban al lado del féretro, tendidas las largas colas de sus negros vestidos sobre los escalones que conducían á la plataforma superior, y sus velos de blondas pendientes de sus hombros. Ninguna había hecho el menor movimiento: parecían tres hermosas imágenes de talla. Sólo en los negros ojos de una de ellas, la señorita Gamaleya, brillaban las lágrimas cual perlas: era hija del Sur de Rusia, y la única verdaderamente hermosa entre las damas de honor de la corte.

En la escuela, todo andaba trastornado: las clases estaban interrumpidas; aquellos de nosotros que volvían de la fortaleza eran alojados en departamentos provisionales, y no teniendo nada que hacer, pasaban todo el día inventando infinitas diabluras. En una de ellas, conseguimos abrir una caja de cartón que contenía espléndida colección de modelos de animales de todas clases, para la enseñanza de la Histosia natural: ese, al menos, era su objeto oficial; pero jamás ni aun nos la habían mostrado; y ahora que se

hallaba en nuestro poder, nos servíamos de ella á nuestro gusto. Con una calavera humana que estaba en la colección, hicimos un fantasma para asustar á los otros compañeros y á los oficiales por la noche. En cuanto á los animales, los colocamos en las más ridículas y extrañas posiciones: monos montados en leones, carneros jugando con leopardos, la girafa bailando con el elefante, y otras cosas por el estilo. Lo peor de todo fué que, algunos días después, uno de los príncipes prusianos, que había venido á asistir á las honras fúnebres (fué, según creo, el que más tarde vino á ser el emperador Federico), visitó el Cuerpo, y se le mostró todo lo concerniente á nuestra educación. Nuestro director no dejó de alabarse de los muchos elementos de enseñanza que teníamos y presentó á su huésped la infortunada caja de cartón. Cuando el príncipe alemán echó una ojeada á nuestra clasificación zoológica, puso muy mala cara y se volvió para otro lado: el director se horrorizó; perdió el uso de la palabra, y no hacía más que señalar repetidas veces con la mano á algunas estrellas de mar que, colocadas en cajas de cristal, pendían de las paredes. El acompañamiento del príncipe aparentó no haber notado nada, echando sólo miradas furtivas á la causa de tal perturbación; mientras que, nosotros, los niños traviosos, hacíamos toda clase de muecas para no soltar la carcajada.

VI

Los años de colegio de un joven ruso son tan diferentes del período correspondiente en las escuelas del Occidente europeo, que debo insistir más aún sobre mi vida de estudiante. Los jóvenes rusos, por regla general, aun cuando estén todavía en un liceo ó en una escuela militar, se interesan ampliamente en cuestiones sociales, políticas y filosóficas. Verdad es que el cuerpo de pajes era de todos los colegios el menos adecuado para tales empresas; pero en aquellos años de renacimiento general, las nuevas ideas penetraron aun hasta allí, conquistándonos á algunos, sin que por eso nos impidieran tomar parte activa en las bromas y juegos propios de nuestra edad.

Estando ya en la clase cuarta, me aficioné á la Historia, y con el auxilio de notas tomadas durante la lección y leyendo todo lo posible, llegué á escribir un curso completo de la primera parte de la historia mediocval, para mi uso particular. Al año siguiente, la lucha entre el Papa Bonifacio VIII y el poder imperial llamó especialmente mi atención, y con tal motivo ambicioné el ser admitido como lector en la Biblioteca Imperial, para poder estudiar tan notable acontecimiento. Pero como esto era contrario al reglamento de la Biblioteca, no admi-

tiéndose á los alumnos de escuelas secundarias, fué necesario que nuestro bueno Herz Becker consiguiera vencer la dificultad, para que yo pudiera, al fin, entrar en el santuario, y tomar asiento, ante una de las pequeñas mesitas destinadas al público, en una de las butacas de terciopelo rojo que entonces formaban parte del mobiliario del salón de lectura.

Gracias á varios libros de texto de allí y algunos de nuestra propia Biblioteca, pronto di con lo que buscaba. A pesar de no saber latín, descubrí, sin embargo, un rico manantial de trabajos originales en el teutón y el francés antiguos, encontrando un inmenso placer estético en la belleza de estructura y expresión del francés antiguo de las crónicas. Toda una nueva composición de la sociedad y todo un mundo de complicadas relaciones se abrieron ante mis ojos; y desde entonces aprendí á apreciar más altamente las fuentes originales de la Historia que las obras de generalizaciones modernizadas, en las que los prejuicios de la política moderna, y aun hasta las meras fórmulas corrientes, substituyen á menudo la verdadera vida del período. No hay nada que dé tanto ímpetu al propio desarrollo intelectual como una investigación independiente de cualquiera clase que sea, y estos estudios míos me fueron más tarde de mucha utilidad.

Desgraciadamente tuve que abandonarlos cuando llegamos á la clase segunda (la penúlti-

ma). Los pajes tenían que estudiar durante los dos últimos años casi todo lo que se enseñaba en otros colegios militares en tres, y el trabajo que había que hacer para la escuela era muy extenso. Las ciencias naturales, las matemáticas y las ciencias militares habían de relegar forzosa-mente la Historia á un segundo término.

*
*
*

En la clase segunda empezamos á estudiar formalmente física: teníamos un excelente maestro, hombre muy inteligente y de carácter jovial, enemigo de que se aprendiera de memoria, y que consiguió el hacernos pensar, en vez de aprender meramente á conocer los hechos. Era un buen matemático, y nos enseñó física, tomando como base las matemáticas, explicando magistralmente al mismo tiempo las ideas fundamentales de la investigación científica y de los aparatos de física. Algunas de sus preguntas eran tan originales y tan buenas sus explicaciones, que ellas quedaron grabadas para siempre en mi memoria.

Nuestro libro de texto de física no era malo (la mayoría de los de su clase para las escuelas militares habían sido escritos por los hombres más notables de la época); pero se había quedado algo anticuado, y nuestro profesor, que le gustaba seguir su sistema particular, empezó á preparar un breve sumario de sus lecciones: una

especie de *aide-mémoire*. Sin embargo, á las pocas semanas se arregló la cosa de tal modo, que ese trabajo recayó sobre mí, y nuestro maestro, procediendo como buen pedagogo, depositó en mí tal confianza, que se limitaba á leer las pruebas. Cuando llegamos á los capítulos sobre el calor, la electricidad y el magnetismo, hubo necesidad de escribirlos enteramente de nuevo, con más amplitud, lo cual hice, preparando así, casi por completo, un libro de texto de física que se imprimió para uso de la escuela.

También en esta clase empezamos á estudiar química, y en esto tuvimos igualmente un maestro de primera; un amante apasionado de la ciencia, quien había personalmente hecho investigaciones originales de valor.

Los años 1859-61 lo fueron de renacimiento universal, de predilección por las ciencias exactas; Grave, Clausius, Joule y Seguin, mostraron que el calor y todas las fuerzas físicas no son más que diversas formas del movimiento; Helmholtz empezó por entonces sus investigaciones, que forman época respecto al sonido; Tyndall, en sus conferencias populares, hace que uno toque, si tal puede decirse, los átomos y las moléculas mismas. Gerhardt y Avogadro introdujeron la teoría de las substituciones, y Mendeléeff, Sol-trar Meyer y Necolund descubrieron las leyes periódicas de los elementos; Darwin, con su *Origen de las especies*, revolucionó todas las cien-

cias biológicas; en tanto que Harl Vogt y Moldchott, siguiendo á Claudio Bernard, sentaron las bases de la verdadera psicología en fisiología. Era una época de renacimiento científico, y la corriente que arrastraba las inteligencias hacia las ciencias naturales era irresistible. Muchos libros excelentes se publicaron en aquella época, traducidos al ruso, y pronto comprendí que cualesquiera que fueran los estudios posteriores á que uno se dedicase, un conocimiento completo de las ciencias naturales, y el hallarse familiarizado con sus métodos, debían ser el punto de partida. Cinco ó seis de nosotros nos unimos para hacernos de cualquier clase de laboratorio. Con los aparatos elementales recomendados para los principiantes en el excelente libro de texto de Stöckhardt, inauguramos nuestro laboratorio en un pequeño dormitorio de dos de nuestros compañeros, los hermanos Zasersky; su padre, un antiguo almirante retirado, se complacía en ver á sus hijos ocupados en tan útil empresa, y no se oponía á que nos reuniéramos los domingos, y durante las vacaciones, en aquella habitación, al lado mismo de su estudio. Con el referido libro por guía, hicimos sistemáticamente toda clase de experimentos; debo decir que una vez casi incendiábamos toda la casa, y que más de una envenenamos todas las habitaciones con clorina y otras drogas parecidas. Pero el viejo marino, cuando relatamos la aven-

tura durante la comida, no se incomodó por eso y nos contó que también él, en unión de varios compañeros, por poco no quemaron una casa entretenidos en la menos provechosa ocupación de hacer un ponche; mientras que la madre, por su parte, se contentó con decir, en los momentos que la dejaba libre la tos: «Pero si para aprender tenéis necesidad de manejar esas cosas que huelen tan mal, ¡qué le hemos de hacer!»

Después de comer solía sentarse ella al piano, y hasta ya tarde pasábamos la noche cantando dúos, tercetos y coros de las óperas, ó bien tomábamos la partitura de una de ellas, ya fuera rusa ó italiana, y la dábamos un repaso desde el principio al fin, haciendo la madre y la hija de tiples, mientras que nosotros, mejor ó peor, ejecutábamos todo lo restante. Así la química y la música iban mano á mano.



El estudio de la matemática superior absorbía gran parte de mi tiempo. Varios de nosotros habíamos ya decidido el no entrar en un regimiento de la guardia, en los que se empleaba todo el tiempo en ejercicios y paradas, sino ingresar, una vez promovidos á oficiales, en una de las academias militares, artillería ó ingenieros, á cuyo fin tuvimos que prepararnos en trigonometría, cálculo diferencial y el principio del cálculo integral, para lo cual teníamos repastos

particulares. Al par de esto, como se nos enseñara astronomía elemental, bajo el nombre de geografía matemática, me sumergí en lecturas astronómicas, especialmente el último año de mi estancia en el colegio. La vida incesante del universo, que yo concebía como *vida* y evolución, vino á ser para mí una fuente inagotable de elevados pensamientos prácticos, y gradualmente el concepto de la unidad del hombre con la materia, tanto animada como inanimada; esto es, la poesía de la Naturaleza vino á ser la filosofía que dominó toda mi existencia.

Si los estudios de nuestro colegio se hubieran limitado á las materias referidas, no nos hubiese sobrado el tiempo, seguramente; pero, además, teníamos que aprender historia, leyes, esto es, las líneas principales del código ruso, y economía política en sus principios esenciales, incluyendo un curso de estadística comparada. También necesitábamos dominar formidables cursos de ciencia militar, tácticas, historia militar (las campañas de 1812 y 1815 en todos sus detalles), artillería y fortificación de campaña. Volviendo ahora la vista á semejante programa de estudios, creo que, aparte lo referente á la cuestión militar, que podía ventajosamente haber sido reemplazado por trabajos más completos en las ciencias exactas, la variedad de materias que se nos enseñaba, no traspasaba los límites de lo que puede aprender un joven de una capacidad

corriente. Debido á un regular conocimiento de matemática elemental y física, que adquirimos en las clases inferiores, la mayoría de nosotros podía con el trabajo. En algo nos descuidábamos un poco, especialmente en lo forense, así como en historia moderna, para la cual, desgraciadamente, teníamos un maestro ya inutilizado por los años, á quien sólo se conservaba en su puesto para que pudiera tener opción á todo su retiro. Hay que advertir que se nos daba cierta amplitud en la elección de los asuntos que más nos agradaban, apretándonos bien en sus exámenes; en tanto que, respecto á las otras materias, se nos trataba con benignidad. Sin embargo, la causa principal del buen éxito relativo alcanzado en la escuela, era debido á que se enseñaba del modo más concreto posible. Tan pronto como aprendíamos la geometría elemental en el papel, íbamos á aprenderla al campo con postes y la cadena del agrimensor, y más tarde con la plancheta, la brújula y demás aparatos. Después de tan concreta instrucción, la astronomía elemental no ofrecía dificultad alguna, mientras que el trabajo en sí era un manantial inagotable de entretenimiento.

El mismo sistema de enseñanza concreta se aplicaba á la fortificación. En el invierno se resolvían problemas, como, por ejemplo, el siguiente: Teniendo mil hombres y quince días á vuestra disposición, construir la mejor fortifica-

ción posible, para proteger un puente que ha de servir á un ejército en retirada; disutiendo acaloradamente con el maestro, cada uno en defensa de su proyecto, cuando aquél se permitía criticarlo. En el verano poníamos nuestro conocimiento en práctica. A estos ejercicios campestres atribuyo la facilidad con que la mayoría de nosotros llegamos á dominar tal variedad de materias científicas á la edad de diecisiete ó dieciocho años.

A pesar de todo esto teníamos bastante tiempo libre para juegos y distracciones; cuando mejor lo pasábamos, era al terminarse los exámenes, que nos dejaban tres ó cuatro semanas en completa libertad, antes de ir al campamento, ó á la vuelta de éste, en cuya época nos daban también tres semanas libres, antes de empezar el curso.

A los pocos que entonces quedaban en el colegio se les permitía, durante las vacaciones, entrar y salir á voluntad, teniendo siempre allí cama y comida. Yo trabajaba en la biblioteca ó visitaba la galería de pintura del Ermitaño, estudiando uno por uno, separadamente, los mejores cuadros de cada escuela, ó bien iba á las fábricas de naipes, algodón, hierro, loza y cristal del Estado que están abiertas al público. Otras veces nos daba por irnos á remar al Neva,

pasando toda la noche en el río, y otras en el Golfo de Finlandia con los pescadores. Noches melancólicas del Norte, durante las cuales la luz de la aurora viene á mezclarse con los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde, y es posible leer un libro al aire libre á media noche: para todo esto hallábamos tiempo de sobra.

Después de mis visitas á las fábricas, me aficioné á la grande y perfecta maquinaria. Viendo de qué modo una garra gigantesca, partiendo de una grúa, se apoderaba de una viga que flotaba en el Neva y la echaba en tierra colocándola bajo la sierra que la convertía en tablas, ó de la manera cómo una gran barra de hierro al rojo blanco es transformada en un raíl, después de haber pasado entre dos cilindros, comprendí la poesía de la maquinaria. En nuestras fábricas actuales, el trabajo mecánico es la muerte para el obrero, porque éste viene á convertirse en el servidor perpetuo de una máquina determinada, y nunca puede llegar á ser nada más. Pero esto es cuestión de mala organización, y no tiene nada que ver con la máquina en sí: exceso de trabajo y eterna monotonía son igualmente perjudiciales, ya se haga el trabajo á mano, con herramientas sencillas, ó á máquina. Aparte, pues, de esto, me imagino perfectamente el placer que al hombre puede reportar la conciencia del poder de su máquina, el inteligente carácter de su trabajo, lo gracioso de sus movimientos y lo co-

recto de lo que hace; y creo que el odio que William Morris profesaba á las máquinas, sólo prueba que la concepción de su poder y gracia faltaba á su gran genio poético.

La música también desempeñó un papel importante en mi desenvolvimiento: de ella obtuve mayor placer y entusiasmo aún que de la poesía. En aquellos tiempos, apenas existía la ópera rusa; pero la italiana, que contaba con buen número de estrellas de primer orden, era la institución más popular de San Petersburgo. Cuando la prima donna Bosio cayó enferma, miles de personas, sobre todo de la juventud, permanecían hasta las altas horas de la noche á las puertas de su hotel, para saber cómo seguía: no era hermosa, pero tanto lo parecía cuando cantaba, que los jóvenes locamente enamorados de ella podían contarse á centenares; y cuando murió se le hizo un entierro como no se recordaba otro igual en San Petersburgo. La capital entera estaba dividida en dos campos: los admiradores de la ópera italiana, y los del gusto francés, que aun entonces empezaba á mostrar en germen la deplorable corriente ofenbáquica, que, algunos años más tarde, infestó á toda Europa. Nuestra clase también se hallaba dividida por mitad en estos dos campos, perteneciendo yo al primero. A nosotros no se nos permitía ir al patio del teatro ó á las galerías delanteras, y en cuanto á los palcos, los que no estaban abonados se pedían

hasta con meses de anticipación, mientras que los otros se transmitían en ciertas familias como posesión hereditaria. Los sábados conseguíamos poder ir al gallinero, y allí teníamos que estar de pie en la atmósfera de un baño turco, mientras que, para ocultar los llamativos uniformes, acostumbrábamos á usar nuestros sobretodos negros, que estaban enguatados y tenían cuello de pieles, que manteníamos abotonado, á pesar del calor. Es maravilla que ninguno de nosotros cogiera una neumonía en tales condiciones, saliendo acaloradísimo, no sólo por las causas indicadas, sino además por las ovaciones que solíamos hacer á nuestras constantes favoritas, permaneciendo después á la puerta del vestuario para lanzarles la última mirada y dirigirles una flor. La ópera italiana se hallaba en aquella época, por causas que no son fáciles de explicar, íntimamente unida al movimiento radical, y los recitados revolucionarios de *Guillermo Tell* y *Los Puritanos*, eran siempre recibidos con aplausos atronadores y gritos, que iban derechos al corazón de Alejandro II; en tanto que, en la galería del sexto piso, en el salón de descanso y á la puerta del escenario, la mejor parte de la juventud de San Petersburgo venía á confundirse en un sentimiento común, que semejaba á un culto por tan sublime arte. Todo esto puede parecer infantil; pero lo cierto es que muchas ideas elevadas y muchas generosas aspiraciones,

surgieron en nosotros al calor del entusiasmo por nuestros artistas favoritos.

VII

Todos los veranos íbamos fuera á acampar á Peterkof, con las demás escuelas militares del distrito de San Petersburgo. En general, nuestra vida allí era muy agradable, é indudablemente muy provechosa para nuestra salud: dormíamos en espaciosas tiendas, nos bañábamos en el mar, y pasábamos una gran parte de tiempo, durante las seis semanas, en ejercicios al aire libre.

En las escuelas militares el objeto principal de la vida de campamento era evidentemente el ejercicio militar, cosa que todos detestábamos sobremedida, pero cuya monotonía se interrumpía en ocasiones, haciéndonos tomar parte en maniobras de campaña. Una noche, cuando nos íbamos á acostar, Alejandro II puso en alarma á todo el campamento, haciendo tocar llamada. A los pocos minutos todos estaban sobre las armas; varios miles de muchachos reunidos en torno á sus banderas, mientras que, los cañones de la escuela de artillería tronaban en el silencio de la noche. Todo el elemento militar de Peterskof vino á galope al campamento; pero debido á alguna mala inteligencia, el emperador permanecía á pie. Se corrieron órdenes en todas direc-

ciones para proporcionarle un caballo, pero no se encontraba ninguno; pues no siendo buen jinete, no quería montar más caballo que los suyos. Esto le irritó en alto grado, y pronto dió rienda suelta á su cólera: «¡Imbécil (*durák*), ¿cómo no tengo más que un caballo?»—le oí decir á un ayudante que le había manifestado hallarse su caballo en otro campamento.

Con las neblanas de la noche, el estampido del cañón y el estruendo de la caballería, nosotros los muchachos nos excitamos mucho, y cuando Alejandro ordenó una carga, nuestra columna cargó en línea recta hacia donde él estaba. Estrechamente unidos en las filas y con las bayonetas bajas, debíamos tener un aspecto imponente; y vi al emperador, que aún estaba á pie, dejar el paso franco á la columna en tres formidables saltos. Entonces comprendí lo que representa una fuerza armada que ataca en columna cerrada bajo la excitación de la música y de la marcha misma. Allí estaba ante nosotros el emperador, nuestro jefe, á quien todos venerábamos; y, sin embargo, creo que en esta masa en movimiento ningún paje ó cadete se hubiera apartado ni una línea, ó detenido, para dejarle espacio. Éramos una fuerza en marcha, mientras que él representaba un obstáculo, y la columna lo hubiera arrollado seguramente. «¿Por qué se había de encontrar en nuestro camino?»—dijeron los pajes después.— En tales casos, los

jóvenes, con un rifle en la mano, son aún más terribles que los soldados viejos.

Al año siguiente, cuando tomamos parte en las grandes maniobras de la guarnición de San Petersburgo, vi algo de lo que, hasta cierto punto, es una acción de guerra. Durante dos días consecutivos no hicimos más que marchar arriba y abajo en un espacio como de treinta y cinco kilómetros, sin tener la menor idea de lo que ocurría á nuestro alrededor, ó por qué motivo marchábamos. El cañón tronaba, unas veces cerca de nosotros y otras muy lejos; un vivo fuego de fusilería se oía por ciertas partes del cerro y del bosque; los ayudantes de órdenes corrían en todas direcciones, mandando unas veces avanzar y otras retroceder; y nosotros marchábamos, marchábamos y marchábamos, sin encontrar sentido á estos movimientos encontrados. Masas de caballería habían pasado por un mismo camino, dejándolo convertido en un lecho de arena movediza, y nosotros tuvimos que avanzar y retroceder varias veces por el mismo terreno, hasta que, al fin, nuestra columna se desmoralizó, pareciendo más bien una masa incoherente de peregrinos que una fuerza militar. Sólo la escolta de la bandera seguía por la carretera; los restantes caminaban lentamente á ambos lados de aquélla por el bosque. Las órdenes y las súplicas de los oficiales resultaban ineficaces.

De repente se oyó á la espalda una voz que

decía: «¡El emperador viene! ¡El emperador!» Los oficiales corrieron de un lado para otro rogándonos que formáramos en filas; pero nadie les hizo caso.

Al fin llegó el emperador, y una vez más ordenó una retirada. «¡Media vuelta á la derecha!», gritó la voz de mando. «El emperador está detrás de nosotros; tened á bien volver», murmuraron los oficiales; pero el batallón hizo tan poco caso de la orden como de la presencia del emperador. Afortunadamente, Alejandro II no era fanático por el militarismo, y después de pronunciar algunas palabras para animarnos, prometiéndonos descansar, se fué al galope.

Entonces comprendí la importancia que tiene en las funciones de guerra el estado moral de las tropas y lo poco que se puede conseguir no empleando más que la disciplina cuando se le pide al soldado que haga más de lo natural. ¡Qué puede conseguir aquélla cuando las tropas, ya cansadas, tienen que hacer un esfuerzo supremo para llegar al campo de batalla á una hora convenida! Nada absolutamente; sólo el entusiasmo y la confianza en sí mismo puede en tales momentos conducir al soldado á realizar (lo imposible), y esto es precisamente lo que de continuo ha de hacer para asegurar el triunfo. ¡Cuántas veces traje á la memoria, más tarde en Siberia, tan provechosa lección, cuando nosotros también teníamos que llevar á cabo (lo

imposible» durante nuestra expedición científica!

*
*
*

Sin embargo, comparativamente, no era mucho el tiempo que dedicábamos, durante nuestra estancia en el campamento, á ejercicios y maniobras militares. Una buena parte de él se empleaba en un trabajo práctico de levantar planos y hacer fortificaciones. Después de algunos ejercicios preliminares, se nos daba una brújula de reflexión y se nos decía: «Id y levantad un plano, bien sea de este lago, de esos caminos ó de aquel parque, midiendo los ángulos con aquélla y la distancia á pasos.» De mañana, tras de un almuerzo precipitado, el alumno llenaba sus espaciosos bolsillos militares con rebanadas de pan de centeno y se iba por cuatro ó cinco horas al parque, dejando kilómetros atrás, topografiando con su brújula y sus pasos los hermosos senderos sombreados por los árboles, los riachuelos y los lagos. Después se comparaba su trabajo con mapas muy correctos, dándose premios de instrumentos de óptica ó de dibujo, según la elección del interesado. Para mí, esta ocupación era una fuente inagotable de placeres. La independencia del trabajo, el aislamiento bajo esos gigantes del bosque que contaban siglos de existencia; la vida en la floresta, que podía disfrutar sin que me molestaran, unido al

interés que el trabajo inspiraba, todo esto dejó profunda huella en mi espíritu, y cuando me convertí en explorador de Siberia, y muchos de mis compañeros lo fueron del Asia Central, se encontró que estos trabajos habían sido una excelente preparación.

Finalmente, en la última clase se formaban grupos de cuatro alumnos que se llevaban un día sí y otro no á algunas aldeas situadas á larga distancia del campamento, y allí tenían que medir detalladamente varias millas cuadradas, con ayuda de la tabla del agrimensor y los necesarios aparatos. Y oficiales del cuerpo venían de vez en cuando á revisar sus trabajos y hacerles indicaciones. Esta vida, entre los campesinos, en la aldea, produjo el mejor efecto en el desarrollo intelectual y moral de los alumnos.

Al mismo tiempo nos ejercitábamos en la construcción de secciones transversales de fortificación de proporciones corrientes. Acompañados por un oficial íbamos al campo, y allí teníamos que hacer el perfil de un bastión ó de una cabeza de puente complicada, clavando listones á postes, exactamente del mismo modo que lo hacen los ingenieros de ferrocarriles al trazar la vía. Cuando llegamos á las troneras y barbetas, necesitábamos calcular mucho, á fin de obtener la inclinación de los distintos planos, después de lo cual dejó de ofrecer dificultades el conocimiento de la geometría.

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escala reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. «¿Qué hacéis ahí?», exclamó nuestro capitán. «¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado!»

«Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas.»

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verda-

dero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son pérdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para la fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoi, Herzen, Bakunin, Ogarioff, Kavinin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrossoff, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental; y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.

Ese trabajo nos deleitaba, y una vez de vuelta en la población, al encontrar en nuestro jardín un poco de barro y greda nos pusimos á edificar una verdadera fortificación en una escala reducida, con troneras y barbetas rectas y oblicuas bien calculadas. Todo se había hecho con esmero, y lo que ahora ambicionábamos era obtener alguna madera para hacer las plataformas para los cañones, y poder colocar sobre ellas los que nos servían de modelos en la clase. Pero, ¡ay!, que nuestros pantalones tomaron un aspecto alarmante. «¿Qué hacéis ahí?», exclamó nuestro capitán. «¡Mirad cómo estáis! ¡Parecéis obreros! (lo que precisamente nos servía de satisfacción). ¡Qué diría el gran duque si viniera y os encontrara en semejante estado!»

«Le enseñaríamos nuestra fortificación y le pediríamos herramientas y madera para las plataformas.»

Todas las protestas fueron vanas; doce trabajadores vinieron al siguiente día á llevarse nuestra hermosa obra, como si se tratara de un montón de basura.

Menciono esto para demostrar cuánto desean los niños y los jóvenes poder poner en práctica lo que han aprendido en la escuela de un modo abstracto, y qué estúpidos son los maestros que no alcanzan á ver la ayuda tan poderosa que podrían hallar en esta dirección, contribuyendo á que sus discípulos se hicieran cargo del verda-

dero sentido de lo que aprenden. En nuestro colegio todo tendía á educarnos para la guerra; sin embargo, nosotros hubiéramos trabajado con igual entusiasmo en tender una línea férrea, en edificar una barraca ó en cultivar un jardín ó un campo. Pero todas estas aspiraciones de los niños y de los muchachos á un trabajo *verdadero* son pérdidas, sencillamente porque nuestra idea de la escuela es todavía la del escolasticismo y el monasterio medioevales.

VIII

Los años 1857-61 lo fueron de prosperidad para la fuerzas intelectuales rusas; todo lo que se había murmurado al oído en los últimos diez años, con la reserva propia de las reuniones puramente de amigos, por la generación representada en la literatura rusa por Turgueneff, Tolstoi, Herzen, Bakunin, Ogarioff, Kavinin, Dostoyusky, Grigorovich, Ostrousky y Nekrossoff, empezaba ahora á darse á conocer por la prensa. La censura era todavía muy severa; pero lo que no se podía decir abiertamente en el artículo de fondo se deslizaba en forma de novela, relatos humorísticos ó comentarios velados sobre acontecimientos de la Europa occidental; y todos leían entre líneas y se hacían cargo de lo que se trataba.

No teniendo relaciones en San Petersburgo, aparte del colegio y un reducido círculo de parientes, yo no tomé parte en el movimiento radical de aquellos años; me hallé muy alejado de él. Sin embargo, su rasgo más característico era tal vez el tener la facultad de poder penetrar en un colegio de tan «buen tono» como el nuestro, y encontrar eco en un círculo tal como el formado por mis parientes de Moscou.

En aquel tiempo acostumbraba á pasar los domingos y días festivos en casa de mi tía, de quien se ha hablado en uno de los capítulos anteriores bajo el nombre de princesa Mirsky; su marido sólo pensaba en banquetes y comidas extraordinarias, mientras que ella y su hija únicamente se ocupaban en divertirse. Mi prima era una joven muy bella de diecinueve años, de carácter muy amable, y casi todos sus primos estaban perdidamente enamorados de ella. A su vez, ella también se enamoró de uno de ellos y quiso casarse con él; pero el casamiento entre primos es considerado como un gran pecado por la iglesia rusa, y su madre procuró en vano obtener un permiso especial de las altas dignidades eclesiásticas, por cuyo motivo la trajo á San Petersburgo, en la esperanza de que pudiera elegir entre sus muchos admiradores un marido más conveniente para ella que su propio primo. Debo agregar que todo fué trabajo perdido; pero su elegante morada era el centro de una brillan-

te multitud de jóvenes pertenecientes al ejército y á la carrera diplomática.

Semejante casa hubiera sido la última en que se hubiese podido pensar, como relacionada con las ideas revolucionarias; y sin embargo, en ella fué donde primero conocí la literatura revolucionaria de la época. El gran emigrado Hérzen acababa de empezar á publicar entonces en Londres su Revista *La Estrella Polar*, que tan gran conmoción causó en Rusia, aun entre los círculos palaciegos, y que secretamente circulaba en San Petersburgo. Mi prima pudo hacerse de ella, y acostumbrábamos á leerla juntos. Su corazón se rebelaba contra los obstáculos que se oponían á su felicidad, y su cerebro se hallaba por eso mismo más dispuesto para prestar buena acogida á la enérgica crítica que el gran escritor lanzaba contra la aristocracia rusa y todo su desacreditado sistema de desgobierno. Con un sentimiento que rayaba en veneración, acostumbraba yo á mirar al medallón impreso en la cubierta de *La Estrella Polar*, y que representaba las nobles cabezas de los cinco «decembristas» á quienes ahorcó Nicolás I después de la rebelión del 14 de Diciembre de 1825: Besturheff, Hahousky, Pestel, Ryleeff y Muraviov-Apostol.

La galanura del estilo de Hérzen—de quien Turgueneff ha dicho con razón que escribía con lágrimas y sangre, y á quien nadie en Rusia amás ha igualado—, la amplitud de sus ideas y

su profundo amor á su país, hicieron honda huella en mí, siendo esto causa de que leyera y relevara esas páginas, más aún con el corazón que con la cabeza.

En 1859 ó principios del 60, empecé á publicar mi primer periódico revolucionario. A tal edad, ¿qué podía ser yo más que un progresista? Así que, en mi publicación se abogaba á favor de una constitución para Rusia, mostrando su necesidad: se criticaban los desenfrenados gastos de la corte, lo que se invertía en Niza para mantener poco menos que una escuadra á disposición de la emperatriz viuda, que murió en 1860; se mencionaban los abusos de los funcionarios, de que continuamente oía yo hablar, y se hacia la apología del sistema constitucional. La tirada era de tres ejemplares, que yo deslizaba en las carpetas de tres compañeros de las clases más adelantadas, á quienes yo suponía pudieran interesarse en la cosa pública, encargándoles á los lectores que las observaciones que quisieran hacer las colocaran tras el reloj escocés de la biblioteca.

Con verdadera emoción fui al día siguiente á ver si habían dejado en dicho lugar algo para mí. Allí encontré dos notas; dos compañeros escribían que simpatizaban mucho con la idea, y sólo me aconsejaban que no me arriesgara demasiado. Escribí el segundo número, insistiendo con mayor energía aún en la necesidad de unir todas las fuerzas en nombre de la libertad; pero esta

vez no contestó ninguno, y en su lugar los dos compañeros vinieron á mí y se expresaron de este modo:

«Tenemos la seguridad que eres tú quien escribe el periódico, y queremos hablarte sobre el particular. Estamos perfectamente de acuerdo contigo, y hemos venido aquí para decir, seamos amigos; el periódico ha cumplido su misión: ha conseguido unirnos; pero no hay necesidad de que continúe. En todo el colegio no hay más que otros dos que pudieran tomarse algún interés en tales cuestiones, mientras que si se llegara á saber que se publicaba un periódico de esta índole, las consecuencias serían terribles para todos nosotros.

Constituyamos, pues, un círculo, y hablemos de todo lo que nos parezca; tal vez consigamos atraernos algunos otros.»

Esto era tan razonable, que no pude por menos de estar conforme con ello, y sellamos nuestra unión con un fuerte y cordial apretón de manos. Desde entonces, los tres vinimos á ser buenos amigos, acostumbrando á leer mucho juntos y á discutirlo todo.

La abolición de la servidumbre era el asunto que en aquel tiempo llamaba más la atención de todos los hombres pensadores.

La revolución de 1848 había encontrado un

eco lejano en el corazón del campesino ruso, y desde el año 1850 las insurrecciones de los siervos empezaron á tomar serias proporciones. Cuando estalló la guerra de Crimea y se hicieron levás en toda Rusia, estos alzamientos se extendieron con una violencia jamás conocida hasta entonces. Muchos propietarios de siervos fueron muertos por éstos y los movimientos de los campesinos adquirieron tanta importancia, que hubo necesidad de mandar regimientos enteros con artillería y todo para sofocarlos, cuando en otro tiempo bastaba un pequeño destacamento de soldados para reducirlos por el terror á la obediencia.

Estos actos de audacia de una parte, y de la otra la profunda aversión á la servidumbre, que había crecido con la generación que venía á la vida pública con el advenimiento de Alejandro II al trono, hacían la emancipación de los aldeanos cada vez más imperativa. El mismo emperador, contrario á dicha institución, y sostenido ó, mejor dicho, influido en el seno de su propia familia, por su esposa, su hermano Constantino y la gran duquesa Elena Paulouna, dió los primeros pasos en esa dirección. Su intención era que la iniciativa de la reforma partiera de la nobleza, de los mismos dueños de siervos. Pero en ninguna provincia rusa se pudo inducir á la nobleza á que enviara una petición al zar con tal objeto. En Marzo del 56 él en persona dirigió la palabra á

la nobleza de Moscou, sobre la necesidad de tal medida; pero su discurso sólo fué contestado con un significativo silencio; así que, montando en cólera, Alejandro II concluyó con estas memorables palabras de Hérzen: «Es mejor, señores, que viniera de arriba, que no aguardar hasta que venga de abajo.» Pero ni aun esto causó efecto alguno, y fué necesario recurrir á las provincias de la Antigua Polonia, Grodno, Wilno y Houno, en las que Napoleón I había abolido la servidumbre (en el papel) en 1812. Narimoff, gobernador general de esas provincias, pudo al fin conseguir la tan deseada petición, de la nobleza polaca. En Noviembre del 57, el famoso «rescripto» dirigido al gobernador general de las provincias lituanias, anunciando la intención del emperador de abolir la servidumbre, fué lanzado á la publicidad, y nosotros leímos, con los ojos humedecidos por el llanto, el hermoso artículo de Herzen, titulado «Tú has vencido, Galileo», en el cual los refugiados en Londres declaraban que en adelante no mirarian á Alejandro II como enemigo, sino que, por el contrario, le ayudarían en la gran obra de la emancipación.

La actitud de los campesinos fué verdaderamente notable: no bien circuló la noticia de que la tan deseada liberación se aproximaba, cuando casi todas las insurrecciones se contuvieron. La población rural adoptó una actitud expectante, y durante un viaje que Alejandro efectuó por el

interior del país, por todas partes le salían al paso, rogándole les diera libertad, petición que, á pesar de todo, él recibió con gran repugnancia. Es digno de llamar la atención, pues revela la fuerza de la tradición, que se abrió camino el rumor de que había sido Napoleón III quien alcanzó del zar en el tratado de paz que se diera libertad á los campesinos. Semejante rumor lo oí con frecuencia; y hasta en la víspera misma de la emancipación parecían dudar que ésta pudiera llevarse á cabo sin que la presión viniera del exterior. «No se hará nada, á menos que no venga Garibaldi», fué la contestación que dió un labriego á un compañero mío que le habló de «la libertad que se acercaba.»

Pero á estos primeros momentos de regocijo general, siguieron años de incertidumbre é inquietud; comisiones especialmente nombradas al efecto en las provincias y en San Petersburgo, discutían el asunto; pero la voluntad de Alejandro parecía vacilante, y de continuo se contenía á la prensa para evitar se discutieran los detalles. En San Peterburgo circularon siniestros rumores que llegaron hasta nuestro cuerpo.

No faltaban jóvenes entre la nobleza, que sinceramente trabajaran por la franca abolición de la vieja servidumbre; pero el partido contrario se unía cada vez con más fuerza en torno del emperador, y concluyó por influir en su ánimo. Ellos murmuraban á su oído, que el día que se

aboliera la servidumbre, los campesinos empezarían á matar á todos los propietarios territoriales, y Rusia presenciaria un nuevo levantamiento Puyachóff, mucho más terrible que el de 1773; y Alejandro, que era un hombre de un carácter débil, prestó fácilmente acogida á tales predicciones. Pero toda la máquina destinada á producir la ley de la emancipación se había puesto en movimiento; las juntas se reunían; buen número de proyectos de emancipación dirigidos al emperador, circulaban manuscritos é impresos en Londres. Hérzen, secundado por Turguenéff, quien lo tenía bien informado de todo lo que ocurría en los centros oficiales, comentaba en su *Campana* y en su *Estrella Polar* los detalles de los diferentes proyectos, y otro tanto hizo Chernysheusky en el *Contemporáneo* (*Soureménrik*). Los eslavófilos, en particular Aksakoff y Bélyáeff, se habían aprovechado de los primeros momentos de relativa libertad concedida á la prensa, para dar al asunto una gran publicidad y discutir las consecuencias de la emancipación con profundo conocimiento de su aspecto técnico. Todo el San Petersburgo intelectual estaba con Hérzen, y sobre todo con Chernysheusky, y recuerdo de qué modo los oficiales de la guardia imperial, á quienes veía los domingos después de la parada, en casa de mi prima (entre ellos Dmitri Nikoláevich Kropotkin, aide-de-camp del emperador) estaban

de acuerdo con el jefe del partido avanzado en la lucha por la emancipación. El torrente de la opinión, lo mismo en los salones que en las calles de San Petersburgo fué tal, que era imposible retroceder. La liberación tenía que realizarse; y otra cosa de importancia se había conseguido; los libertos recibirían, además de sus hogares, las tierras que hasta entonces hubiesen cultivado.

Sin embargo, el partido de la antigua nobleza no se desanimaba; concentraba sus esfuerzos en la obtención de un aplazamiento de la reforma, en reducir las dimensiones del terreno que se había de conceder al libertó y en la imposición de un impuesto de redención sobre aquél, tan elevado, que hiciera ilusoria su libertad económica; viendo semejantes pretensiones coronadas por el éxito. Alejandro II despidió al que era el alma verdadera de todo el movimiento, Nicolás Milútín (hermano del ministro de la Guerra), diciéndole al partir: «Siento privarme de vuestros servicios, pero tengo que hacerlo; la nobleza os considera como uno de los rojos.» La primera junta que había redactado el proyecto de emancipación fué disuelta también; y otra nueva revisó aquel trabajo en interés de los dueños de siervos, siendo la prensa una vez más amordazada.

Las cosas tomaron un aspecto muy sombrío, llegándose á dudar de que la liberación hubiera

jamás de realizarse. Yo seguía febrilmente las peripecias de la lucha, y todos los domingos, cuando mis compañeros volvían de sus casas, les preguntaba lo que habían oído decir á sus padres. Hacia fines del año 60 las noticias eran cada vez peores: «El partido de Valicéff está en candelero». «Tratan de revisarlo todo». «Los parientes del príncipe X (un amigo del zar) no lo dejan de la mano». «La liberación será aplazada; temen una revolución».

*
*
*

En Enero del 61 empezaron á circular rumores un poco menos pesimistas, y generalmente se confiaba que algo respecto al particular podría surgir el 19 de Febrero, aniversario del advenimiento al trono del emperador.

Llegó la fecha deseada, pero no trajo nada nuevo. Aquel día estaba yo en palacio; no había gran recepción sino pequeña, y á ella se mandaban los pajes de la segunda clase, con objeto de que se fueran acostumbrando á las prácticas palatinas. Estando yo, pues, de servicio y teniendo por misión atender á una de las grandes duquesas que habían venido á palacio á asistir á la misa, no pareciendo su marido, fui á buscarlo. Se encontraba en el gabinete del emperador, y al acompañarlo, le dije medio en broma lo ajena que estaría su mujer de la importancia de aquella conferencia. Aparte de muy pocos ini-

ciados, nadie en palacio sospechaba que el manifiesto se hubiera firmado el 19 de Febrero, y se hubiese tenido oculto quince días, únicamente porque el domingo inmediato, el 26, era el primer día de Carnaval y se temía que, debido á lo que se bebe en las aldeas con tal motivo, pudiera estallar una insurrección. Hasta la feria de Carnaval, que se acostumbraba á celebrar en San Petersburgo en la plaza próxima al Palacio de Invierno, fué trasladada aquel año á otra, por temor á un levantamiento en la capital. Las instrucciones dadas á las tropas respecto al modo de reprimir cualquier movimiento de los aldeanos eran verdaderamente terribles.

Quince días después, el último domingo de Carnaval (el 5 de Marzo, ó más bien el 17, según el Nuevo Cómputo), estaba en el colegio, por tener que tomar parte en una parada militar en la escuela de equitación; aún me hallaba en cama, cuando mi asistente Ivanoff entró precipitadamente con el servicio de te, exclamando: «¡Príncipe, libertad. El manifiesto está fijado en las Gosinoi Duoz!» (las tiendas que daban frente al colegio).

—¿Lo viste tú mismo?

—Sí; la gente se agolpaba para conocerlo; uno lee, los otros oyen. ¡Es la libertad! En un par de minutos estaba yo vestido y en la calle. Un compañero que venía al colegio me dijo:

«¡Kropolkin, la libertad!» Aquí está el manifiesto: mi tío se enteró anoche que se leería en la primera misa de la catedral de Isaac, y allá fuimos todos. La concurrencia era poco numerosa; no había más que gente del pueblo. Se leyó el manifiesto, y se distribuyó después de misa. Todos lo comprendieron bien; al salir, dos campesinos que estaban á la puerta, me dijeron de un modo muy significativo:

«¿Qué tal? ¿Parece que se han ido?» Imitando él el gesto y la acción con que indicaban la salida. Aquel modo de despedir á los amos representaba muchos años de expectación.

Leí y releí el manifiesto; estaba escrito en un estilo elevado por el antiguo metropolitano de Moscou, Philarète, pero con una mezcla de ruso y antiguo eslavo que oscurecía su sentido. Era la libertad; pero no del momento, teniendo los aldeanos que seguir en la servidumbre dos años más, hasta el 19 de Febrero de 1863. A pesar de todo esto, una cosa resultaba abolida, y los libertos tomarían posesión de sus hogares y sus tierras. Verdad es que tendrían que pagarlas; pero la antigua mancha de la esclavitud se había borrado; ya no serían esclavos más; la reacción esta vez no ganó la partida.

Fuimos á la parada, y cuando la parte militar hubo terminado, Alejandro II, permaneciendo á caballo, gritó: «¡A mí los oficiales!» Todos se aglomeraron en torno suyo y él empezó á

pronunciar un discurso en alta voz respecto al gran acontecimiento del día.

A nosotros llegaron fragmentos de sentencias como éstas: «Los oficiales... los representantes de la nobleza en el ejército... se ha puesto un término á siglos de injusticia... confío en la abnegación de la nobleza... la leal nobleza se agrupará alrededor del trono...» y otros parecidos. Dándose por los oficiales entusiastas vivas al terminar.

Más que marchando, volvimos al colegio corriendo, haciendo todo lo posible por llegar á tiempo á la ópera italiana, cuya última función de la temporada debía tener lugar aquella tarde; por cuyo motivo era de esperar se hiciera allí alguna manifestación. Nos quitamos los uniformes precipitadamente y muchos de nosotros, con vestidos ligeros, corrimos á la galería del sexto piso, encontrando el teatro completamente lleno.

Durante el primer entreacto el salón de fumar de la Ópera se vió invadido por una multitud de jóvenes excitados, hablando todos unos con otros, ya se conocieran ó no. Convinimos, desde luego, volver á la sala y cantar con todo el público en un coro general el himno «Dios salve al zar».

Pero en aquel momento se oyeron los acordes de la música y todos corrimos hacia dentro. La orquesta de la Ópera estaba ya tocando dicho

himno, que fué ahogado por las aclamaciones que partían de todos los extremos del teatro. Vi á Baciéri, el director de orquesta, moviendo la batuta; pero ningún sonido se percibía de aquella banda tan numerosa. Entonces se paró aquél, pero los vivas continuaron. Otra vez vi moverse la batuta en el aire, los músicos tocaban sus instrumentos de viento; pero ahora también el ruido de las voces se sobrepuso al sonido de la orquesta. De nuevo empezó Baciéri á hacer que se tocara el himno, y sólo al final de esta tercera repetición fué cuando algunos sonidos aislados pudieron dominar el clamor de las voces humanas.

El mismo entusiasmo había en la calle. Una multitud, compuesta de campesinos é individuos de la clase media, se situó enfrente del palacio dando vivas, y el zar no podía salir sin que una entusiasta muchedumbre lo siguiera corriendo tras el carruaje. Razón tenía Hérzen cuando dos años más tarde, mientras que Alejandro ahogaba en sangre la insurrección polaca, y «el verdugo Muravieff» la estrangulaba en el cadalso, escribió: «Alejandro Nikolaevich, ¿por qué no te moriste aquel día? Tu nombre se hubiera transmitido á la Historia como el de un héroe.»

¿Dónde estaban los levantamientos que habían sido predichos por los campeones de la esclavitud? Condiciones más indefinidas que las creadas por la *Polozhénie* (la ley de emancipación) no se hubieran jamás inventado. Si algo podía haber provocado trastornos, era indudablemente la extremada vaguedad de las condiciones creadas por la nueva ley; y, sin embargo, excepto en dos lugares, donde hubo insurrecciones y en alguno que otro sitio, donde ocurrió un pequeño disturbio, debido únicamente a una mala inteligencia, y sofocado en el acto, puede decirse que Rusia permaneció tranquila, más tranquila que nunca. Con su buen sentido habitual, comprendieron los campesinos que la servidumbre había concluido, que llegó al fin la libertad, y aceptaron las condiciones que se les imponían, por más que éstas fueran muy gravosas.

Estuve en Nikolskoye en Agosto del 61 y también en el verano del 62, y me admiró la manera tranquila é inteligente con que los aldeanos habían aceptado el nuevo orden de cosas. Sabían perfectamente lo difícil que sería pagar el impuesto de redención por el terreno, que era en realidad una indemnización á la nobleza, en vez de las obligaciones de la servidumbre; pero tanto apreciaban la abolición de su esclavitud personal, que aceptaron cargas tan ruinosas, no sin murmurar, pero como una dura necesidad, desde el momento que se obte-

nia la libertad personal. Los primeros meses guardaron dos dias de fiesta por semana, diciendo que era pecado trabajar en viernes; pero cuando vino el verano, se dedicaron al trabajo con mayor energia aún que antes.

Cuando vi á nuestros campesinos en Nikolskoye quince meses después de la liberación, no pude por menos que admirarlos. Su bondad ingénita y su dulzura eran las mismas; pero toda clase de servilismo había desaparecido. Le hablaban á sus amos como de igual á igual, como si jamás hubieran estado en otras relaciones. Además, aparecieron entre ellos hombres tales, que muy bien pudieran cumplidamente defender sus derechos. *El Polozhénie* era un libro voluminoso y difícil, que me costó bastante tiempo el comprender, y, sin embargo, cuando Varili Juanoff, el corregidor de Nikolskoye, vino un dia á pedirme que le explicara algo que encontraba obscuro, vi que él, que ni aun leía de corrido, había admirablemente hallado su camino á través de los intrincados capitulos y párrafos de la ley.

Los criados, es decir la gente dedicada al servicio doméstico, fueron los que escaparon peor. No les dieron tierras, y apenas hubieran sabido qué hacer con ellas si las hubiesen obtenido. Alcanzaron la libertad y eso fué todo. En nuestra vecindad casi todos dejaron á sus amos; en casa de mi padre, por ejemplo, no quedó ningun-

no. Se fueron á otra parte en busca de colocación, y muchos de ellos la encontraron al momento en casa de los comerciantes, que tenían á gala tener el cochero de tal ó cual príncipe ó el cocinero de tal ó cual general. Los que sabían un oficio encontraron trabajo en las poblaciones; por ejemplo, la banda de música de mi padre no se disolvió, y halló un buen modo de vivir en Kaluga, conservando amistosas relaciones con nosotros; pero los que no tenían oficio lo habían de pasar mal, y, sin embargo, la mayoría prefería vivir de cualquier modo antes que permanecer con sus antiguos amos.

Respecto á los propietarios, mientras los más importantes hacían todos los esfuerzos posibles en San Petersburgo para reintroducir las antiguas condiciones con uno ú otro nombre (lo que consiguieron hasta cierto punto con Alejandro III), la gran mayoría se sometió á la abolición de la servidumbre como á una especie de calamidad necesaria. La nueva generación dió á Rusia esa notable falange de «mediadores de paz» y amantes de la justicia, que tanto contribuyó á la marcha pacífica de la emancipación. En cuanto á la antigua, casi todos tenían ya echadas sus cuentas respecto á la inversión que harían de las grandes sumas que tenían que recibir de los campesinos en cambio de las tierras cedidas á éstos, las cuales habían sido apreciadas muy por encima de su valor real; dudando

entre derrochar ese dinero en los restaurants de las capitales ó sobre el tapete verde del juego. Y en verdad que la mayoría lo disipó tan pronto como lo tuvo en su poder.

Para muchos propietarios, la liberación de los siervos fué un excelente negocio; así, por ejemplo, tierras que mi padre, anticipándose á la emancipación, vendió en parcelas al tipo de once rublos el acre ruso, fueron luego estimadas al de cuarenta en las entregadas á los campesinos; esto es, tres veces y media más de su precio en el mercado, y esto era lo corriente en todos nuestros alrededores; mientras que en el estado de Tambov, de mi padre, en las praderas, el *mir*, esto es, la aldea en común, fijó el tipo de la renta de todas sus tierras por doce años, en un precio que representaba el doble de lo que él acostumbraba á obtener de ellas cuando las cultivaban los siervos.

*
*
*

Once años después de esa época memorable fui á aquel mismo estado, que había heredado de mi padre, donde permanecí durante algunas semanas, y en la tarde del día de mi partida, el cura de nuestra aldea, hombre de inteligencia é ideas independientes, tipo que se encuentra algunas veces en nuestras provincias del Sur, salió á dar un paseo por los contornos del lugar. La puesta del sol era espléndida; un aire em-

balsamado venía de los campos, y á poco de caminar encontró á un aldeano de una edad regular, llamado Antón Savélieff, sentado sobre una pequeña eminencia, leyendo un libro de salmos. El pobre apenas sabía deletrear el antiguo eslavo, y con frecuencia solía empezar un libro por la última página, volviendo éstas al revés; pero así y todo, le agradaba la lectura, y cuando una palabra que llamaba su atención la encontraba repetida, eso le producía contento; en aquel instante leía un salmo, cada uno de cuyos versos empezaba con la palabra «regocijáos».

«¿Qué leéis?», le preguntó aquél. A lo que contestó: «Os lo voy á decir ahora, padre: hace catorce años el viejo príncipe vino aquí; era en invierno. Yo no habia hecho más que volver á casa medio helado; se habia desencadenado una tormenta de nieve; no hice más que empezar á desnudarme, cuando se oyó un golpe en la ventana. Era el corregidor, que gritaba: «¡Id á casa del príncipe; os necesita!» Todos nosotros—mi mujer y mis hijos—nos quedamos petrificados. «¿Para qué te querrá?», exclamó mi mujer alarmada. Yo sali santiguándome; la nieve me quitaba la vista al cruzar el puente; pero todo concluyó en bien. El viejo príncipe estaba durmiendo la siesta, y cuando se despertó, me preguntó si sabía trabajar de albañilería, y sólo me dijo que volviera al día siguiente á recoger los des-

conchados de una habitación. Así, que me fui á casa muy contento, y al llegar al puente, encontré allí á la mujer, que me esperaba. En aquel lugar habia estado, á pesar de la tormenta, aguardándome con el niño en los brazos. «¿Qué ha ocurrido, Savélieff?», gritó al verme. «Nada de particular, le contesté; sólo me necesita para hacer un chapuz.» Esto pasaba, padre, en aquel tiempo, y ahora el joven príncipe vino aquí el otro día; fui á verlo y lo encontré en el jardín tomando el te á la sombra; usted, padre, estaba con él y el corregidor del cantón con su cadena de alcalde sobre el pecho. «¿Quieres tomar te, Savélieff?», me preguntó. «Toma asiento. Petr Gregorieff, dijo al mayordomo, danos otra silla». Y aquél, que tanto nos aterraba cuando estaba al servicio del viejo príncipe, la trajo, y todos nos sentamos en torno de la mesa, hablando y tomando él te que él mismo nos sirvió á todos nosotros. Pues bien, padre, como la tarde está tan hermosa y el aire viene embalsamado, yo me siento y leo: ¡regocijáos!, ¡regocijáos!»

Esto es lo que la abolición de la servidumbre significaba para los campesinos.

IX

En junio del 61 fui nombrado sargento del cuerpo de pajes; á algunos de los oficiales no les sentó muy bien, pues decían que no habría «disciplina» desempeñando yo ese cargo; pero no había manera de evitarlo, porque lo corriente era que el primer alumno de la clase superior fuese el nombrado, y yo había estado á la cabeza de la nuestra durante varios años. Este cargo se consideraba muy envidiable, no sólo porque el sargento ocupaba una posición privilegiada en la escuela y era tratado como un oficial, sino especialmente porque era también el paje de cámara del emperador por el tiempo que durara el cargo, y el ser personalmente conocido por él era, por supuesto, considerado como el primer escalón para futuras distinciones. Sin embargo, el punto más importante para mí era que me libraba de todas las molestias del servicio interno del colegio, que recaía en los pajes de cámara, y que tendría para mis estudios una habitación separada, en la que podría aislarme del bullicio de la escuela. Verdad es que también tenía un grave inconveniente; yo siempre había encontrado fastidioso el recorrer paso á paso, varias veces al día, las clases en toda su extensión, y acostumbraba á hacerlo á la carrera, cosa que estaba completamente prohibida, y

ahora tendría que caminar con mucha parsimonia, en vez de correr, con el libro de la ordenanza bajo el brazo. Sobre tan serio asunto se celebró una consulta entre algunos amigos, decidiéndose que, de cuando en cuando, podría yo todavía encontrar proporciones para dar mis carreras favoritas; en cuanto á mis relaciones con todos los demás, dependía de mí el ponerlos bajo un nuevo pie de igualdad y compañerismo, y resolví el hacerlo así.

Los pajes de cámara tenían que estar en palacio con frecuencia, de servicio en las grandes y pequeñas recepciones, besamanos, bailes, comidas de gala y todo lo demás. Durante las semanas de Navidad, Año Nuevo y Pascua teníamos que ir á palacio casi todos los días, y algunas veces hasta dos en uno mismo. Además, era mi obligación, como sargento, dar parte al emperador todos los domingos, en la parada en la escuela de equitación, de que «no había novedad en la compañía del cuerpo de pajes», aun cuando una tercera parte de la escuela estuviera enferma con alguna afección contagiosa. «Al dar hoy el parte, ¿no diré lo que ocurre?»—preguntaba yo al coronel en tales ocasiones; á lo cual él me contestaba—: «¡Ni pensarlo siquiera; sólo habría que dar parte si sobreviniera una insurrección!»

La vida de la corte tiene indudablemente en sí mucho de pintoresca: con su elegante refinamiento en las costumbres, aunque en el fondo

resulte superficial; su rigurosa etiqueta y el esplendor de que se rodeaba, era indudable que tenía que causar impresión. Un gran besamanos es un hermoso espectáculo, y aun la simple recepción de algunas señoras por la emperatriz, difiere mucho de una entrevista corriente, cuando se efectúa en uno de los salones lujosamente decorados del palacio. Las invitadas son acompañadas por ujieres de cámara y gentileshombres, con uniformes bordados en oro, y la soberana se presenta seguida de pajes brillantemente ataviados y de damas de honor, conduciéndose todo con sorprendente solemnidad. Ser actor en las ceremonias de la corte, al servicio de los más importantes personajes, ofrecía algo más que un mero interés de curiosidad á un joven de mis años. Además, entonces miraba yo á Alejandro II como á una especie de héroe; hombre que no daba importancia á las ceremonias de la corte, sino que, en este periodo de su reinado, empezaba su día de trabajo á las seis de la mañana y estaba empeñado en una lucha reñida con un poderoso partido reaccionario, á fin de poder realizar una serie de reformas, de las cuales la abolición de la servidumbre no era más que el primer paso.

Pero, gradualmente, á medida que veía más, del lado teatral de la vida de la corte, y de cuando en cuando podía echar una mirada y observar algo de lo que pasaba tras de la escena, me

fui haciendo cargo, no sólo de la poca importancia de estas demostraciones y de las cosas cuya misión era precisamente el ocultar, sino también de que esas pequeñeces absorben la corte de tal modo, que no le permiten tomar en consideración asuntos de mucha mayor importancia. A menudo, las realidades no se tenían presente en la acción: desvaneciéndose entonces lentamente la aureola con que mi imaginación había circundado la figura de Alejandro II; así que, al terminar el año, aunque al comenzar yo había abrigado algunas ilusiones respecto á una provechosa actividad en las altas esferas palatinas, todas se vieron marchitadas.

En toda festividad de importancia, así como en los días del santo y natalicio del emperador y la emperatriz, en el de la coronación, y en otros parecidos, se celebraba un gran besamano en palacio. Miles de generales y jefes de todas clases, de capitán arriba, lo mismo que los altos funcionarios civiles, se hallaban formados en dos filas en los grandes salones del palacio para inclinarse ante el emperador y su familia al pasar solemnemente para ir á la iglesia. Todos los miembros de la familia imperial venían esos días á palacio, reuniéndose unos y otros en una sala, donde charlaban alegremente hasta que llegaba el momento de ponerse la máscara de la solemnidad. Entonces se formaba la columna: el emperador, dando la mano á la emperatriz, abría

la marcha, seguido de su paje de cámara, quien á su vez lo era del jefe del cuarto militar, el aide-de-camp de servicio aquel día, y el mayordomo mayor de palacio; en tanto que la emperatriz, ó mejor dicho, la inmensa cola de su traje, iba seguida de sus dos pajes de cámara, quienes tenían que suspenderla en las vueltas y desplegarla después en todo su esplendor. El presunto heredero, que era un joven de dieciocho años, y todos los grandes duques y duquesas venían después, por el orden de su derecho de sucesión al trono; siendo seguida cada una de las grandes duquesas por un paje de cámara; continuando luego una larga procesión de las damas de honor, jóvenes y de edad, vistiendo todas el llamado traje ruso; esto es, un traje de etiqueta que se suponía parecido al usado por las mujeres de la antigua Rusia.

A medida que pasaba la procesión, yo iba viendo cómo cada uno de los más altos funcionarios militares y civiles, antes de hacer la reverencia, procuraba ser objeto de una mirada del emperador, y si éste respondía al saludo con una leve sonrisa ó un imperceptible movimiento de cabeza, ó quizás por una palabra ó dos, al punto miraba en torno suyo á sus vecinos, lleno de orgullo, esperando ser congratulado por ellos.

La procesión volvía de la iglesia en igual forma, después de lo cual cada uno se marchaba á sus ocupaciones respectivas. Aparte de algunos

acérrimos cortesanos y alguna que otra joven, de cada diez personas de las que concurrían á estos actos, no se encontraba una que no los mirase como un deber enojoso.

Dos ó tres veces durante el invierno se daban grandes bailes en palacio, á los que se invitaba á miles de personas. Después que el emperador abría el baile con una polonesa, cada uno quedaba en completa libertad de divertirse á su manera. En aquellos amplios y brillantemente iluminados salones había bastante espacio para que las jóvenes pudieran sustraerse de la asidua vigilancia maternal, y muchas gozaban á su satisfacción de la danza y de la cena, durante la cual la gente joven se despachaba á su gusto.

Mis deberes en estos bailes eran algo difíciles: Alejandro II no bailaba ni se sentaba, paseándose de continuo entre los convidados, y el paje de cámara tenía que seguirlo á cierta distancia de modo que se le pudiera llamar sin molestia, pero sin llegar á una proximidad inconveniente. Esta combinación de presente y ausente no era fácil conseguirla, ni el emperador la necesitaba; él hubiera preferido quedar sin que nadie le acompañara; pero esa era la tradición y tenía que someterse á ella. Lo peor se presentaba cuando se introducía en una densa aglomeración de señoras, que permanecían de pie formando círculo en torno al lugar donde bailaban los grandes duques, pasando por entre ellas len-

tamente; pues no era pequeña empresa el hacerse camino á través de ese jardín humano, que se abría para dar paso al emperador, y se cerraba inmediatamente en pos de él. En vez de danzar, centenares de señoras y señoritas, permanecían allí fuertemente comprimidas unas contra otras, esperando cada una que alguno de los grandes duques se fijara en ella y la sacara á bailar un wals ó una polca. Era tal la influencia de la corte en la sociedad de San Petersburgo, que si uno de los grandes duques se fijaba en alguna muchacha, sus padres hacían todo lo posible porque su hija se enamorase perdidamente de tan gran personaje, á pesar de saber perfectamente que no había casamiento posible, porque á los grandes duques rusos no se les permite casarse con «súbditas del zar.» La conversación que una vez oí en casa de una familia «respectable» relacionada con la corte, después de haber bailado el presunto heredero al trono dos ó tres veces con una muchacha de diecisiete años, y las esperanzas que con tal motivo acariciaban sus padres, traspasaban los límites de todo lo que posiblemente hubiera yo podido imaginar.

•••

Cada vez que íbamos á palacio tomábamos el *lunch* ó comíamos allí, y siempre los lacayos venían á contarnos al oído algunas noticias de la crónica escandalosa de la casa, aunque no ma-

nifestásemos por saberlas ningún interés. Ellos conocían todo lo que pasaba en los diferentes palacios, que eran sus dominios. Debo, sin embargo, decir en honor á la verdad, que, durante el año de que hablo, esa clase de crónica no fué tan rica en acontecimientos como llegó á serlo desde el 70 en adelante. Los hermanos del zar estaban recién casados, y sus hijos eran todos muy pequeños; pero las relaciones del mismo emperador con la princesa X, á quien Turgue-neff ha retratado tan admirablemente en su novela *Humo*, bajo el nombre de Irene, eran objeto de la crítica de los criados, quienes hablaban con más desenvoltura del asunto que la misma sociedad de San Petersburgo. Pero un día, al entrar en el cuarto donde nos vestíamos, nos dijeron que «la X había sido poco antes despedida, esta vez de modo irrevocable». Media hora después vimos á la dama en cuestión venir á asistir á la misa con los ojos hinchados de llorar y procurando contener las lágrimas, en tanto que las demás hubieron de colocarse á cierta distancia de ella, como para ponerla más en evidencia. Los lacayos estaban ya enterados del incidente, y lo comentaban á su manera. Había algo verdaderamente repulsivo en la conducta de esos hombres, que el día antes se hubieran inclinado hasta el suelo en presencia de la misma mujer.

El sistema de espionaje que se ejerce en palacio, especialmente en torno al mismo emperador,

parecería poco menos que increíble á los que no estuvieran iniciados. De ello dará una idea este incidente: algunos años después, uno de los grandes duques recibió una severa lección de un caballero de San Petersburgo, quien le habia prohibido á aquél la entrada en su casa, y al volver á ella á una hora inesperada, se lo encontró en la sala. Corrió hacia él con el bastón levantado; pero el joven, al verlo, cogió precipitadamente la escalera, y estaba ya á punto de saltar al carruaje, cuando fué alcanzado por su perseguidor, quien le dió un palo con el bastón. El policia que estaba á la puerta vió la aventura y corrió á dar cuenta de ella á su primer jefe, el general Trepoff, el cual, á su vez, montó en un carruaje y corrió á palacio para ser el primero que comunicar al emperador tan «desagradable incidente». Alejandro II llamó al gran duque, y tuvo una conversación reservada con él. Un par de días después, un antiguo funcionario que pertenecía á la sección tercera de la cancillería imperial, esto es, á la policia de Estado, y era amigo de la familia de un compañero mio, refirió toda la conversación. «El emperador—según manifestó—estaba muy incomodado, y dijo al gran duque al terminar: «Debéis saber manejar mejor vuestros pequeños asuntos.» Y al preguntarle, como es natural, de qué medios se habia valido para conocer esa conversación, dió esta respuesta, que es bien característica: «Lo que dice y lo que opina Su

Majestad debe ser conocido en nuestro departamento.» De otro modo, ¿cómo seria posible que desempeñara fielmente su misión una institución tan delicada como la de la policia de Estado? Tened la seguridad que el emperador es la persona que se vigila más de cerca en todo San Petersburgo.»

No habia nada de jactancioso en esas palabras; cada ministro, cada gobernador general, antes de entrar en el despacho del emperador con sus informes, hablaba primero con su lacayo particular, para conocer el estado de ánimo del señor aquel dia, y según era, ó le presentaba algún asunto desagradable, ó bien lo dejaba dormir en el fondo de su cartera, esperando un momento más adecuado. Cuando el gobernador general de la Siberia Oriental venia á San Petersburgo, siempre mandaba un ayudante con un buen regalo para el camarero particular del emperador. «Hay días—ese alto funcionario solía decir—en que el emperador se encolerizaria y ordenaria abrir una investigación sobre el proceder de todos, incluso el mio, si le presentase en tales ocasiones algunos expedientes determinados; mientras hay otros en que todo marchará sin tropiezo alguno: ese lacayo es una alhaja.» El conocer al dia de qué humor estaba el emperador, representaba una parte principal en el arte de retener una posición elevada; arte que más tarde el conde Shuváloff y el general Trepoff en-

tendieron á la perfección, así como también el conde Ignatieff, quien supongo, según lo que observé, lo poseía sin la ayuda del lacayo.

Al principio de estar al servicio de Alejandro II sentía una gran admiración por él, considerándolo como el libertador de los siervos. La imaginación á menudo lleva á un joven más allá de las realidades del momento, y el estado de mi ánimo era entonces tal, que si se hubiera atentado en mi presencia contra él, lo hubiese cubierto con mi cuerpo. Un día, al comenzar Enero del 62, lo vi dejar la procesión y marchar rápidamente solo hacia los salones, donde parte de todos los regimientos de la guarnición de San Petersburgo estaban formados en batalla. Esta parada acostumbraba á efectuarse al aire libre; pero este año, á causa de los hielos, tenía lugar en el interior del palacio, y Alejandro, que generalmente pasaba á galope tendido ante las tropas en las revistas, tenía ahora que hacerlo á pie ante los regimientos. Yo sabía que mis deberes de corte terminaban desde el momento que el emperador aparecía en su capacidad de jefe militar de las tropas, y que mi obligación era seguirlo hasta aquel sitio, pero no más allá. Sin embargo, como al mirar en todas direcciones vi que estaba completamente solo, habiendo desaparecido los dos ayudantes y no encontrándose allí ninguno de

la escolta, «no lo dejaré»—me dije á mi mismo—, y lo seguí.

Ya fuera porque Alejandro II tuviese mucho que hacer en dicho día, ó que deseara, por otras razones, que la revista terminase lo más pronto posible, lo cierto es que se lanzó con tanta rapidez ante las tropas, dando pasos tan largos y ligeros—era muy alto—, que me fué muy difícil seguirlo, caminando con toda la velocidad de que yo era capaz, teniendo en ciertos momentos que correr para no perder la distancia. Parecía como si huyera de un peligro, comunicándoseme su excitación de tal modo, que á cada momento me hallaba dispuesto á colocarme de un salto ante él, sintiendo sólo no llevar más que la espada de ordenanza en vez de la mia propia, que tenía una hoja toledana, con la que se atravesaba una moneda de cobre y era un arma mucho mejor. Sólo después de haber pasado por delante del último batallón fué cuando contuvo algo el paso, y al entrar en otro salón, volvió la cabeza, encontrándose con mi mirada, que centelleaba con la agitación de aquella marcha impetuosa. El ayudante más joven venía á toda carrera dos salones más atrás de nosotros, y yo me preparaba á sufrir una buena reprimenda; en vez de lo cual me dijo Alejandro II, tal vez revelando sin querer algún secreto pensamiento: «¿Tú aquí? ¡Bravo muchacho!» Y á medida que se alejaba lentamente volvió hacia el espacio aquella pro-

blemática y distraída mirada que yo había empezado á sorprender en él con frecuencia.

Tal era en aquella época mi modo de apreciar la situación; pero varios pequeños incidentes, al parecer sin importancia, así como el carácter reaccionario que la política de Alejandro II iba decididamente tomando, derramaron poco á poco la duda en mi corazón. Todos los años, el 6 de Enero, una ceremonia medio cristiana y medio pagana, cuyo objeto es bendecir las aguas, tiene lugar en Rusia, efectuándose también en palacio. Sobre el Neva, y frente al palacio, se levanta un pabellón, y á él va la familia imperial precedida del clero, á través del gran muelle, cantándose allí una letanía y sumergiendo la cruz en las aguas del río. Millares de personas bajan á los muelles y á las heladas aguas del Neva para presenciar el espectáculo, teniendo que estar todos con la cabeza descubierta; y como este año el hielo apretara, un viejo general se había puesto una peluca; mas, debido á la precipitación con que se quitó la esclavina, aquélla se movió, y ahora la tenía atravesada en la cabeza sin apercibirse de ello. El gran duque Constantino, que lo notó, se estuvo riendo todo el tiempo que duró el *Te Deum*, así como los grandes duques más jóvenes, mirando todos en dirección hacia donde se hallaba el infortunado general, quien se sonreía estúpidamente, ignorando cuál pudiera ser la causa de semejante hilaridad. Al fin, Cons-

tantino se lo dijo con disimulo al emperador, quien también miró al general y se rió; algunos momentos más tarde, al cruzar una vez más la procesión el muelle, de vuelta hacia palacio, un viejo campesino, también con la cabeza descubierta, abriéndose camino á través de las dos filas de soldados que formaban en la carrera de la procesión, cayó de rodillas á los pies mismos del emperador, presentando un memorial, y gritando con lágrimas en los ojos: «¡Padre, defiéndenos!» Siglos de esclavitud de la población rural rusa se hallaban comprendidos en esta exclamación; pero Alejandro II, que algunos minutos antes se había reído, durante el servicio religioso, de una peluca descompuesta, pasó ahora junto al campesino sin hacer el menor caso de él. Yo iba inmediatamente tras el primero, y sólo observé en él un ligero estremecimiento de temor ante la súbita aparición del segundo; después de lo cual continuó caminando sin dignarse siquiera dirigir una mirada á la criatura humana que se hallaba á sus pies. Miré á mi alrededor: los ayudantes no estaban allí; el gran duque Constantino, que venía detrás, hizo el mismo caso del pobre que su hermano; no había, pues, nadie que tomara la petición, así que, yo la recogí, á pesar de saber que por ello sería fuertemente reprendido; porque, en verdad, no era esa mi misión; pero recordé lo que le habría costado al labriego llegar hasta la capital

primero y hasta el emperador después. Como todos los de su clase que presentaban memoriales al zar, iba á ser arrestado, nadie sabe por cuánto tiempo.

*
* *

El día de la emancipación de los siervos, Alejandro II era adorado en San Petersburgo; pero es un hecho bien notable que, aparte de ese momento de entusiasmo general, la ciudad no lo quería. Su hermano Nicolás, sin que nadie pudiera decir el por qué, era, al menos, muy popular entre el pequeño comercio y los cocheros, pero ni Alejandro, ni su hermano Constantino, el jefe del partido reformista, ni su tercer hermano Miguel, contaban con las simpatías de ninguna clase en San Petersburgo. El primero conservaba demasiado el carácter despótico de su padre, que surgía alguna vez que otra á través de su trato, por lo general afable. Se acaloraba con facilidad, y á menudo trataba á sus cortesanos del modo más despreciativo, no siendo lo que se llama un hombre en quien se pudiera depositar confianza, lo mismo respecto á su política que á sus simpatías personales, y además era vengativo. Dudo que profesara sinceramente afecto á alguien; entre los hombres que lo rodeaban, los habia de bien malos antecedentes; el conde Adlerberg, por ejemplo, quien le hizo pagar una y otra vez sus enormes tram-

pas, y otros renombrados por sus estafas coloniales. Desde el principio del 62 empezó á revelarse capaz de resucitar los tiempos peores del reinado de su padre; se sabia que pensaba en llevar á cabo una serie de importantes reformas en la magistratura y el ejército; que los terribles castigos corporales se hallaban á punto de ser abolidos, y que una especie de gobierno local, y tal vez hasta una constitución de cierta clase, se concederian. Pero, á pesar de esto, el más ligero disturbio era reprimido bajo sus órdenes con una rigida severidad; cualquier movimiento lo consideraba como un agravio personal; así que, en todo momento, habia motivo para temer de él las medidas más reaccionarias. Los desórdenes que estallaron en las Universidades de San Petersburgo, Moscou y Kazan en Octubre del 61, fueron reprimidos con una dureza sin igual. Se cerró la Universidad de San Petersburgo, y aunque la mayoría de los profesores abrieron cursos libres en el Ayuntamiento, pronto fueron éstos suprimidos, teniendo lo mejores profesores que dejar la Universidad. Inmediatamente después de la abolición de la servidumbre, se inició un gran movimiento en favor de la apertura de escuelas dominicales, que surgieron por todas partes, fundadas por corporaciones y particulares—todos los maestros eran voluntarios—, y la gente del pueblo, lo mismo jóvenes que adultos, acudian á ellas en gran número. Oficiales, estu-

diantes y hasta algunos pajes, se convirtieron en maestros, y tan excelentes métodos se emplearon, que, teniendo la lengua rusa una ortografía fonética, conseguimos enseñar á leer á los campesinos en nueve ó diez lecciones. Mas, cuando menos se esperaba, esas escuelas, en las que la masa del pueblo hubiera aprendido á leer en pocos años, sin gasto alguno para el Estado, fueron cerradas. Habiendo empezado en Polonia una serie de manifestaciones patrióticas, se mandaron allí á los cosacos á que dispersaran la multitud á latigazos, y prender centenares de personas en las iglesias con su acostumbrada brutalidad. En las calles de Varsovia se fusilaba á los hombres hacia fines del 61, y para suprimir algunas insurrecciones de campesinos que estallaron, se apeló á las horribles carreras de baquetas por entre dos hileras de soldados, aquel castigo favorito de Nicolás I; lo déspota que Alejandro II vino á ser desde el año 70 al 81, se vislumbraba ya en el 62.

*
*
*

De toda la familia imperial, indudablemente la más simpática era la emperatriz Maria Alexandrovna, de carácter sincero, y cuando decia algo agradable, era verdad que lo sentia. La manera como una vez me dió las gracias por una pequeña atención (fué después de haber recibido al embajador de los Estados Unidos,

que acababa de llegar á San Petersburgo), me impresionó profundamente; no fué en la forma que debía esperarse de una señora viciada por las costumbres cortesanas, como es de suponer ha de estarlo una emperatriz. Ella, ciertamente, no era feliz en el hogar doméstico, ni tampoco apreciada de las damas de la corte, quienes la enconuraban muy severa, y no se podian explicar tomase tan á pecho las *étourderies* de su marido. Ahora ya se sabe el papel de verdadera importancia que representó en lo referente á la abolición de la servidumbre; pero en aquella época su influencia en tal sentido se desconocia, considerándose al gran duque Constantino y á la gran duquesa Elena Pavlovna, que era el sostén principal de Nicolás Milutin en la corte, como los jefes del partido reformista en las esferas palatinas. La emperatriz era más conocida por la parte decisiva que habia tomado en la creación de gimnasios para los jóvenes (institutos) que recibieron desde su fundación un alto grado de organización y un carácter verdaderamente democrático. Sus amistosas relaciones con el gran pedagogo Ushinsky le salvaron á éste de participar de la suerte de todos los hombres notables de la época, esto es, del destierro.

Siendo ella misma muy bien educada, Maria Alexandrovna hizo cuanto le fué posible por dar una buena educación á su hijo mayor; los hombres más notables en toda clase de conocimien-

tos se buscaron como maestros, y hasta Kavelin fué invitado con tal propósito, á pesar de ser bien conocidas sus amistosas relaciones con Hérzen; cuando él las mencionó, contestó ella que, aparte del violento lenguaje que aquél había usado respecto á la emperatriz viuda, no tenía ningún otro resentimiento con él.

El presunto heredero era un joven hermoso, tal vez demasiado para hombre. No tenía orgullo, y durante los besamanos, acostumbraba á charlar, como entre compañeros, con los pajes de cámara. (Aún recuerdo, en la recepción de Año Nuevo, haber llamado su atención sobre la sencillez del uniforme del embajador de los Estados Unidos, comparado con los trajes de papagayo de los demás.) Sin embargo, los que lo conocían bien lo describían como extremadamente egoísta, incapaz de tomar afecto á nadie; este rasgo característico se mostraba más prominente en él aún que en su padre. Respecto á su educación, todos los desvelos de su madre resultaron inútiles. En Agosto del 61, sus exámenes, que se efectuaron en presencia de su padre, fueron de efecto deplorable, y recuerdo que Alejandro II, en una parada en que aquél mandaba las tropas, y durante la cual cometió algunas equivocaciones, gritó de modo que todos pudieron oírle: «¡Ni aun eso has podido aprender!» Murió, como es sabido, á los veintidós años, de una afección de la medula espinal.

Su hermano Alejandro, que vino á ser el presunto heredero en 1865, y fué más tarde Alejandro III, formaba raro contraste con Nicolás Alejandrovich. Tanto me recordaba á Pablo I, por su fisonomía, su figura y su contemplación de sí mismo, que yo acostumbraba á decir: «Si alguna vez reina, será otro Pablo I en el palacio de Gatchina y tendrá el mismo fin que su bisabuelo, á manos de sus propios cortesanos.» Su resistencia á aprender era invencible; se decía que Alejandro II, habiendo tenido tantas dificultades con su hermano Constantino, que estaba mejor educado que él, adoptó la política de concentrar toda su atención en el primogénito y descuidar la educación de los demás; sin embargo, dudo mucho que eso sea cierto. Alejandro Alejandrovich ha debido tener aversión á todo lo que sea instruirse desde su infancia; su ortografía, que pude apreciar en los telegramas que dirigía á su prometida en Copenhague, era extremadamente mala. No puedo dar aquí un ejemplo de ella en ruso; pero en francés escribía de este modo: «*Ecri á oncle á propos parade les nouvelles son mauvaisent*», y así por el estilo.

Se dice que sus maneras se suavizaron en el último tercio de su vida; pero en 1870, y aun mucho después, era un verdadero descendiente de Pablo I. Conoci en San Petersburgo un oficial de origen sueco (de Finlandia), á quien se había enviado á los Estados Unidos á ordenar

fusiles para el ejército ruso. A su vuelta, tuvo que dar cuenta de su misión á Alejandro Alexandrovich, encargado de la inspección del cambio de armamento del ejército. Durante esta entrevista, el zarevich, dando rienda suelta á su carácter impetuoso, empezó á reprender al oficial, quien probablemente contestaría con dignidad, lo que fué causa que el príncipe, presa de un acceso de furor, insultase á aquél, usando un lenguaje soez. Pero el ofendido, que pertenecía á ese tipo de hombres dignos y respetables que con frecuencia se encuentran entre la nobleza sueca en Rusia, se retiró en el acto y escribió al presunto heredero una carta, en la cual decía que, si en el término de veinticuatro horas no le daba una satisfacción, se pegaría un tiro. Aquello era una especie de duelo japonés; pero el joven Alejandro no mandó sus excusas, y el oficial cumplió su palabra. Yo lo vi en casa de un íntimo amigo mío, que lo era también suyo, contando los minutos y esperando recibir la explicación; á la mañana siguiente estaba muerto. El zar se incomodó mucho con su hijo, y le ordenó acompañara el cadáver hasta su última morada; pero ni aun esta terrible lección curó al joven de la altivez é impetuosidad propias de los Romanoff.

FIN DE LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

ÍNDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN, por Jorge Brandes.....	7
PARTE PRIMERA	
INFANCIA.....	19
PARTE SEGUNDA	
EL CUERPO DE PAJES.....	117

fusiles para el ejército ruso. A su vuelta, tuvo que dar cuenta de su misión á Alejandro Alexandrovich, encargado de la inspección del cambio de armamento del ejército. Durante esta entrevista, el zarevich, dando rienda suelta á su carácter impetuoso, empezó á reprender al oficial, quien probablemente contestaría con dignidad, lo que fué causa que el príncipe, presa de un acceso de furor, insultase á aquél, usando un lenguaje soez. Pero el ofendido, que pertenecía á ese tipo de hombres dignos y respetables que con frecuencia se encuentran entre la nobleza sueca en Rusia, se retiró en el acto y escribió al presunto heredero una carta, en la cual decía que, si en el término de veinticuatro horas no le daba una satisfacción, se pegaría un tiro. Aquello era una especie de duelo japonés; pero el joven Alejandro no mandó sus excusas, y el oficial cumplió su palabra. Yo lo vi en casa de un íntimo amigo mío, que lo era también suyo, contando los minutos y esperando recibir la explicación; á la mañana siguiente estaba muerto. El zar se incomodó mucho con su hijo, y le ordenó acompañara el cadáver hasta su última morada; pero ni aun esta terrible lección curó al joven de la altivez é impetuosidad propias de los Romanoff.

FIN DE LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

ÍNDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN, por Jorge Brandes.....	7
PARTE PRIMERA	
INFANCIA.....	19
PARTE SEGUNDA	
EL CUERPO DE PAJES.....	117



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
COMISIÓN NACIONAL DE LIBROS DE TEXTO
SECRETARÍA DE ECONOMÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LIBRO
N.º
1

de acuerdo con el jefe del partido avanzado en la lucha por la emancipación. El torrente de la opinión, lo mismo en los salones que en las calles de San Petersburgo fué tal, que era imposible retroceder. La liberación tenía que realizarse; y otra cosa de importancia se había conseguido; los libertos recibirían, además de sus hogares, las tierras que hasta entonces hubiesen cultivado.

Sin embargo, el partido de la antigua nobleza no se desanimaba; concentraba sus esfuerzos en la obtención de un aplazamiento de la reforma, en reducir las dimensiones del terreno que se había de conceder al liberto y en la imposición de un impuesto de redención sobre aquél, tan elevado, que hiciera ilusoria su libertad económica; viendo semejantes pretensiones coronadas por el éxito. Alejandro II despidió al que era el alma verdadera de todo el movimiento, Nicolás Milútin (hermano del ministro de la Guerra), diciéndole al partir: «Siento privarme de vuestros servicios, pero tengo que hacerlo; la nobleza os considera como uno de los rojos.» La primera junta que había redactado el proyecto de emancipación fué disuelta también; y otra nueva revisó aquel trabajo en interés de los dueños de siervos, siendo la prensa una vez más amordazada.

Las cosas tomaron un aspecto muy sombrío, llegándose á dudar de que la liberación hubiera

jamás de realizarse. Yo seguía febrilmente las peripecias de la lucha, y todos los domingos, cuando mis compañeros volvían de sus casas, les preguntaba lo que habían oído decir á sus padres. Hacia fines del año 60 las noticias eran cada vez peores: «El partido de Valiceff está en candelero». «Tratan de revisarlo todo». «Los parientes del príncipe X (un amigo del zar) no lo dejan de la mano». «La liberación será aplazada; temen una revolución».

*
*
*

En Enero del 61 empezaron á circular rumores un poco menos pesimistas, y generalmente se confiaba que algo respecto al particular podría surgir el 19 de Febrero, aniversario del advenimiento al trono del emperador.

Llegó la fecha deseada, pero no trajo nada nuevo. Aquel día estaba yo en palacio; no había gran recepción sino pequeña, y á ella se mandaban los pajes de la segunda clase, con objeto de que se fueran acostumbrando á las prácticas palatinas. Estando yo, pues, de servicio y teniendo por misión atender á una de las grandes duquesas que habían venido á palacio á asistir á la misa, no pareciendo su marido, fui á buscarlo. Se encontraba en el gabinete del emperador, y al acompañarlo, le dije medio en broma lo ajena que estaría su mujer de la importancia de aquella conferencia. Aparte de muy pocos ini-